



*A Través
Del Ojo
De La Mente*

por Ralph M. Lewis, F.R.C.

A TRAVÉS DEL OJO DE LA MENTE

Por

Ralph M. Lewis, F. R. C.

Biblioteca Rosacruz

GRAN LOGIA SUPREMA DE AMORC, INC.
Departamento de Publicaciones
San José, California, E.U.A.

LIBROS EN ESPAÑOL
DE LA
BIBLIOTECA ROSACRUZ

Misión Cósmica Cumplida
Preguntas y Respuestas Rosacruces con la
Historia Completa de la Orden
Principios Rosacruces para el Hogar y
Los Negocios
La Vida Mística de Jesús
En Vos Confío
Mil Años Pásados
Manual Rosacruz
Envenenamiento Mental
Los Antiguos Símbolos Sagrados
Ensayos de un Místico Moderno
Mensajes del Sanctum Celestial
Las Mansiones del Alma
El Dominio del Destino con los Ciclos
de la Vida
La Profecía Simbólica de la Gran Pirámide
El Santuario del Ser
Interludio Consciente
Las Glándulas, Nuestros Guardianes
Invisibles
Lemuria – el Continente Perdido del Pacífico
El Ayer Tiene Mucho que Decir
Las Doctrinas Secretas de Jesús
Alquimia Mental
Los Frutos Eternos Del Saber
Susurros del Ser
Místicos en Oración
Ansiedades que Perjudican
A Través del Ojo de la Mente

De tiempo en tiempo se añadirán nuevos volúmenes.
Pueden obtenerse, además, libros publicados en inglés.
Escriba solicitando **catálogo** completo de libros en español e
inglés..

Dedicatoria

A
la Memoria de
mi Esposa

R. M. L.

INDICE

CAPITULO	PAGINA
Introducción	9
1 ¿Tiene Conciencia el Universo?	13
2 ¿Es la Evolución Una Teoría Aceptable?	31
3 El Origen de la Raza Humana	39
4 ¿Podemos Conocer al Absoluto?	59
5 ¿Existe un Destino Predeterminado?	71
6 Las Cosas Que Moldean Nuestras Vidas	85
7 El Cultivo de la Civilización	99
8 ¿Qué es la Espiritualidad?	119
9 ¿Cuándo Debemos Creer?	137
10 ¿Qué Es la Armonía Humana?	151
11 Ajustándose a la Nueva Era	163
12 ¿Está Empeorando el Mundo?	181
13 ¿Es Posible Conseguir Paz en la Tierra?	205
14 Sobre la Inteligencia y la Educación	219
15 ¿Qué es la Iluminación Mística?	235
16 La Aplicación Práctica del Misticismo	249
17 Las Raíces del Karma	261
18 ¿Sobrevive a la Muerte la Personalidad?	271
19 El Misterio del Por Qué	285

INTRODUCCION

Afortunadamente hemos sido dotados con visión periférica y la naturaleza no nos ha limitado a ver sólo lo que está directamente frente a nosotros. La visión mental también tiene sus límites, pero no sólo aquellos impuestos por la naturaleza sino por la *voluntad* del hombre. Como consecuencia, a menudo nos privamos de aquellas experiencias que una observación y pensamiento más expansivo pudiera producirnos.

Resulta ventajoso tener una meta fundamental en la vida. Ella se convierte en el foco de nuestros poderes mentales. Sin embargo, si la línea de *vision mental* es muy estrecha, excluimos aquellas observaciones, experiencias y pensamientos que pudieran hacer más grata la meta final.

Nuestra vida, nuestra reacción personal a ella, es determinada por nuestra evaluación de las experiencias. Mientras más percibimos y pensamos sobre lo que experimentamos, mayor es la extensión de nuestra comprensión y más numerosas, también, son las cosas de la existencia que podemos usar para crear un mundo a nuestro gusto.

Estamos muy conscientes del impacto que el medio ambiente tiene sobre nuestras vidas; es un factor formidable que influencia tanto nuestros pensamientos como las acciones que resultan de ellos. Sin embargo, una cosa es responder a una nueva experiencia desde un punto de vista

completamente individual y otra es tasar su valor por medio de un conocimiento derivado de las experiencias de otras personas.

La importancia mayor de la historia se atribuye al aprendizaje de como los hombres del pasado respondieron a ciertas circunstancias y eventos que tienen sus paralelos hoy día. La historia revela los errores que han cometido los hombres al enfrentarse con sucesos imprevistos. Asimismo revela lo que ellos han aprendido a través de sus relaciones entre si, lecciones que nosotros hemos heredado.

Hay muchas cosas que deberíamos conocer que podrian resultarnos beneficiosas, las que comúnmente no llegan a nuestra atención. No son necesariamente todo aquello en lo que debemos creer o aceptar; no obstante, a menudo esas cosas pueden confirmar lo que pensamos por la presentación racional de sus ideas. Por otra parte, esto puede movernos a *estudiar con mente abierta* nuestras conclusiones y a reflexionar sobre el valor que tienen para nosotros. La mayor parte de nosotros podemos mirar nuestras vidas retrospectivamente, en forma de auto-análisis y admitir que un concepto o decisión anterior no era lo correcto y que quizás hubiéramos actuado en forma diferente si hubiésemos tenido otros conocimientos.

Psicológica y filosóficamente, sólo podemos obtener una noción personal de lo *bueno* de cualquier cosa, conociendo primero su antítesis, aquello que, por contraste, parece *malo*. Por lo tanto, cuán acertados o equivocados estemos

sobre nuestra evaluación de la experiencia humana, de nuestras ideas e ideales, puede ser evaluado racionalmente al observar y estudiar aquellas ideas contrarias que puedan existir. Es *a través del ojo de la mente*, nuestra visión mental, que descubrimos la verdadera esencia de las vicisitudes de la vida. Ello nos provee, hablando en forma figurada, de una visión periférica de verdades relativas y prácticas que de otra forma pudieran escapársenos.

Este libro, *A Través del Ojo de la Mente*, pretende introducir una variedad de temas que afectan no sólo nuestras vidas personales sino también a la sociedad moderna. No es un sermón, ni es una continuidad de doctrinas; tampoco recomienda una forma particular de vida. El libro, más bien, es una *antología*, una colección de pensamientos estimulantes, de ideas pasadas, cuyos efectos ahora experimentamos y quizás guían nuestra vida; también aquellas ideas que confrontamos hoy día. Este libro además especula acerca de cómo nuestros pensamientos y acciones deberán ser dirigidos hacia el apresurado mañana.

Se espera que uno o más de estos hechos, teorías y abstracciones aquí incluidas puedan ajustarse a las creencias y filosofía personal del lector. Pero aún si son rechazados, creemos que el lector derivará satisfacción de las renovadas convicciones que surgirán de su *propia perspectiva* de la vida—su pasado, presente y lo que será su futuro.

“No es lo que los hombres creen lo que importa, sino las acciones que surgen de sus creencias.”

CAPITULO 1

¿Tiene Conciencia el Universo?

En la especulación abstracta de este tema, lo primero que hay que considerar es cómo se ha de aceptar la palabra *universo*. No estamos pensando en el universo como si fuera un complejo de galaxias y mundos aislados que son un desarrollo posterior de un origen primario. En otras palabras, pensamos en términos de un *Ser Absoluto*. El antiguo filósofo griego, Parménides, sostenía que el Ser no pudo haber surgido a la vida, pues para llegar a existir tendría que haber nacido de algo, o de la nada. Si, por otra parte, le damos tal identidad a la nada como para convertirla en "algo", entonces ella también es el Ser. Nos vemos obligados entonces a preguntar, ¿de dónde surgió esa "nada"? En esta forma podríamos continuar y continuar, hasta el infinito.

Por supuesto que es un desafío a la credibilidad común el asumir que el Cosmos, que es considerado como el total de la Realidad, no tuvo principio. Tal idea, por lo general, no está de acuerdo con nuestra experiencia común en lo que concierne a la causalidad, es decir, que todo parece tener una causa y que, por lo tanto, se presume que el Ser, el Cosmos, deber haber tenido una también. Pero eso sólo

nos lleva a imaginarnos un estado previo y luego a preguntarnos, una vez más, que de dónde vino. Llegamos a la conclusión por medio de este razonamiento que sólo el Ser podía existir y que es eterno e inmutable. Al decir *inmutable* no es nuestra intención implicar que el universo mayor es inerte o que no puede expresarse de infinitas maneras. Más bien, intentamos expresar la idea de que el Ser nunca puede ser otra cosa que lo que es. No hay substancia o estado al que puede retroceder o disolverse, pues ello implicaría la existencia de algo más que su propia esencia.

En efecto, podemos usar el abstracto filosófico que dice que la idea del llamado “no ser” depende primero de la percepción de algo. En pocas palabras, lo que yo veo, por ejemplo, lo puedo imaginar, también, como no existente. Es la idea de un algo lo que da origen a la noción de un estado o condición de no existir. La nada absoluta, si existiera, nunca podría engendrar la idea de algo originándose de ella, si primero no hubiéramos tenido una experiencia de la Realidad, de cosas que parecen existir.

Esto nos trae entonces, a la teoría de la evolución. El Ser es, pero de acuerdo a la experiencia humana, no parece estar inmóvil. El filósofo griego, Heráclito (a. 500 A. de J.C.) dijo que nunca nada es, pero que todo es un devenir; todo corre, todo fluye, nada permanece. “Nadie se puede bañar dos veces en el mismo río, porque el río permanece, pero el agua ya no es la misma”. Por lo tanto, la permanencia de forma, de particularidades, es sólo una ilusión. Si hay esta-

bilidad, entonces habría *predeterminación*, pero, ¿han sido las cosas ordenadas para ser exactamente como las percibimos? Dicho más simplemente, ¿existió un plan para todo el Cosmos? ¿Son los cambios que están ocurriendo solamente una moción ascendente en una escala evolucionaria, hacia una idea inmanente en el Cosmos? ¿No resultaría esto en un estado de *ultima Thule*, una etapa final que sería alcanzada en algún período de tiempo infinito? Y además, ¿quedaría el Ser detenido entonces en una condición de inactividad final? Tal concepto no estaría de acuerdo con la teoría de que el Ser es eternamente activo y en *evolución*.

Aquí nos encontramos en conflicto con dos ideas opuestas. Una es que hay una *inteligencia innata* en el Ser que es su fuerza motivadora. Ella hace planes, determina y, en su llamado proceso evolucionario, es sólo una progresión desde una *Causa Mental* original. El otro concepto es que la operación total del Ser primario es mecanizada; o sea, que hace lo que hace por la *necesidad* de lo que es como analogía, igual que la gravedad funciona como lo hace, sin ningún propósito inherente que la motive.

Muchas veces, por supuesto, se considera la interrogante de si la evolución, es decir, una serie de cambios que van de lo simple a lo complejo, constituye actualmente un estado superior de un organismo o de una cosa integrada.

La teoría del "holismo" afirma que un todo orgánico o integrado tiene una realidad mayor y más independiente que las partes de que consiste. Esto significaría que el

desarrollo a una forma más compleja constituye un estado mayor de realidad que aquellas partes de la cual ha evolucionado. De acuerdo con este razonamiento, entonces, una estrella es mayor que un átomo. Pero, ¿son cantidad y complejidad los factores que determinan una meta en la naturaleza?, o ¿es ésta solamente la idea humana de la evolución? Dicho en forma más simple, ¿considera la naturaleza que la estrella es más importante que el átomo debido a su complejidad? Sin embargo, uno debe tomar en cuenta que los estados complejos no siempre permanecen así. La degeneración se presenta y los regresa a sus componentes originales más simples. En consecuencia, no tenemos la certeza de que lo que llamamos *evolución* es indicación de un tipo de predeterminación.

Sin embargo, muchos son los filósofos notables que han concebido un substratum de lo que a ellos les parece es evidencia de inteligencia, es decir, un *proposito* existente en el Cosmos. Sin referirnos a filósofos tan antiguos como Anaxágoras, el Griego, podemos relatar las ideas de filósofos relativamente más recientes sobre este particular. Spinoza (1632—77) expuso la doctrina de “subespecies acternitas”, es decir, que existe una inteligencia fundamental que establece la ley y el orden en el universo y que la Realidad total no es un simple proceso mecanizado.

Leibnitz (1646—1716) profesó la doctrina de las “Pequeñas Percepciones.” Esta doctrina declaraba, en breve, que detrás de nuestro acto conciente común, en lo profundo de

nuestra mente, existe un depósito de conciencia oscura, es decir, estados mentales inconscientes. Con relación a estos distintos niveles de conciencia en el ser humano, Leibnitz declaró: "Para una comprensión mejor de las pequeñas percepciones, deseo usar la ilustración del quejido o sonido del mar, el cual notamos cuando estamos en la orilla. Para poder escuchar este sonido, debemos oír las diferentes partes de las cuales está formado el sonido total, es decir, los sonidos que vienen de cada ola, aunque cada uno de estos pequeños sonidos se da a conocer sólo en la combinación comprimida de todos los sonidos juntos; o sea, en el quejido del mar, y ninguno de los sonidos sería observado si la ola, que lo produce, llegara sola. Pues debemos vernos afectados un poco por el movimiento de esta ola, y debemos tener alguna percepción de cada uno de estos sonidos, por pequeños que sean, pues de otra manera no tendríamos la percepción de cien mil olas, pues cien mil nada no pueden formar algo. Nunca dormimos tan profundamente como para no tener alguna débil y confusa sensación de que nunca nos podría despertar el ruido más grande del mundo si ese no fuera forzado un poco, o alargado, aunque la pequeña extensión que produce no es aparente."

Lo que Leibnitz manifiesta aquí es que nuestra conciencia es una *conciencia colectiva*, que cualquier cosa de la que estamos conscientes es en parte, una fusión de una serie de conciencias menores, combinándose para darnos una realización del todo.

¿Es la conciencia, sin embargo, por necesidad *mente*? ¿Puede el universo, en el sentido material, ser considerado como poseedor de una conciencia, igual que atribuimos ese fenómeno a la función de un organismo viviente? Leibnitz, en su famosa obra *Monadología*, le abribuyó una especie de conciencia interior a lo que él llamó *mónadas*. Estas *mónadas*, según él, eran innumerables partículas en el universo de las cuales consistían todas las cosas, aún la materia viviente. Cada *mónada* estaba imbuida con la conciencia de un deber específico que tenía que llevar a cabo. Algunas constituían un llamado orden menor, como la estructura de los fenómenos físicos; otros de las plantas, animales y, finalmente, hasta del alma humana.

De acuerdo con esta teoría, existe una correlación entre la conciencia y la inteligencia. En otras palabras, había sensibilidad en estas *mónadas*, que estaba restringida a responder a ciertas funciones que cada una tenía que desarrollar individualmente. El universo, entonces, desde este punto de vista, sería una colección de estas unidades elementales, con su "propósito" inherente. La conciencia es el medio de atraer cualesquier otras unidades (*mónadas*) que son necesarias para el cumplimiento de su función. No obstante, la *mónada* individual no exhibe inteligencia en el sentido de comprender el *cómo* o el *por qué* de lo que hace.

¿Puede, entonces, el universo estar conciente de lo que es, cualquiera que sea su esencia? Esta conciencia, entonces,

lo lleva a persistir en su misma naturaleza de Ser. No obstante, no tendría un *propósito* teleológico, es decir, una Mente Causal, como el hombre acostumbra pensar. Un propósito tal implicaría un movimiento hacia una finalidad, hacia un fin último. Puesto que no puede haber nada sino sólo el *Ser puro*, eterno e inmutable en esencia, sería contradictoria una causa determinada que lo llevara a una relativa inercia. Es la aparente repetición de los fenómenos que percibe el hombre lo que origina el concepto humano de que el Ser sigue una ley y orden determinados. Pero en este pensamiento nos vemos confrontados con las ideas subjetivas de Tiempo y Espacio. Para la mente humana, esas ideas pueden parecer realidades objetivas e infinitas; pero lo que puede parecerle una sucesión constante, es decir, un fenómeno que tiene un orden regular dentro de cierto espacio de tiempo, puede en realidad estar sufriendo un cambio que *no* es percibido por el individuo. Una condición semejante sólo podría parecerle a la mente humana como algo que es eterno.

El hecho de que percibimos fenómenos que, de acuerdo con la velocidad de la luz, sucedieron desde hace un billón de años luz y que, sin embargo, son de la misma naturaleza ahora, no es prueba de que existe un orden predeterminado. Cuando los experimentamos nuestra suposición es que tales fenómenos tienen un estado interno inherente, infinito y eterno. El hecho de que estemos conscientes de un fenómeno en determinado momento no es garantía de que no se

hubiera manifestado en forma diferente en tiempos remotos. Es más, no tenemos la seguridad de que dicho fenómeno no está experimentando un cambio que lo hará diferente de lo que es, o lo que nos parece ser ahora.

El Ser *puro*, el mundo nóumeno, no tiene en sí una naturaleza cualitativa específica y fija. Como dijo Emmanuel Kant, la mente humana sólo puede percibir el mundo de los fenómenos, y lo que la persona le atribuye es su comprensión relativa. Pareciera que, en la comprensión humana sería más apropiado concebir un universo consciente que uno poseedor de una mente y con cualidades casi humanas como su causa básica, como estamos inclinado a atribuírle.

Alejémonos ahora de nuestro estudio del macrocosmo, el universo mayor, para considerar el microcosmos, el mundo finito del cual es parte el hombre. *¿Qué somos nosotros?*

La teología y la filosofía desde hace mucho trataron de definir al ser humano. Le atribuyeron ciertas cualidades básicas; sin embargo, la teología y filosofía a menudo no han estado de acuerdo sobre cuáles eran esos componentes. El referirse al hombre como un compuesto de cuerpo y alma, o cuerpo, espíritu y mente, por ejemplo, aún deja al *Ser* como algo vago. Los hechos que la ciencia ha descubierto sobre el ser humano en campos como la fisiología, anatomía, biología y psicología, no se han integrado lo suficiente como para remover el aura de misterio que rodea al *ser personal*.

Cuando hacemos referencia al ser, ¿qué es lo que queremos decir con ese término? ¿Qué representa él para nosotros? Nuestro ser, siendo independiente de todo lo demás, por sí solo no describe la naturaleza personal de sí mismo. Si no nos fuese posible percibir visualmente nuestra persona física, aún así tendríamos conciencia del ser. Si no tuviéramos la facultad del tacto, no podríamos negar a pesar de eso, la existencia de nuestro ser. En realidad, si alguno otro de nuestros órganos receptores fuese suprimido, la percepción del ser continuaría mientras estuviésemos concientes.

No existe una cualidad particular que corresponda a la naturaleza del ser. En otras palabras, el ser no tiene cualidades distintivas para identificarlo tales como duro, frío, suave, grande, pequeño o de un color determinado. Si volvemos a las abstracciones filosóficas, podríamos generalizar diciendo que el ser, como fenómeno, es la *conciencia de la conciencia*. Esto significa que algún aspecto de la conciencia se separa del todo y se percibe a sí misma. Este conocimiento de la corriente de conciencia constituye en sí una dicotomía, es decir, una división de la conciencia en dos partes, en lo que concierne a su funcionamiento. También podríamos decir que existe una imagen reflejada de la naturaleza de la conciencia, imagen que es la idea que tenemos del ser.

Sería difícil, si no imposible, probar empíricamente que el ser conoce su propia naturaleza. Sin embargo, existen

fenómenos que aunque no son la substancia del ser, están, no obstante, relacionados con su funcionamiento dentro de nuestro ser. Si pensamos en ellos un poco, tendremos una mejor apreciación de lo que comúnmente llamamos *el ser*.

Empecemos con un fenómeno tan común como es *el pensar*. Aquí nos encontramos nuevamente con un proceso complejo de nuestro ser. *Pensar*, ¿qué es ello exactamente? ¿Es acaso percibir, mejor dicho, registrar impresiones que vienen a nosotros por medio de nuestros órganos sensorios, un pensamiento? Por ejemplo, ¿es la sensación visual del color rojo un pensamiento?, o, ¿es la sensación táctil de frío un pensamiento? Estas impresiones, de naturaleza vibratoria, pasan por un cambio en el cerebro y en la conciencia para componer la idea que asociamos con ellas. Dicho más sencillamente, esta sensación, su característica, constituye la concepción de ideas.

Pero el pensar es mucho más que una *experiencia*. El proceso completo de pensar no es sólo recibir impresiones y *conocerlas*. Si nosotros, hablando figuradamente, aislamos una idea que se forma en la conciencia y tratamos de determinar su origen, estamos entonces *pensando*. Si comenzamos a asociar imágenes mentales, es decir, ideas, estamos pensando. Si tratamos no sólo de reaccionar involuntariamente a las impresiones, sino de evaluarlas en términos personales, estamos pensando también. Si establecemos objetivos, metas para alcanzar, y les asignamos la calidad de temporal—para que sucedan en el futuro—esto también es pensar.

Es posible para nosotros subdividir nuestros procesos mentales. Podemos llamar a uno *percepción*, el recibir impresiones. A otro lo podemos denominar *concepción*. Este último es para dar identidad o significado a nuestra experiencia. El material que usa la concepción es la experiencia o la percepción, la obtención de impresiones. Para pensar uno primero debe tener algo en que pensar; debe existir una idea que esté relacionada hasta cierto punto con una experiencia previa. Sencillamente, no podemos comenzar con una idea virgen; un pensamiento debe incorporar los materiales para construir ideas engendradas por la experiencia.

Cómo todo este fenómeno del pensamiento funciona orgánicamente, o sea, en el sentido físico, es algo que neurólogos, especialistas del cerebro y psicólogos tratan de descubrir y explicar. Sin embargo, la forma en que voluntariamente ordenamos nuestros pensamientos para tener nuevas ideas, o sea, el proceso de la concepción, ha recibido diversas clasificaciones. Una de ellas es la llamada *raciocinio*. Un término técnico asociado con él es: *silogístico*, que significa la combinación intencional de ideas en un orden que resultará en una iluminación mayor. El hecho de llegar a conclusiones nuevas y satisfactorias no significa necesariamente que ellas constituyan *verdades*. Como una analogía, el hombre primitivo, al dirigir su mirada hacia los cielos y notar el movimiento de ciertos cuerpos celestiales encontró *razonable* llamarles dioses; sin embargo, no podía empírica-

mente probar la conclusión a la que había llegado.

Dos métodos básicos del razonamiento silogístico son el *deductivo* y el *inductivo*. Estos son parte del sistema de la lógica formal; no obstante, ya sea que tengamos algún conocimiento de lógica o no, en nuestro razonamiento todos por lo general recurrimos a la deducción y a la inducción. Dicho en pocas palabras, el razonamiento *deductivo* es el método que va de lo general a lo específico, como por ejemplo, estamos conscientes de un evento en particular y deseamos conocer qué elementos contribuyeron a él, cuáles fueron sus causas. Como analogía, ¿qué ocasionó la decadencia de la civilización Maya? Por razonamiento deductivo, trataríamos de investigar aquellos factores en particular que pudieran haber sido las causas.

El método *inductivo* es la herramienta primordial de la ciencia, consiste del razonamiento desde un hecho específico hasta llegar a la ley general o subyacente del fenómeno. Como analogía adicional, un criminólogo puede seleccionar una pieza particular de evidencia y por el método inductivo, tratar de descubrir el factor motivador general que está involucrado.

A Francis Bacon se le acreditaba el ser partidario del método inductivo la ciencia. En este respecto, Bacon le adjudicaba importancia a las *instancias negativas*, que consiste en despojar de nuestro razonamiento todas las instancias que parezcan no tener relación con el fenómeno que se está investigando.

La *imaginación* es otro de los importantes fenómenos de que es capaz el ser. Nadie carece de este atributo, aunque algunas personas están mejor dotadas de él que otras. La psicología y filosofía académicas han emitido teorías sobre este proceso mental en forma muy extensa. Sin embargo, el tener aunque sea una comprensión rudimentaria del tema nos proporciona una mayor apreciación de lo maravilloso del ser en su funcionamiento.

La imaginación emplea tres divisiones de tiempo en lo que concierne a la consciencia. Primero, la imaginación emplea el *pasado*; usa las ideas que son resultado de experiencias anteriores. Ellas se convierten en su material básico. Sencillamente, uno comienza con lo *conocido*, y para cada uno de nosotros, lo conocido está en el pasado.

Sin embargo, cuando pensamos es siempre sobre el momento *presente*, aun cuando las ideas traídas de la memoria en ese momento sean del pasado. Pero el proceso de la imaginación es el *futuro*, es decir, está deseoso de crear, traer a la existencia aquello que no es del pasado y que quizás no se materializará hasta un tiempo *futuro*. La función de la imaginación es arreglar los elementos de nuestros pensamientos de forma que puedan constituir un nuevo orden y la imagen de algo o de un evento hasta ahora desconocido en nuestra experiencia. Uno no puede, como hemos dicho, tener una idea completamente original, que esté despojada de cualquier cosa conocida previamente. Ninguna creación del ser humano tiene tal originalidad absoluta. La

imaginación proyecta elementos de lo conocido para adaptarlos al fin deseado.

La imaginación creativa se aleja de la *fantasía*. En la fantasía no tiene que haber conformidad con ninguna ley y orden conocidos; ella es sólo aquello que place a la mente, aún cuando esté más allá de toda probabilidad. Como analogía, la fantasía puede concebir a un elefante transformándose de pronto en un ser humano. Sin embargo, esto no estaría basado en ley alguna de la naturaleza y sin la intención de determinar si tal posibilidad podría existir en la naturaleza. Por otra parte, la imaginación creativa, en contraste a la fantasía, trata de utilizar lo conocido para manifestar aquello que es imaginario.

La *memoria* es un factor vital en conexión al fenómeno del ser. David Hume, filósofo inglés, dijo: "Si no tuviéramos memoria, nunca tendríamos noción alguna de la causalidad y, en consecuencia, de la cadena de causas y efectos que constituye nuestro ser o persona. Pero habiendo adquirido de la memoria esta noción de la causalidad, podemos extender más allá de nuestra memoria la misma cadena de causas y, por lo tanto, la identidad de nuestras personalidades. . ."

Hume, sin embargo, dió mayor crédito a la memoria que a la imaginación. "La memoria," dijo, "es el resultado directo de la experiencia, mientras que la imaginación puede a menudo conducir a la exageración de ideas y a engañarse a sí mismo." En estos comentarios Hume evidentemente se estaba refiriendo a la fantasía.

Y, ¿qué de las emociones? Estamos más inclinados a identificarlas con el ser que otras funciones del cuerpo y el cerebro. Para la mayoría de nosotros, las emociones son mucho más motivadoras que el pensar, razonar e imaginar. Las emociones, más específicamente, son algo esencial para la supervivencia personal. Ellas dan origen a muchas de las ideas que tenemos. El *dolor* y el *placer* son las pautas de la supervivencia del organismo viviente. Usando una analogía sencilla, el dolor y el placer son las luces *rojas* y *verdes* en la vida, con ciertas limitaciones. El dolor, como la luz roja, informa al organismo que algo está perturbando la armonía rítmica interna, de la cual depende su continuidad. No hay nada que tan enérgicamente engendra el instinto de cautela como el dolor.

En cuanto al placer, éste nos informa que la cosquilleante sensación que se experimenta está en armonía con los procesos vitales del organismo. Él nos anima a continuar tales efectos favorables, siempre y cuando no crucen el umbral de seguridad y se conviertan en un exceso, degenerando luego en dolor.

Las emociones están relacionadas con el dolor y el placer en que ellas les son útiles de diversas formas. El *miedo* produce *cautela*; nos previene de un posible peligro para el ser. Sin el miedo normal, el ser humano no sobreviviría pues no vacilaría en poner en peligro su vida.

El *amor* es la atracción hacia aquello que se concibe

complacerá el aspecto mental o físico del ser. El amor es el deseo de placer, o llámenlo felicidad, de varias clases. Cada una de las emociones puede ser analizada desde el punto de vista de una relación como esa. Aún el odio está basado en el miedo de aquello que parece rebajar o denigrar al ego personal.

La *compasión* o lástima es una forma de empatía, o sea, el individuo extiende sus sentimientos personales para incluir a otro, en determinada circunstancia. En otras palabras, en la compasión, nosotros sentimos el “dolor” que otro está experimentando y deseamos ayudar a esa otra persona a superarlo de la manera que nosotros lo haríamos personalmente en circunstancias similares.

El llamado lado *psíquico* del ser humano consiste de los fenómenos más sutiles de la mente, cerebro y conciencia. Tales fenómenos son más difíciles de relacionarlos específicamente a los hechos básicos que hemos mencionado. Estas impresiones psíquicas, en las sensaciones que producen, están relacionadas con aquellas que recibimos de los sentidos receptores comunes. Las sensaciones que producen son sentimientos contiguos a las emociones, pero a menudo es difícil decir específicamente a qué emociones se relacionan.

No podemos pasar por el atributo de la *voluntad* sin algún comentario. El tema de la voluntad ha preocupado a los filósofos desde la antigüedad. Los psicólogos modernos tienen diferentes opiniones al respecto. Pensemos por un momento sobre la voluntad y muy separadamente de

cualquier definición técnica. Tenemos la *voluntad* de hacer algo, pero ¿por qué? La voluntad es un *deseo*; es un impulso provocado por un pensamiento, el cual es estimulado ya sea por impresiones internas o externas. No obstante, la voluntad es un deseo dominante y exige la completa volición de nuestro ser. Deseamos hacer una cosa en preferencia a otra porque la voluntad, como deseo, excede en el momento todo otro pensamiento o sensación que podamos experimentar. La fuerza de voluntad no es una entidad o atributo separado de nuestro ser; es un fenómeno por el cual la mente enfoca su energía sobre *un sólo* pensamiento para hacer de él un *deseo dominante* que empuja a la acción.

Los antiguos tenían razón al decir que el microcosmos, el universo menor, incluye misterios tan grandes como el macrocosmos, el universo mayor. Nuestro ser y el fenómeno del yo son, en verdad, uno de los reinos más grandes del microcosmos. Cada uno de nosotros, cada día, puede familiarizarse más con él por medio de un pequeño *auto-análisis*, es decir, tratando de aprender *lo que somos*. El antiguo precepto, "Conócete a ti mismo", que se dice apareció sobre el portal de un templo en la vieja Delfos, es digno de nuestra reflexión.

CAPITULO 2

¿Es la Evolución una Teoría Aceptable?

La objeción más fuerte a la teoría de que el hombre desciende de organismos inferiores ha sido de parte de las sectas religiosas ortodoxas, quienes consideran que la evolución de las especies es una contradicción directa a la historia bíblica de la creación y que también tiende a degradar al ser humano.

El relato bíblico en el Génesis concibe al hombre como una creación espontánea, o sea, que surgió a la vida en la forma física que tiene ahora. También dice que el ser humano es la imagen de su Creador, que es la creación más elevada en lo que concierne a las facultades y atributos que posee. Por supuesto, si aceptamos lo que dice la Biblia literalmente, como la palabra exacta de Dios, y basados en eso no consideramos otros hechos, entonces uno decididamente está cerrando su mente a todo otro conocimiento.

La ciencia ha demostrado de muchas maneras, por medio del conocimiento empírico, que la Biblia es una colección de leyendas, hechos históricos y revelaciones personales. La Biblia puede ser refutada en parte, especialmente cuando uno se da cuenta que aquellos que contribuyeron a ella carecían de gran parte del conocimiento que está disponible hoy día.

En la aún popular versión del Rey James de la Biblia, al comienzo del capítulo inicial del Génesis, usualmente aparece la fecha 4000 A.C. como la época de la creación. Esta fecha es refutada científicamente, de manera fácil, por la geología, astronomía, arqueología y egiptología. Se conoce por la traducción de jeroglíficos y tabletas cuneiformes egipcias que en el tiempo mencionado por la Biblia como el inicio de la creación ya habían culturas en existencia desde siglos atrás.

Los geólogos, mediante el llamado *reloj terrestre* ("earth clock", la edad de la tierra revelada en su estrato) revelan que este globo ha existido durante *milliones* de años. El carbón radioactivo en algunos objetos puede ser registrado de cierta manera para establecer su edad exactamente. Este último método de la ciencia física ha confirmado los cálculos que los arqueólogos hicieron con relación a ciertos artefactos que anteceden en mucho a la fecha de la creación establecida en la biblia.

La era moderna del espacio, con sus sondeos y exploraciones, ha puesto a dura prueba las interpretaciones literales de la biblia. La ciencia no está recurriendo a la heterodoxia o a la herejía, más bien está buscando la verdad imparcialmente. Si se establece que existe vida en otros cuerpos celestes y no en la tierra exclusivamente, y si se encuentra otros seres iguales o superiores en inteligencia al ser humano, esto probará como errada la declaración de que sólo la tierra

fue seleccionada como la morada de un ser creado especialmente—el hombre. Debe comprenderse que los antiguos profetas y contribuyentes al Viejo Testamento no concebían a los cuerpos celestes como otros mundos. En realidad, muchos de ellos tenían el concepto de que cosmológicamente, la tierra era el cuerpo principal del universo.

Nicolás Copérnico (1473—1543), astrónomo, quien promulgó la idea de que el sol y no la tierra era el centro de nuestro universo, fue atacado por los teólogos, quienes lo acusaron de denigrar la divina eminencia e importancia del ser humano, quien era la creación escogida de Dios, dijeron, citando a la biblia. La tierra fue creada exclusivamente para él.

Por consecuencia, si la tierra no fuera el centro del universo y si su posición fuese secundaria, la condición del ser humano sería también inferior. El mismo Copérnico escribió: “En el centro de todo impera el sol; pues quién, en este templo tan bello, podría colocar esta luminaria en otro lugar mejor desde donde puede iluminarlo todo a la vez?—de hecho, el sol, colocado en su trono real, guía la familia de estrellas que lo rodea. . . la tierra concibe por el sol, por su medio se fecunda con frutos anuales.”

Hoy día, aproximadamente cinco siglos después de Copérnico, la verdad está de nuevo en conflicto con el fundamentalismo religioso. Hasta un estudiante de escuela secundaria, en sus estudios recibe instrucción sobre los procesos evolucionarios de la naturaleza. Los que crían

ganado y aves de corral conocen las mutaciones que resultan de ciertas procreaciones; es más, ellos dependen de ellas para el mejoramiento de su ganado. El horticultor y aún el jardinero aficionado puede distinguir las variaciones causadas en el crecimiento y forma de las plantas por los efectos del medio ambiente.

Lo que parece afectar particularmente al ego y dignidad humanos es la creencia de que la evolución orgánica, en relación con el ser humano, significa que “desciende del mono”. La mayoría de esos que mordazmente vituperan la teoría de la evolución nunca han leído uno de los escritos de Darwin o algún otro libro de texto sobre el tema. La opinión de ellos es que la evolución fue diseñada ateísticamente para atacar su fé.

Charles Darwin no declaró que el hombre es un descendiente directo del mono. Sus postulados e investigaciones presentan la idea de que existe “un árbol de descendencia genealógica” y que hay formas afines ramificándose de padres comunes. Él quiso decir que la vida vino originalmente de formas comunes más simples. Con el paso del tiempo, estas formas comunes, como padres, tuvieron muchas ramificaciones de su tronco original. Estas ramas o sus variaciones originaron las diferentes especies debido a la selección natural y a los factores del medio ambiente.

E su renombrada obra, “El Origen de las Especies”, Charles Darwin afirma que estas variaciones fueron origen de diferentes organismos como resultado de la competencia

por alimentos restringidos. Aquellos con variaciones favorables sobreviven y producen su propia clase. El ser humano no fue creado como es, pero varios factores en su existencia, en su supervivencia gradual, han resultado en su estructura orgánica. Además, el impacto de las condiciones actuales gradualmente producirá otros cambios en él. Sus manos, por ejemplo, no le fueron dadas espontáneamente como son ahora, sino que su capacidad prensil se desarrolló por su necesidad de luchar con su ambiente.

En sus obras, Darwin muestra que el desarrollo embriológico del individuo "tiene la tendencia de seguir toscamente el desarrollo evolucionario de sus razas, como han revelado los restos de fósiles." En otras palabras, el embrión humano pasa por cambios que pueden observarse y que corresponden a formas anteriores de organismos cuyos restos fosilizados han sido encontrados. Esto indica que el ser humano conserva en sí mismo las formas primitivas de organismos vivientes por las cuales su ser físico ha pasado hasta llegar a su actual etapa más elevada de desarrollo.

En vez de ser esto ofensivo y denigrante para el ser humano, ello en realidad indica que el hombre quizás todavía no ha alcanzado el cenit de su realización. Tiene la *potencialidad* de un desarrollo aún mayor, lo cual es un tributo aún más grande a las leyes y fenómenos cósmicos. Somos de la opinión que Charles Darwin expresó bellamente este pensamiento en las siguientes palabras: "Se le puede perdonar al hombre el sentir cierto orgullo por haberse

elevado, aunque no por su propio esfuerzo, hasta la misma cumbre de la escala orgánica; y el hecho de haberse elevado, en vez de haber sido colocado allí originalmente, puede darle la esperanza de un destino aún más grande en el lejano futuro.”

Orgánicamente, el ser humano es un animal. El tratar de separar físicamente o de distinguir las funciones orgánicas del hombre de las de otros animales, es un absurdo. Las células del humano tienen la misma función básica, como la *irritabilidad*, el *metabolismo*, la *reproducción* y la *excreción*, que las células vivientes de otras formas de vida menos desarrolladas. Es el vehículo físico del hombre lo que la teoría evolucionaria dice que es un producto de la evolución y lo continúa siendo.

¿En qué forma se refleja ésto sobre el concepto religioso, místico y filosófico de que el hombre es “un alma viviente?” La teología arguye en su hagiografía (su colección de escrituras sagradas) que sólo el ser humano tiene alma. Sólo desde un punto de vista puede este postulado ser apoyado. El hombre, por lo menos, como el ser más inteligente en la tierra, tiene la conciencia de sí mismo más desarrollada.

Es esta conciencia de su naturaleza emocional y psíquica lo que le hace concebir esa entidad de su personalidad que él llama *alma*. La denomina divina y es divina si designamos a todas las fuerzas cósmicas como siendo parte de la divina naturaleza. Es erróneo decir que sólo el hombre tiene alma. Como dijimos antes, si en el futuro se encuentra que en el

universo mayor existen seres que tienen una auto-conciencia equivalente a la del ser humano, entonces, ciertamente, ellos tendrían el mismo derecho de reclamar una entidad como el alma.

Hasta que el hombre se convirtió en *Homo sapiens*, un ser racional auto-conciente altamente desarrollado, sólo tenía la esencia del alma pero ningún concepto sobre ella. En los animales inferiores existe esa misma fuerza vital y conciencia, la cual evolucionó gradualmente en el hombre para su propia conciencia y que se denomina *alma*. Aquellos que temen que la teoría de la evolución rebaja la condición del hombre, quizás aprenderán antes de que transcurra otro siglo que hay muchos otros factores que atacan el concepto egoísta del ser humano de que es “el objeto central de toda la creación”.

CAPITULO 3

El Origen de la Raza Humana

Hay considerable interes actualmente entre la gente en descubrir “sus raíces”—el origen de su familia. Ese conocimiento pudiera ser o no ser grato para el ego, pero de otra forma no es particularmente oportuno hoy día. En lo que concierne a la raza humana en general, podemos asumir que el término *raíces* se refiere al origen del hombre, un *hominoideo*.

El factor tiempo de los espécimes más primitivos que se han conocido que pueden designarse como hombres, está siendo calculado más y más atrás en la antigüedad. La fecha más antigua que la renombrada familia de antropólogos, los Leakeys, proclama es de varios millones de años. Africa está siendo reconocida ahora como la posible ubicación de la más antigua criatura de apariencia humana, el *Homo erectus*, el hominoideo de andar erecto.

A través de los períodos iniciales de la ciencia antropológica, el honor de ser el primer centro de la vida humana ha cambiado de un continente a otro. El sinántropo, u hombre de Pekín, fue por mucho tiempo proclamado como nuestro antecesor. Esto resultó, sin embargo, en considerable controversia sobre la autenticidad de este descubrimiento.

Kenya, en el África oriental, ha presentado restos de esqueletos que, de acuerdo con el medidor de radiocarbonos, se dice son aproximadamente de hace tres millones de años. El examen de los cráneos de esos espécimes tan remotos revela una capacidad de 600 a 800 centímetros cúbicos. Esto es aproximadamente la mitad de la capacidad cerebral del hombre moderno.

Hallazgos de restos humanos más recientes durante el último período glacial, que se estiman ser de hace 30,000 años, muestran evidencia de una artesanía sencilla. Usaban piedrecillas como herramientas para cortar y amartillar. Más adelante adquirieron la habilidad de dar forma a las piedras y de seleccionar pedernales para las herramientas. Esto consistió primero de un proceso usando la *percusión*, o sea, dándole la forma deseada a los pedernales mediante golpes que removían pedazos de los bordes. Luego progresaron lentamente hasta el punto de usar la *presión*; esto consistía de presionar una piedra a lo largo de sus bordes para remover las partes que no se deseaban. Mucho después alcanzaron un gran avance técnico cuando ataron estos pedernales a trozos de madera, que habían sido previamente acanalados, para sostenerlos, agregándoles luego un mango.

Como ha señalado cierto antropólogo, parece que al mismo tiempo que se lograron varios avances culturales, se produjo un estancamiento en las mejoras que se habían obtenido. Por ejemplo, se han encontrado huesos con dibujos de animales, toscamente ejecutados por medio de

raspados o arañazos. Esto es indicio de imaginación y creatividad. No obstante, este trabajo de arte todavía era ejecutado con las mismas herramientas primitivas que habían estado en uso durante miles de años.

¿Afectaron en algo las variaciones en el clima y la temperatura durante los períodos glaciales—el avance y retroceso del hielo—en la aparición del ser humano en determinada área del mundo? Sabemos por medio de investigaciones intensas que los monos antropoides estaban confinados al Africa debido a las condiciones climatológicas. Ellos nunca desarrollaron la ingeniosidad y los poderes de razonamiento para aventurarse fuera de su favorable clima y poder adaptarse a otra región. Pero el hombre, el *Homo erectus*, y luego el *Homo sapiens* u hombre pensante, sí se aventuraron más allá de esas fronteras y tuvieron cierto grado de adaptabilidad a un nuevo ambiente.

La pregunta que todavía la ciencia considera es esta: ¿Evolucionó el hombre de primate a hominoide—criaturas de apariencia humana—sólo en Africa? Los hallazgos sobre el hombre de Neandertal en Francia y España, ¿fueron ellos resultado de emigraciones posteriores desde el continente africano? En Europa existen indicios de gente prehistórica llamados Musterienses, de los últimos años del período paleolítico. Su cultura parece ser igual a la de los restos encontrados en Africa.

En los suburbios de Vladimir, cerca de Moscú, se hizo un extraordinario hallazgo: un enorme cementerio exterior

de un poblado paleolítico que contenía entierros muy bien preservados. Se ha calculado que su origen se remonta al año 22,000 (A. de J.C.) aproximadamente. En una sepultura que aparentemente fue preparada de acuerdo a una ceremonia especial, se encontraron los esqueletos de dos niños; sobre los restos de sus ropas habían enormes cuentas de marfil pulido. Las dos criaturas también tenían unos peinados muy complicados. También hallaron junto a ellos una cantidad de brazaletes y anillos. La sepultura era obviamente de una cultura avanzada, según lo indicaba el arreglo de los cuerpos, los tocados y la joyería. ¿Eran esas gentes originarias de Rusia o emigraron desde Africa?

La ciencia no acepta la idea teológica de una generación espontánea del ser humano. El famoso cálculo que señala el año 4,004 (A. de J.C.) como el de la creación del ser humano, el cual todavía aparece en la versión de la biblia del Rey James, fue hecho por el Arzobispo Henry Usher (1550—1631) y estaba basado en la edad de los descendientes de Adán, según lo indica el Antiguo Testamento. Esto fue más tarde ampliado por el Dr. Lightfoot de la Universidad de Cambridge, quien afirmaba que “el hombre fue creado por la Trinidad el 23 de octubre del año 4.004 (A. de J.C.) a las nueve de la mañana”. Por supuesto que el aceptar esa fecha significaría rechazar toda la evidencia empírica de la evolución del ser humano durante miles de años. Sin embargo, el aceptar el concepto evolucionario no disminuye la dependencia del ser sobre los fenómenos

cósmicos que son el origen de toda realidad. El individuo ha evolucionado físicamente y continúa desarrollándose mentalmente también. La condición legítima de ser humano fue obtenida cuando se convirtió en un ser consciente de sí mismo—cuando el individuo se vió a sí mismo como algo aparte de todo lo demás. Este estado de conciencia creativa está todavía en desarrollo, tema que trataremos más adelante.

El término *raza* quiere decir procreación y se dice que tuvo origen cuando la estirpe humana fue sometida a ciertas condiciones ambientales durante largos espacios de tiempo. Las marcas o características físicas de raza se imprimieron profundamente en “las estirpes competitivas del mundo primitivo”. No obstante, ninguna raza es, en cierto sentido, invariable. El ser humano puede ser sometido a determinadas inclemencias del tiempo, las que eventualmente reproducirán características raciales a través de la herencia. Pero debido a la flexibilidad del organismo humano, las generaciones sometidas a nuevas condiciones ambientales eventualmente producirán diferentes cambios físicos en sus descendientes. En otras palabras, “algunas características humanas sufren modificaciones alternas que una vez adquiridas son reproducidas con un alto índice de regularidad”.

Esta variación es evidente en la forma de la cabeza, la contextura del cabello y el color de la piel. El color de los ojos y el ancho de la nariz son otros ejemplos.

Las tierras que fueron cunas de las razas han sido llama-

das “fauna caliente y fauna fría,” o sea, animales (y humanos) de áreas frías o calientes del mundo. En estos variados y a menudo extremosos climas, y en otros factores ambientales, el ser humano ha estado sujeto desde sus inicios a una intensa lucha para sobrevivir. Los efectos de ésto se pueden reconocer entre las estirpes humanas existentes hoy día y “establece sus características para la herencia” y el nacimiento de una raza.

Estos inicios prehistóricos de las razas son estudiados por medios antropométricos, es decir, la observación de la altura y el peso de los esqueletos. Tales hallazgos, por supuesto, no son absolutos, pero sí muestran variaciones relacionadas a diferencias climatológicas extremadas. Debido a la creciente mezcla de las razas en el mundo moderno, las distinciones raciales serán más difíciles de determinar en el futuro. Se han presentado teorías, con cierto grado de veracidad, sobre las diferencias en la forma de los ojos y la nariz, en el color de la piel, igual que en el peso y altura, cuya causa se ha atribuído a ciertas influencias de clima y medio ambiente.

En lo que se refiere al asunto de la “superioridad” de una raza, al principio la ciencia trató de relacionarla con la inteligencia y la capacidad del cerebro. Sin embargo, se ha establecido que algunas gentes primitivas hoy día tienen una capacidad cerebral igual al habitante promedio de una cultura avanzada (aproximadamente 1.200 centímetros cúbicos). Además, los descendientes de estas gentes primi-

tivas, si son trasladados en su niñez, a una cultura más avanzada, para ser criados y educados, exhiben una inteligencia igual a los nativos del lugar donde se han educado.

La supuesta superioridad de raza se ha debido más que nada a una superioridad de ventajas que a cualquier cualidad innata. Si consideramos el tema desde un punto de vista *místico*, todos los humanos estamos imbuídos de la misma fuerza vital cósmica y de sus potenciales, y no hay variación. La exposición del ser a influencias de ambiente y de cultura es lo que pudiera resultar en una mayor exhibición de inteligencia.

Cada uno de nosotros hemos conocido a jóvenes de ambos sexos que tienen grados doctrinarios y que en diferentes formas demuestran una marcada inteligencia. El cociente de inteligencia de sus padres también revelaría una excelente inteligencia innata, pero quizás a ellos no se les dió las mismas oportunidades que a sus hijos para aplicarlas por medio de una educación, entrenamiento y aplicación. Aquí la superioridad fue sólo en *ventajas*.

Usualmente nos referimos a las gentes primitivas como si todos necesariamente hubieran sido ingenuos y faltos de inteligencia. La descripción general de un pueblo primitivo es la de aquellos cuya cultura muestra una diversidad considerable a la de la euroamericana. Como se dijo anteriormente, sin embargo, la antropología moderna ha demostrado que tomando en cuenta el ambiente de la gente primitiva, ellos a menudo han exhibido en sus costumbres y prácticas

un alto grado de inteligencia, pero no han tenido la influencia del desarrollo de una cultura avanzada.

En los humanos parece haber lo que pudiéramos llamar un razonamiento primitivo muy definido. Este tipo de razonamiento parece ser innato, o sea, es nativo de la mente humana. Podríamos decir que es una forma de pensamiento embrionario o elemental. Sin embargo, con experiencia, con la alfabetización y con los resultados que produce una cultura más compleja, este razonamiento es a menudo modificado. Además, este tipo primitivo de razonamiento, o denominémosle pensamiento inmaduro, sí persiste aún entre muchas gentes en las llamadas culturas avanzadas; no es inherente en una raza, país o nacionalidad determinada. Dicho razonamiento constituye la causa principal de las persistentes supersticiones y la perpetuación de costumbres y prácticas a menudo sin valor.

Las personas que retienen este razonamiento primitivo pueden externamente usar las habilidades de la civilización moderna. Ellos pueden utilizar todas las conveniencias que la ciencia y la tecnología proveen. Sin embargo, todo ello es un revestimiento y adaptación que muchas veces no comprenden completamente. Siempre que una circunstancia nueva y diferente surge para la cual no existe una costumbre que aplicarle, ellos recurren a su forma inmadura de pensar para conseguir la solución. El resultado, entonces, a menudo es una idea falsa que puede complicar el problema que confrontan en vez de resolverlo.

¿Qué constituye esta *mente primitiva*? La mente primitiva percibe en forma diferente. Ordinariamente podemos distinguir una presentación objetiva de las asociaciones subjetivas. En otras palabras, podemos distinguir la diferencia entre, por ejemplo, las cualidades de lo que vemos y lo que sentimos emocionalmente acerca de la experiencia o lo que nos podamos imaginar al respecto. Pero con la mente primitiva, las propiedades de lo que percibimos se presume que también contienen una fuerza oculta misteriosa. Se piensa que el objeto en particular posee cierto poder sobrenatural o mágico. Posteriormente, entonces, las percepciones, las experiencias empíricas de la mente primitiva “son eclipsadas por elementos subjetivos”.

Tales atributos mágicos e imaginarios no pueden verificarse por medio de sensaciones, como la percepción. Análogamente, cuando percibimos algo en forma visual, podemos acercarnos, tocarlo y por medio de nuestros otros sentidos receptores, verificar la esencia de lo que vemos. Por lo contrario, aquella propiedad mágica que imaginamos existe en un objeto no puede ser verificada por una sensación externa. Por consiguiente, la naturaleza del objeto es presentada a nuestra mente en forma errónea. Por lo menos se recibe una idea confusa del mismo.

No se debe pensar que las percepciones de la mente primitiva son por necesidad obscuras; su percepción, sus facultades, la vista y el oído, por ejemplo, están tan desarrolladas como aquellas del pensador maduro. Su

razonamiento errado es debido a la influencia del deseo, la ansiedad y la imaginación. La imaginación “es estimulada por necesidades apremiantes” que le atribuye cualidades que no existen a la percepción. Por ejemplo, el individuo tropieza con una vara en su camino, la cual se asemeja, por su forma, a una serpiente. Entonces, recordando una experiencia que ha tenido con tales reptiles, él *imagina* que la estaca posee las cualidades peligrosas y temibles del reptil.

Los antropólogos son de la opinión que los primitivos tienen una imaginación más intensa y que, por lo tanto, encuentran difícil distinguir las ideas engendradas por su imaginación, de aquellas que surgen de la percepción. Su fantasía es tan intensa que a menudo pueden ocasionarles la muerte. Por ejemplo, si les han dicho que les han echado una maldición, su imaginación hará realidad esta sugestión en su mente y eventualmente les ocasionará la muerte. Este mismo resultado puede ocurrir por el miedo a las consecuencias de violar un tabú. Sencillamente, para la mente primitiva *pensar* puede ser tan efectivo como ver o sentir.

Otro ejemplo del pensamiento primitivo que es común entre los miembros de la sociedad moderna es la asociación de circunstancias sin tomar en cuenta la diferencia en su calidad. En otras palabras, dos cosas que son de calidad diferente con frecuencia serán asociadas a causa de alguna función relativa. Por ejemplo, una persona de mentalidad primitiva puede poner un mechón de cabellos de un indi-

viduo en el fuego para que sea destruido. La persona sabe que el fuego quema al tocarlo con las manos. Los cabellos pertenecen a un hombre, por lo tanto, el fuego que los quema, igualmente quemará al hombre. Todavía vemos que existe esa clase de razonamiento primitivo en ciertas sectas religiosas modernas. Muchos individuos que recurren a prácticas primitivas en su fervor religioso, no están, por supuesto, conscientes de su forma de pensar inmadura, que con frecuencia los encadena a la superstición y los priva de un verdadero logro intelectual y espiritual.

Otro ejemplo de este mismo tipo de razonamiento es la costumbre de la tribu Zulú de cortejar a las jóvenes. El varón mastica un pedazo de madera "con la esperanza de que a medida que la madera se convierte en pulpa, el corazón de la joven también se suavizará".

Los procesos no son paralelos, es decir, la madera y el corazón no son iguales, pero la relación entre ellos, el *proceso de suavizar* se piensa que es el mismo. Muchas personas usan amuletos provenientes de lugares que han sido proclamados como sagrados. Para muchas de esas personas, el razonamiento primitivo es el siguiente: "el lugar de donde fue sacado el amuleto era sagrado y tenía una eficacia sobrenatural. Por lo tanto, ese objeto debe, en igual forma, tener esa eficacia y su influencia protectora se extenderá a mi persona".

La mente primitiva comúnmente confunde la *causa* y la *relación*. Si una cosa sucede después de otra, se da por

sentado que la primera que se observó fue la causa de las otras que siguieron, cuando en realidad no existía tal relación. Es decir, se supone que la *similaridad* tiene una cualidad causal, cuando quizás no exista realmente como tal. La observación y raciocinio maduro a menudo revelará que aunque algunas cosas parezcan ser similares, tienen causas de existir fundamentalmente diferentes.

Existe cierto número de teorías en relación a la forma en que pensamos y diferentes escuelas de psicología apoyan estos distintos conceptos. Una es la teoría del *estímulo-respuesta*, según la cual todos tenemos un estímulo externo, recibido por uno de nuestros sentidos receptores, el cual a su vez produce una respuesta, una sensación. Esa sensación puede, a su vez, convertirse en un estímulo que produce otra respuesta aún, que quizás haga surgir una idea en la mente por asociación. El significado, sin embargo, es mucho más que una simple respuesta o reacción; es adjudicarle identidad a la reacción. Esto consiste en la evaluación de la respuesta y la combinación de ideas simples en unas más complejas. Este proceso con frecuencia se hace involuntariamente, o sea, las ideas surgen en la mente debido a percepciones previas.

Cuando razonamos, intencionalmente disponemos que reacciones deben combinarse o relacionarse para darle su significado. Podemos estar errados en nuestra interpretación del significado, pero si ejercemos este pensar voluntario, entonces habrá menos posibilidad de que cometamos los

errores comunes de la mente primitiva, la cual está latente en todos nosotros.

La *asociación libre* es el proceso de pensar al cual todos estamos inclinados en ocasiones. La libre asociación de ideas es el modo de pensar sobre el cual se ejercita un mínimo control; en él, un pensamiento estimula a otro. El pensamiento no está orientado hacia una solución en particular y conscientemente no refleja un tema determinado. Por ejemplo, podemos pensar sobre un día cálido; luego nos viene a la mente el pasado verano y después pensamos sobre un lugar que visitamos o nuestro disgusto al no poder ir; pensamos entonces sobre aquellos que compraron ropa para un viaje, luego sobre una tienda que recientemente hemos visto con un anuncio de una venta especial. Esto es un ejemplo de asociación libre.

Por otra parte, la *fantasía* y el *soñar despierto*, como dijimos anteriormente, están dirigidos hacia una solución, pero una que no es realista, o sea, esencialmente imaginaria. Cuando un joven usa la fantasía, por ejemplo, puede imaginarse a sí mismo como un astronauta en un viaje a un mundo distante que encuentra a otros seres allá. El está creando un tema con ideas relacionadas, pero no es factible. En otras palabras, el tema no está apoyado por hechos o por la posibilidad de que él pudiera alguna vez pasar por esa experiencia.

Debemos recordar que lo que realmente importa no es lo que el mundo es, sino lo que nosotros *pensamos* que es y

esto es lo que contribuye a nuestro estado consciente de la realidad y de la vida. Sin embargo, debemos crear ese mundo lo más claramente que nos permitan nuestras facultades mentales. Podemos disciplinar nuestros pensamientos y nuestro razonamiento para evitar conceptos equivocados que pueden afectar adversamente el bienestar de nuestra vida.

A menudo leemos o se nos dice que los seres prehistóricos y primitivos han sido más elementales en su razonamiento, pero que tenían ciertas facultades que eran más agudas que las que posee el individuo moderno. Ello implica que el ser humano de hoy día tiene esas facultades innatas, pero que están semi-dormidas en su interior. En particular, se ha hecho la pregunta siguiente: "Si el ser humano primitivo desarrolló sus facultades intuitivas hasta un alto grado y sabemos que el desarrollo interno nunca se pierde, ¿por qué carecen el hombre y mujer civilizados de esta facultad?"

Debe hacerse la distinción entre el *instinto* y la *intuición*, aunque sin duda existe una relación psicológica entre ellos, hasta cierto grado. Los instintos son definitivamente lecciones que han sido aprendidas por un organismo, especialmente por uno tan complejo como el del ser humano. Estas lecciones han sido adquiridas a través del largo proceso evolucionario del ser viviente.

Cuando decimos "aprender" no podemos igualarlo con nuestra interpretación común de la palabra. No se trata de aquello que hemos conocido y evaluado en relación al ser,

como aprenderíamos un idioma, música o matemáticas. El organismo, en su lento ascenso y en su enfrentamiento con el medio ambiente, fue sometido a condiciones que eran favorables o contrarias a él. La influencia continua de estas condiciones similares, quizás durante miles de generaciones, dejó impresiones permanentes en los genes. Estas alteraciones y mutaciones, se conjetura, fueron transmitidas a los descendientes.

Las características heredadas se convirtieron en reacciones en el comportamiento. En otras palabras, siempre que el organismo era sometido a los mismos estímulos, surgía el impulso de actuar en respuesta a ellos, como siempre lo había hecho. En términos técnicos comunes, los genes del organismo habían sido programados para funcionar de cierta manera. Estos impulsos innatos es lo que llamamos *instintos*.

Se requiere una gran fuerza de voluntad para resistir la intensidad de los estímulos de los instintos. De hecho, hay varios instintos que deseamos *dirigir*, pero que no debemos *reprimir* de ninguna manera. Por ejemplo, la *curiosidad*, esa inquisitividad que atrae la atención de una persona o de animales inferiores, a lo desconocido. Si careciéramos de curiosidad, el humanoide probablemente nunca hubiera avanzado más allá de la etapa Neandertal. En realidad, quizás nunca hubiera alcanzado ese estado. También tenemos el casi irresistible instinto de la *preservación del ser*. Este instinto o impulso está profundamente impreso hasta en el más simple de los organismos vivientes. Es la supervivencia de la fuerza vital misma.

A través de las edades y con las diversas culturas que existieron, estos instintos han sufrido algunas modificaciones. También estamos formándonos nuevos hábitos que, si son retenidos y perpetuados durante muchas generaciones, indudablemente establecerán al menos el núcleo de instintos adicionales.

Estos instintos no son necesariamente espirituales o divinos a menos que uno atribuya cada facultad y característica humana a esa fuente. Para resumir en forma general, los instintos tienen funciones biológicas muy definidas. Pareciera que aquellos hábitos formados durante largo tiempo y que son “recordados” por los genes, tienen que ver principalmente con la protección y supervivencia y el bienestar del organismo. En verdad, se puede decir que la existencia misma de un organismo depende de sus instintos. Debe ser obvio, por lo tanto, que el organismo no podría aprender o adquirir sus necesarias reacciones de conducta en el curso de una sola vida.

Es muy probable que el hombre primitivo confiaba más en sus impulsos instintivos que el *Homo sapiens* o el hombre racional. El hombre racional tiene la tendencia de establecer valores intelectuales que en ocasiones van en contra, es, decir, se oponen a sus instintos. Por ejemplo, está el asceta quien, por razones religiosas, suprime impulsos físicos fundamentales y puede hasta practicar la automortificación, o sea, abuso del cuerpo. Además, las reglas de la sociedad,

sus códigos morales y éticos, tienden a restringir y mitigar el impulso de los instintos.

En la mayoría de las pruebas psicológicas modernas, a la *intuición* se la llama "percepción". Nosotros la podríamos denominar "percepción interna", una especie de conocimiento *inmediato*. En otras palabras, un influjo de ideas en la mente consciente, una cadena de ideas que no han sido elaboradas por la razón y que son de pronto comprendidas. Este conocimiento intuitivo surge principalmente de nuestra mente subconsciente; consiste en su mayor parte de una especie de discernimiento elevado y organización subconsciente de nuestro conocimiento para formar nuevas ideas o conceptos que son entonces percibidos.

El estímulo para estas impresiones intuitivas puede derivarse de diferentes fuentes, pero hay dos que son las más importantes. Si uno ha estado luchando con un problema durante algún tiempo y el razonamiento no ha producido una solución satisfactoria, el subconsciente continúa con la labor que ha sido desechada por la mente consciente. A esto se le llama comúnmente el "trabajo inconsciente" de la mente. Por supuesto que no es realmente inconsciente sino más bien una fase diferente de la corriente de conciencia aplicada al problema. Nuestro deseo de saber se convierte en un estímulo que pone a trabajar al subconsciente aún cuando la mente consciente ha dejado de actuar sobre la idea.

Además, nuestro subconsciente puede ser estimulado

psíquicamente por el *Cósmico* o por los pensamientos de otras personas con las cuales se puede haber entonado sin que nuestra mente consciente se de cuenta de que ha sido receptiva a tales ideas externas. Finalmente tales ideas son descargadas en nuestra mente consciente, llegándonos en forma de una impresión intuitiva. Estos aspectos de la intuición son difíciles de relacionar con el instinto, pero existen otras impresiones intuitivas que parecen ser motivadas instintivamente. Por ejemplo, podemos tener una impresión intuitiva de no hacer algo. Puede ser una premonición de algún peligro inminente que percibimos. Por el contrario, y algunas veces en oposición a las conclusiones de nuestro razonamiento, podemos tener una impresión intuitiva o “sensación”, o tal vez, una visión mental, de seguir adelante con lo que deseamos hacer.

Sólo podemos suponer que hay otros aspectos sutiles de los instintos, o combinaciones de ellos, que en tales casos están reaccionando a nuestra decisión consciente. En otras palabras, que el instinto “sabe”, debido a su experiencia innata, que lo que intentamos hacer o a lo que estamos expuestos, en alguna forma amenaza nuestra seguridad o bienestar personal. Estos impulsos instintivos luego actúan sobre el poder organizador de la mente subconsciente para producir la impresión intuitiva en una forma intelectual comprensible. Dicho más brevemente, el instinto crea la sensación, las ideas de la intuición, para deternernos o para motivarnos.

Como dijimos antes, la mayoría de las impresiones intuitivas están siempre relacionadas directamente al bienestar físico y mental o a la seguridad del individuo. Muy raramente se refieren a asuntos que podemos decir son foráneos al ser. Es decir, el ser es siempre el factor determinante en las impresiones intuitivas. Aunque pareciera que el instinto y la intuición pueden funcionar independientemente y comúnmente lo hacen, no obstante, en otros casos presentan evidencia de una relación armoniosa.

Aunque ahora sólo podemos hacer especulaciones sobre ello, dudamos mucho que el hombre prehistórico haya tenido una facultad intuitiva más desarrollada que el individuo contemporáneo. Esto es porque la intuición juega un papel más importante sólo donde existe el intelecto para crear las imágenes que dan forma a las impresiones recibidas. Cuando tenemos una impresión intuitiva, ésta tiene la estructura de un pensamiento, la forma de una idea. En otras palabras, asociamos e identificamos el impulso intuitivo con una cadena específica de ideas. Podemos decir, por ejemplo, que tenemos una impresión intuitiva de tal o cual naturaleza, mientras que el instinto es expresado más bien a través de las emociones. Podemos sentir, pero no siempre sabemos por qué, como analogía.

Ahora podemos asociar las ideas con el instinto, pero el hombre primitivo, como se dijo, era motivado por ellos sin que les asignara significado alguno a sus impulsos; él depende más de sus instintos solamente porque no ha

adquirido el intelecto y la capacidad de razonar como substitutos, que a menudo son un obstáculo conflictivo. Aunque podemos ser más sensibles a la intuición por nuestra condición de personas civilizadas, siempre hemos tenido la tendencia de subordinar las comunicaciones de la intuición a nuestra mente consciente.

La sociedad en que vivimos nos ha forzado a confiar casi totalmente en nuestro razonamiento y en nuestras facultades objetivas. Sólo ahora es que el individuo común se está dando cuenta de esto y está tratando de volver a despertar los canales de estos otros niveles de conciencia. No obstante, ésto no es una empresa nueva para los *Rosacruces*. Sus monografías les han enseñado principios relacionados a este desarrollo desde siglos antes de esta época y antes de las exposiciones a menudo vagas de los parapsicólogos modernos.

CAPITULO 4

¿Podemos Conocer al Absoluto?

Los partidarios del misticismo y de los estudios esotéricos desde hace mucho han proclamado que el punto culminante de tales prácticas es “la unidad con el Absoluto”. Esta unidad es a menudo descrita como un estado de *identidad* con el Absoluto. Según dicen, la conciencia personal se funde con el Infinito—es absorbida, en cierta forma. Otro término usado para ese fenómeno es *Conciencia Cósmica*.

Sin embargo, esta absorción en el Infinito no implica una pérdida completa de la identidad personal; el ego, el “yo” aún persiste. Es decir, la conciencia personal abarca una realización más vasta de la realidad que la que puede obtener por medio de la percepción objetiva, aun así, no está exento del conocimiento de su propia existencia como una entidad.

No obstante, esto hace surgir la interrogante de qué exactamente quiere decir el *Absoluto*. ¿Puede ser definido como lo Fundamental, un estado o condición más allá del cual nada más puede ser? Es este Absoluto el final de una progresión y un orden jerárquico de desarrollo? O, ¿debe acaso ser considerado como lo Infinito, el *Uno* y el *Todo* del Ser, y, por lo tanto, un estado de perfección? ¿Es él

un estado de perfección por ser fundamentalmente de una esencia, no habiendo en su naturaleza nada menos que su cualidad? En otras palabras, algo no puede ser considerado más que perfecto en sí mismo si no hay ninguna otra cosa con la cual puede ser comparado.

Otra pregunta que entonces surge es, ¿cómo puede la mente del hombre abarcar este Absoluto? Dicho en otras palabras, ¿cómo puede la conciencia finita de la mente humana comprender aquello que es infinito e ilimitado en su naturaleza múltiple? Hablando figuradamente, ¿puede acaso una taza contener todo lo vasto del mar? La mente humana, su fenómeno de conciencia, es parte del espectro de las leyes naturales (o cósmicas); es sólo una de una gran cantidad de fenómenos cósmicos. Esto hace surgir otra pregunta más: ¿Puede una parte saber el todo del cual consiste?

En sus escritos, los místicos frecuentemente se han referido a esta *Unidad*. Subsecuentemente, la Unidad resultó en una experiencia noética, es decir, un influjo de nuevo conocimiento—una iluminación intelectual nunca antes experimentada. Sin embargo, tales revelaciones, como se nos relata en la literatura mística, no proveen una imagen comprensible de los fenómenos cósmicos; la presentación es muy breve para explicar el funcionamiento del orden físico del Cosmos como un todo. Más bien, estos escritos describen el estado emocional que se experimenta durante la Unidad percibida, el cual es definido como el *summum bonum* de

rectitud moral. El individuo también trata de relatar el éxtasis de su experiencia en términos de liberación del peso de las limitaciones mortales. Esta conciencia del Absoluto entonces no involucra tanto el conocer la estructura de la naturaleza inherente de la realidad, sino que es un estado de euforia, una sensación *exaltada de bienestar*.

La experiencia mística de unidad con el Absoluto es una percepción que se produce a través de un estado elevado de conciencia que es poco común. En este estado, se tiene conciencia de aquello que nunca experimentamos ordinariamente en nuestros estados mentales objetivos o subjetivos. Por lo tanto, esta experiencia puede abarcar fenómenos que superan nuestros otros niveles de conciencia.

No hay duda que el estado místico de conciencia sobrepasa los sentidos periféricos y la razón. Podemos decir que es sensible a los fenómenos, a los aspectos de la realidad, del Cosmos que eluden el estado perceptivo normal del ser humano. Para el místico es algo único en su género, tan completamente diferente de todo lo que ha experimentado anteriormente, que pareciera ser lo máximo de todo; es un estado, una condición más allá de la cual él piensa que no hay nada más grande. En consecuencia, para su razonamiento, parece ser el *Absoluto*.

No obstante, encontramos difícil llegar a la conclusión racionalmente de que tal experiencia es en realidad una visión, una percepción dentro de la realidad *total*. La naturaleza excepcional de la experiencia mística puede hacer

suponer que el fenómeno abarca el Absoluto en su totalidad. Los místicos que son firmes devotos de alguna secta en particular contarán que su experiencia es una conciencia personal de la Deidad que es presentada en su teología. En esa forma, en vez de referirse a una unidad con el Absoluto, ellos denominarán la experiencia “una gloriosa visión de Dios” o “una entrada al cielo”.

El impacto emocional en el individuo que experimenta la Conciencia Cósmica es tan absorbente de sus sentimientos más elevados, que la imaginación no tiene capacidad para concebir algo que esté más allá de ello.

¿Es acaso una fantasía el *conocer el Absoluto*, un auto-engaño? Quizás no conozcamos la esencia completa de una cosa, pero *podemos conocer* una representación de su calidad. Por ejemplo, todavía no sabemos la naturaleza completa de la estructura de la materia. Pero parte por parte, desde moléculas, átomos, electrones, protones, hasta el descubrimiento reciente, los *gluones*, estamos obteniendo una idea más completa de lo que su totalidad *puede ser*, y nos estamos acercando también al concepto *Rosacruz*. Así también, por limitada que sea nuestra experiencia mística del Absoluto, es parte de *su naturaleza*. Al extenderse hacia afuera la conciencia humana es que puede el ego *sentir* su relación con ese Infinito.

Comúnmente, estamos muy conscientes de nuestra naturaleza finita; sus limitaciones nos son siempre inculcadas. La ciencia cada día hace más evidente la relativa diferencia entre

nuestro ser y lo vasto del universo físico. Objetivamente, entonces, nos vemos diminutos en comparación al universo mayor, que consiste de billones de galaxias y un número incalculable de soles y planetas. La experiencia mística refuerza nuestro ego, lo libera de un complejo de inferioridad. Nos es posible sentir una *unidad* con aquello que en mucho trasciende esta tierra, esta galaxia, y nuestro ser físico. Momentáneamente nos sumergimos en esa unidad—un estado de conciencia que la objetividad y los sentidos periféricos no podrían producir nunca. La experiencia mística provee el pulso del Absoluto, aunque no su anatomía.

Puesto que existen variaciones en la profundidad de la sensación de unidad con el Absoluto, podemos suponer que algunos individuos están más cerca de ella en su conciencia que otros. Si la conciencia consiste de una serie de niveles de sensibilidad, entonces la percepción interna del Absoluto de algunas personas será mucho mayor que la de otras, pero *ninguno* lo conocerá en su totalidad.

Podemos suponer además que si en otras partes del universo existen mentes capaces de una mayor profundidad de percepción y sensibilidad, o conciencia, que nosotros, entonces su experiencia del Absoluto puede tener una dimensión que ni podemos imaginar ni experimentar. Sin embargo, ellos tampoco conocerán la esencia total del Absoluto.

Con frecuencia el tema del Absoluto es relacionado con *Dios* y el *Cósmico*. En realidad, estas dos palabras son

intercambiadas a menudo. Hay un antiguo refrán que dice: Sin embargo, se puede hacer otra distinción entre estas dos, más que de nombre. La religión, el misticismo, la metafísica y ciertas doctrinas filosóficas sostienen que existe una omnipotencia que trasciende no sólo al ser humano sino a todos los fenómenos.

Más allá de este acuerdo común, sin embargo, empieza la diferencia. En otras palabras, ¿de qué manera se concibe esta omnipotencia? Existe el concepto *teísta* que afirma que esta Fuerza Suprema es antropomorfa, una entidad o ser con apariencia o forma humana, la cual se presume que es una inteligencia determinativa; es decir, una mente que razona, que tiene propósito y emociones que, hasta cierto punto, son iguales a las de los humanos. Este ser inteligente *siente* y también piensa, o sea, que *ama*. Y en la literatura sagrada de ciertas sectas, se dice que dicha entidad es celosa y que expresa su ira.

El teísmo, entonces, proclama un dios personal, una superentidad. Tal entidad, declaran, no sólo es la causa primera de toda realidad sino es también el director consciente de todos los fenómenos que ha creado. Para abreviar, ese dios tiene el poder arbitrario de alterar aquello que él ha traído a la existencia. Los teístas tienen la creencia de que esta entidad suprema ha establecido las leyes de la naturaleza igual que un artesano crea herramientas para sus propósitos, o sea, un mecanismo para manifestar sus objetivos. El teísta fundamental, no obstante, concibe que el Dios que él acepta

puede, en cualquier momento, intervenir para suprimir, suspender, o alterar aquellas leyes o fenómenos que El ha traído a la existencia.

Aunque este Dios en todos Sus atributos no puede ser completamente abarcado y comprendido por el ser humano, los teístas, no obstante, afirman por lo general que “el hombre puede conocer a la Deidad”. Ellos creen, además, que este Dios es de naturaleza protectora, como un “amante padre”. Sencillamente, ellos piensan que el ser humano puede apelar a esta deidad como Ser amoroso, generoso, quien también funge como un juez omnisciente. En este sentido, las leyes de la naturaleza no se cree que sean absolutas, sino más bien sujetas a la “Voluntad Divina”, de la Deidad eterna, única, que es infinita en sabiduría y poder y en todos Sus decretos y actos. Las acciones de esta Deidad son consideradas por los teístas como innatamente *buenas*, sin importar cómo pueden ser percibidas o experimentadas por el ser humano.

Estas cualidades que se atribuyen a Dios son difíciles de distinguir de la mente y conciencia de los humanos, excepto en la extensión de su eficacia. El teísta absoluto incorpora esta supermente en una cierta forma; no es etérea, sino más bien una especie de substancia no material que él comúnmente imagina de forma humana.

También existe el concepto *místico* y *metafísico* que afirma que hay una Causa Primaria que es un tipo de mente universal, una conciencia e inteligencia. Sin embargo, esta

idea no es teísta en el sentido de ser una entidad personal; más bien es imaginado como una fuerza que todo lo penetra, auto-engendrada. Este concepto, no obstante, sostiene que esta Mente Universal es arbitraria en sus funciones, que no se sumerge en sus propias creaciones. En otras palabras, que existe *una dualidad* o paralelismo. Puede cambiar cualquier cosa que su naturaleza manifieste; tiene potencial para expresarse a través de fenómenos nuevos, en adición a los que ahora expresa. Lo que sea que se hace evidente es siempre la *voluntad* de esta mente. Ella conoce y está consciente de sí misma y de sus creaciones. También es comunicativa en el sentido de que puede llegar hasta la conciencia del hombre y hacerlo consciente de su existencia y de su voluntad. Además se sostiene que el ser humano puede, en ciertas circunstancias, comprender esta Fuerza Universal, este Dios-Mente, e intuitivamente extraer de esa inteligencia eficacia y ayuda personal.

El Cósmico también puede ser interpretado de diversas formas. Se puede decir que es una Inteligencia Universal, una Mente. Es omnipotente, omnisciente y eterno. Esta Mente Cósmica, entonces, de acuerdo con este concepto, es *inseparable* de sus propios fenómenos, de las leyes que son la base de toda realidad. Se considera, específicamente, que el Cósmico es una mente y cuerpo de leyes que operan como una sola unidad. Esto por supuesto es una idea estrictamente *monista*, el concepto de un *uno*, es decir, tanto una inteligencia directora como una manifestación del fenómeno de la realidad.

Existe además el concepto *dualístico* del Cósmico. Por un lado hay una mente creativa, determinativa; una inteligencia que yace detrás de toda la creación, siendo la Causa Primaria de toda existencia. Sin embargo, el otro aspecto de esta dualidad es la gran matriz, el tipo de fenómeno por medio del cual el pensamiento, la idea de la Mente Cósmica se manifiesta. Este complejo de leyes, por lo tanto, es una parte subordinada de la Mente Cósmica. Para usar una analogía, es igual a la forma en que el pensamiento y la voluntad están relacionados, pero el pensamiento, la idea, primero debe preceder a la voluntad de forma que ésta pueda actuar sobre ella y exteriorizarla después.

En esta noción particular del Cósmico, en realidad, la diferencia es muy pequeña entre ella y la idea teísta de Dios. En ambos conceptos, la Causa Primaria es una Mente, una inteligencia arbitraria determinante. No obstante, en este concepto, el Cósmico no está restringido a una forma imaginaria cualquiera. Según dicen, los humanos también pueden recurrir a esta Mente Cósmica y luego, en su omnisciencia, en su sabiduría, ella puede dirigir la fuerza de sus fenómenos, sobre las cuales tiene control, para interceder en los asuntos de la humanidad. Por lo general, sus fuerzas, su parte subordinada llamada *naturaleza*, funciona ordenadamente, sin cambios, a menos que el aspecto-mente del Cósmico intervenga. En consecuencia, las oraciones, igual que a un Dios, pueden dirigirse a esta Mente Cósmica, desde este

punto de vista, como para solicitar su intervención.

Existe otra doctrina más sobre la naturaleza del Cósmico, la cual es más o menos un punto de vista naturalista. El Cosmos, o sea, la realidad total, igual que un ser infinito, es auto-engendrado; se dice que no tuvo comienzo, pues nada podría existir antes o separado de él. Este Ser, en esta idea del Cósmico, es concebido como una *energía universal*, un gran espectro de fuerzas arregladas en lo que el hombre llama *orden*, como las octavas en un piano. No hay excepciones en sus manifestaciones.

No obstante, se sostiene que esta Energía Cósmica Universal no está completamente mecanizada, pues se dice que tiene conciencia de sí misma, *sabe que es*. Su persistencia en ser y su esfuerzo por existir se piensa que es el ejemplo de su conciencia.

Se afirma que el ser humano puede recurrir a esta Conciencia Cósmica universal, pero no es igual que la petición a una deidad teística de una decisión arbitraria para interceder a favor del individuo. No es igual que una apelación a un juez para determinar sus méritos. Más bien es el esfuerzo de parte del ser humano para entonar su conciencia personal con las grandes fuerzas de esta Conciencia Cósmica que fluye a través de su ser y el cual puede ser llamado el *ser psíquico*. Es en esta forma, se afirma, que el individuo se torna intuitivamente consciente en su propio criterio sobre lo justo de su petición; es decir, si dicho pedido está en armonía con el orden cósmico en general. De esta manera

el individuo también puede recibir *iluminación* con el conocimiento que constituirá una guía para él. Por ese medio, la persona también puede experimentar *Paz Profunda* que es un estado de euforia que eleva su conciencia hasta alcanzar una percepción mayor de la conciencia universal del Cósmico.

En esta última interpretación, Dios y el Cósmico son aceptados como *uno*, con la excepción de que no se intenta relacionar el Cósmico con una imagen o forma mental. Este concepto del Cósmico puede también llamarse *panteísmo místico*. Puesto que todas las cosas son parte de esta Conciencia y energía Cósmica, y como ella está en *todas las cosas*, el hombre puede abarcar esta fuerza divina poniéndose en armonía con todo en la vida, con todos los fenómenos de la naturaleza. Esto no debe interpretarse, sin embargo, como que el hombre venera a la naturaleza o que la considera la esencia total del Cósmico. Más bien, entonces, es que el hombre ve en todas y cada una de las cosas esta Conciencia Cósmica y energía en operación.

CAPITULO 5

¿Existe Un Destino Predeterminado?

La *causalidad* ha sido un tema de gran interés para todos desde hace mucho tiempo, especialmente en lo que se relaciona con el Cosmos. Desde siglos atrás, los filósofos han especulado sobre este tema. Algunos, como David Hume, han manifestado que la causalidad es simplemente un producto de la mente humana. Dijo Hume también que el individuo por lo general se cerciora de ciertos efectos de una naturaleza similar y entonces concibe que existe una condición o causa específica para todos ellos. Además, se ha sostenido y con razón, que todo efecto a su vez se convierte en una causa y que toda causa se convierte finalmente en un efecto.

El ser humano está consciente de que el origen de ciertos actos suyos son resultado de sus propios impulsos o ideas, de las cuales está consciente. Por lo tanto, él se considera a sí mismo causativo, es decir, que trae esas cosas a su existencia por motivación propia.

Si el individuo es o parece ser causativo, entonces todo lo que vino a la existencia, o a la realidad, debe también tener una causa, se *especula*. De acuerdo a la doctrina de la ontología, existió una materia prima de la cual todo se

originó. Los antiguos alquimistas buscaron esa Causa Primaria. Tales, el filósofo griego, manifestó que era el agua; otros dijeron que era el aire y el fuego. Anaxágoras dijo que era la *mente*. Antes de esto prevalecía la teogonía, la creencia en dioses y que cada fenómeno era el resultado de las acciones de deidades—que ellos los causaban. El concepto teístico de lo divino, como mencionamos en un capítulo anterior, es que un dios, con deseos y emociones como los humanos, ha creado al universo tal como es. La interpretación literal de la biblia cristiana describe a esta deidad suprema creando la tierra como el mundo principal—sino el único—con las estrellas subordinadas a él. La ciencia moderna desde hace mucho ha demostrado que este concepto religioso, que aparece en la antigua versión hebrea de la biblia, es erróneo, aunque otras religiones en su cosmogonía han tenido ideas similares en atribuirle el origen del universo a uno de diversos dioses.

Los antiguos babilonios y caldeos, los primeros estudiantes serios de lo que después se convirtió en la ciencia de la astronomía, declararon que los siete planetas entonces conocidos, eran dioses. En sus movimientos, estos dioses influenciaban el destino humano, las vidas de aquellas personas nacidas bajo su signo. Este fue el nacimiento de la astrología.

En todo esto vemos al ser humano atribuyéndole a los fenómenos naturales un *determinismo*, o sea, un propósito preconcebido. Desde un punto de vista racional no podemos

aceptar la asignación de propósito a una deidad suprema. Un propósito da por sentado un fin u objetivo, algo que se va a obtener que todavía no se tiene, o aquello que aún no es perfecto. Esta idea, obviamente, rebaja a la deidad, restándole la divinidad y perfección que uno abribuiría a un ser supremo. ¿Por qué un poder semejante podría ser ahora inadecuado y tener que avanzar hacia un estado de suma perfección? ¿Por qué, además, un ser como ese iba a crear el mal que el hombre cree que existe en la tierra y por qué permitir que ello ocurriera? Mientras más pensamos que un dios o ser supremo es causativo, de la forma que los humanos consideran la causalidad, más ambigua, más caótica, se hace la idea.

Cuando meditamos sobre un plan cósmicamente prede-terminado para cada ser humano, entramos de nuevo en un campo que no es muy racional. Se dice que hemos sido dotados cósmica o divinamente con las facultades y poderes que poseemos como humanos, tales como el razonamiento, la imaginación, la voluntad, intuición, memoria, etc. También se nos enseña filosóficamente y de otras formas, que estos dones son para que los utilicemos en el *dominio de la vida*. ¿De qué nos sirve tratar de dominar el ser y el medio ambiente si un destino o suerte específica ha sido predeterminada para cada uno de nosotros?

Si un plan cósmico semejante ha sido establecido para todos, entonces nuestros humildes esfuerzos al ignorarlo podría hacernos actuar en forma contraria a dicho plan para

perjuicio nuestro. Para someterse a un supuesto destino predeterminado, lo razonable sería permanecer pasivos —en otras palabras, ¡sin hacer nada! Estaríamos obligados a dejar que el tiempo y las circunstancias nos movieran a diestra y siniestra. Toda iniciativa humana cesaría, toda creatividad, y por último, a menos que ese predeterminismo fuese realidad, la humanidad también cesaría de existir.

¿Entonces qué. .? — ¿somos completamente dependientes de las limitaciones de las facultades humanas? Desde un punto de vista místico podemos decir que el Cosmos consiste de una *conciencia universal* que persiste en la naturaleza de lo que es o, como dice el ser humano, de acuerdo con un sistema de leyes y orden que es la base de todo fenómeno. Entonces, es posible para el hombre armonizarse con este orden de cosas hasta cierto grado, para ser ilustrado e “iluminado”, como dicen los místicos. Esta iluminación es recibida como una intuición, una percepción que nos llega en forma de guía. Pero nosotros usamos nuestra razón y otras facultades para transformar esa inspiración, ese impulso, en ideas comprensibles y útiles. Esta inspiración o entonamiento a través de nuestras propias facultades y nuestros propios esfuerzos le da forma al designio y destino de nuestra vida.

Esto no debe interpretarse como indicación de que existe en el Cosmos un patrón detallado para cada vida, el cual estamos destinados a seguir y que nos viene como una inspiración. Más bien, significa que mientras más evolucionamos

nuestra conciencia, que es una obligación personal, mayor propósito podemos darle a la inspiración cósmica que recibimos. Debemos repetir lo que a menudo hemos dicho, que no existe un lenguaje cósmico específico; si lo hubiera, no lo podríamos comprender. La inspiración que recibimos, el *toque* cósmico, utiliza nuestro propio conocimiento obtenido por medio de nuestras experiencias personales y tiene que usar el idioma que nosotros comprendemos.

Es por esta razón que debemos estudiar y aprender *aquí* para poder construir un destino merecedor y aprovechar cuando tenemos esa percepción cósmica, o llamémosla Conciencia Cósmica. Cuando recibimos iluminación, nuestras ideas fluyen a la conciencia objetiva. Es natural, por supuesto, que algunos piensen que las palabras que le vienen a la mente le han sido comunicadas por un ser supremo en su propio lenguaje. No obstante, otra persona, de una raza y lengua diferente, podría pensar lo mismo, excepto que lo recibiría en su idioma y usaría su conocimiento para elaborar los detalles.

Desearía relatar una historia verídica que quizás ayudaría a comprender esto mejor. He recordado lo que se ha dicho de una gran experiencia que tuvo el Sr. Eastman, de la famosa compañía Kodak. Antes de su época, la emulsión fotográfica se colocaba en placas de vidrio, de las cuales se hacían los negativos para las fotografías. Este proceso era complicado, frágil y costoso. El Sr. Eastman tenía tiempo de estar meditando sobre la necesidad de mejorar el sistema

y había trabajado en busca de una solución, pero sin éxito. La historia cuenta que cierta vez él fue invitado a un concierto sinfónico, aunque en esos tiempos, el Sr. Eastman no era especialmente devoto de la música clásica. Sin embargo, mientras escuchaba en forma relajada el concierto y disfrutando grandemente de la ocasión, él sintió una sensación de euforia, de gran paz y se sintió en general muy elevado espiritualmente. De pronto por su mente cruzó una visión, una idea que era la solución a su problema; era colocar la emulsión sobre papel y en la forma de un rollo. Esta era una idea revolucionaria que contribuyó al engrandecimiento de la compañía Eastman Kodak.

En gratitud por la inspiración recibida mientras escuchaba la música, el Sr. Eastman después estableció la renombrada Escuela Eastman de Música, en Rochester, Nueva York.

En este incidente vemos, que la motivación y estímulo del subconsciente puede producir una cadena de razonamientos que la voluntad y la razón no lograron obtener por sí solas de la mente consciente. Obviamente, eso cambió el destino del Sr. Eastman. De esta manera es que somos iluminados cósmicamente. Los detalles del plan, del destino personal, sin embargo, depende de nuestro esfuerzo, es nuestra responsabilidad.

Consideremos el concepto personal que el individuo tiene sobre la vida: ¿Qué valor tiene para él? ¿Vale la pena vivir la vida? Nuestra respuesta depende del valor que le demos. El fenómeno de la vida tiene sus propios valores fundamen-

tales. Estos son predeterminados por la propia Naturaleza. El organismo los percibe como *dolor y placer*. El dolor es una indicación de la interrupción del orden innato de la función de la fuerza vital. El placer es la armonía, la satisfacción de algún aspecto de la actividad de la vida. Para vivir el organismo sólo tiene un curso y es el de evitar el dolor, la señal de desarmonía en los procesos de la vida. Ese curso entonces, provee la armonía, la satisfacción del placer y el impulso instintivo de proseguir ese camino.

En los humanos esa estabilidad orgánica y normalidad se le llama *buena salud*. En los animales inferiores nada adicional se busca en la vida. Toda la motivación del animal está dirigida a la gratificación de las exigencias biológicas. En un ser humano normal y saludable, existe un exceso de energía nerviosa. La inactividad del cuerpo y la mente eventualmente produce una irritabilidad, una aflicción. La inteligencia del ser humano le hace posible distinguir entre aquellos que le causa dolor y lo que le causa placer; ello por lo tanto le hace desear ese estado o condición que contrarrestará cualquier posible sensación inquietante.

No importa cuán elemental sea la introspección del ser humano, él o ella no saben cuál de las experiencias de la vida la ha disfrutado más. Este reconocimiento de sensaciones preferidas es su primera introducción a los *valores de vida personales*. Estos valores primitivos son la gratificación de los apetitos y las pasiones, o sea, comodidades físicas. Una vez que el individuo le atribuye un valor a estos place-

res sensuales, sus poderes mentales y físicos son enfocados principalmente sobre ellos.

El apaciguamiento de los apetitos sólo consigue una cosa: mantiene al organismo libre de perturbación, permite a la fuerza vital cumplir su ciclo biológico. Sucintamente, el ser vive entonces como un bien-ordenado mecanismo. Tales impulsos físicos y sus satisfacciones sólo son un medio y no deben ser para el hombre una finalidad en sí.

Supóngase que la atención a los requisitos físicos resulta en una salud robusta y en una gratificación sensual para el resto de la vida del individuo. Tal persona entonces no es más que una planta bien nutrida. En otras palabras, ese individuo es un ejemplo excelente de un organismo viviente. El ser humano, sin embargo, es una *entidad consciente*, no sólo está consciente de los componentes, de las partes integrales de su ser, sino que además está consciente del ser como un todo, en forma completa. La perpetuación de la entidad en sí únicamente parece insuficiente. La razón sugiere al hombre que el todo colectivo, el ser integrado, debe tener algún fin, alguna función que cumplir, igual que las partes de las cuales está compuesto.

Con estos pensamientos, el ser viviente comienza la formación de un conjunto más elevado de valores básicos de vida. El primero de estos valores elevados es *propósito*, y este propósito es la aplicación del ser hacia la consecución de un fin externo. Este tipo de propósito es uno de *creatividad*. El ser, en otras palabras, desea utilizar sus funciones

para traer algo a la vida en adición a su propia naturaleza inherente. Esto es algo muy distinto de las gratificaciones sensuales que proveen cuando más la preservación del ser orgánico.

Igual que el ser humano considera que su sistema orgánico está cumpliendo una función y un propósito aparente, también se pregunta qué propósito existe para todo su ser. Puede suponer que ese propósito ha sido predeterminado por un poder sobrenatural, o, por otra parte, puede pensar que es obligatorio para él establecer su propio propósito, o sea, que debe usar sus propios poderes físicos y mentales para cumplir algún fin concebido por él mismo. Un propósito que dé valor a nuestra vida es lo más cercano que llega el ser humano a obtener una libertad absoluta.

Otro valor esencial en la vida es la *comprensión*. Nada es real para nosotros a menos que lo podamos comprender. Puede ser que el ser humano no conozca nunca el mundo nóumeno—aquello que es en realidad—pero para su conciencia y mentalidad, toda experiencia debe tener alguna identidad comprensible. Lo desconocido aisla al individuo, le hace parecer alejado de aquello que no puede comprender. El esfuerzo para comprender nuestras experiencias provee dos contribuciones vitales para nuestro bienestar. Primero, se revela al ser cualquier valor intrínseco que una cosa pueda aparentar tener. Segundo, la comprensión nos da un grado de unidad con las partes que percibimos. En otras palabras, podemos, por lo menos mentalmente, colo-

carlos en cierto orden aceptable a nuestra inteligencia.

¿De qué manera adquirimos comprensión? No es sólo un avance, un desarrollo que adquirimos por algún medio. También tiene una característica innata—es decir, que es muy dependiente del grado de curiosidad instintiva que tengamos. Por ejemplo, ¿aceptamos nosotros simplemente la existencia de lo que percibimos, o nuestra curiosidad nos impulsa a preguntar y a investigar el cómo y el por qué? El aceptar sin preguntas lo que percibimos no es indicación de que lo comprendamos. Una persona con un índice bajo de curiosidad puede estar inclinado a preguntar solamente sobre la naturaleza de aquello que le parece contribuir a sus necesidades sensuales. La comprensión para esa persona, es un valor en la vida de menor importancia; haría muy poco para ampliar su mundo real. La mente de tal persona da forma a muy pocas imágenes nuevas de conocimiento de las experiencias que tiene en la vida.

Hay un sinnúmero de impresiones que recibimos a través de nuestros sentidos receptores a medida que llevamos a cabo nuestras actividades diarias. Es imposible para nosotros dirigir toda nuestra atención a cada uno de esas impresiones de las que estamos conscientes. Pero la comprensión más profunda se puede obtener cultivando el deseo de aumentar nuestro conocimiento sobre aquello que atrae nuestra atención y que todavía no entendemos.

Otro valor en la vida que eleva al ser humano es la *relación con su ser interno*. Esto se inicia, no tanto con la pregunta:

“ ¿Qué soy yo?”, sino, “ ¿Por qué soy yo?” Esto también lo discutimos en el Capítulo 1. ¿Es el ser humano sólo un eslabón en una cadena de vitalismo, o sea, un fenómeno ascendiendo desde unas simples células vivientes hasta el homo sapiens, el ser racional? Si es así, entonces no hay seguridad de que el hombre sea el fin de tal proceso biológico. En tal caso, con el tiempo él podría sufrir un cambio y convertirse en un ser diferente de aquel del cual descende.

Por otra parte, no importa qué similaridad el individuo encuentra entre su naturaleza física y otras cosas animadas, también tiene una percepción inherente de su semejanza. La *conciencia del Ser* es siempre una entidad concreta, distinta. Es: “Yo sé que soy”. Sin importar la eficacia de todo lo que el ser percibe, éste nunca es sumergido por tales impresiones; siempre permanece en un estado independiente en comparación con todo lo demás que percibe.

Esta creencia común de que el ser tiene una cualidad distinta, muy suya, ha causado que el hombre se pregunte el *por qué*. ¿Cuál es la relación del ser a toda la otra realidad? El ser humano puede mirar hacia el mundo de los fenómenos y ver un orden aparente y causalidad en él. Si el ser humano puede hacer esto, ¿existe entonces un ser *más elevado* que ha implantado ese orden y causalidad en realidad? ¿Existe una auto-conciencia más elevada de la cual la percepción del hombre es sólo una extensión menor?

Este valor en la vida, el meditar sobre la relación del ser, es lo que ha dado origen a la magia, la religión, la metafísica

y la filosofía. De todos los altos valores de la vida, este es el más grande estímulo de la creatividad humana.

En secuencia natural a la relación del ser, está el valor de vida: *evaluación*. Si definimos el bien como lo placentero y lo doloroso como malo o perverso, entonces el estado de nuestro ser físico es fácil de determinar. Esta aseveración de lo que es bueno o malo en nuestro sentido físico es, sin embargo, una determinación secundaria. O sea, primero debemos experimentar la sensación de placer o irritabilidad antes de que podamos decidir cuál causa preferimos. Como analogía, después de quemarme con una llama, puedo decidir si la llama es una condición que debe evitarse o no.

Pero los valores más elevados de vida traen consigo ideas, estados mentales que son abstractos y no relacionados primordialmente con una sensación. Ellos son imágenes mentales, conceptos, resultados de la consideración que le hemos dado a los valores de la vida: por ejemplo, lo que hemos concebido como la función o propósito de la realidad; nuestra comprensión particular de algunos fenómenos; o la relación del ser a nuestro cuerpo orgánico. Por consiguiente, cuando estas ideas son concebidas en forma concluyente—o sea, podemos percibir las—las encontramos satisfactorias, pues para nosotros han adquirido la cualidad de *buenas*.

Es en este punto que el valor de vida llamado evaluación comienza. Sucintamente, los valores que hemos establecido se convierten para nosotros en categorías de nuestros estados

de conciencia. Hemos agrupado nuestros pensamientos en ciertas divisiones generales. De cada una hemos evaluado ciertas experiencias particulares como representativas de ellas. Estas, entonces, vienen a ser el *bien* específico de cada valor de vida. Los detalles pueden variar según el individuo, pero estos valores más elevados son en sí universales en su esencia.

Como ejemplo adicional, la comprensión de su existencia personal tiene para usted la importancia de un valor de vida. Es entonces esencial y el mayor bien para su persona. Las diferentes nociones que el ser humano tiene sobre lo que abarca dicho valor de vida, son evanescentes. Usando otra analogía, durante siglos los seres pensadores conferían un valor vital a la relación del ser. Para ellos el reflexionar sobre tal idea constituía un bien. Pero los conceptos de exactamente cómo es el ser y cómo se originó, han sido miles. Tales diferencias, sin embargo, nunca han disminuido o rebajado el bien básico del valor de vida de la *contemplación del ser*.

Un *código de conducta* es un valor de vida culminante. Los valores de vida no son sobrenaturales o predeterminados por el ser humano. Ellos son creación humana; son primordialmente ideales abstractos. Sin embargo, los elementos que al individuo le parece que forman parte de tales ideales, le imponen demandas. Si, por ejemplo, mi evaluación del ser lo concibe como una esencia divina, entonces racionalmente yo estoy obligado a que el ser actúe de la manera en

que yo creo está de acuerdo con esa cualidad divina. No obstante, para mantener ese estado mental, yo entonces encontraría necesario adoptar al menos para mí, ese código de conducta, que consistiría de morales y de ética. Estas son formas de auto-disciplina que nos han hecho sentir en armonía con los valores de vida más elevados que hemos establecido.

Los códigos de moral o ética no son universales, como lo son los valores de vida fundamentales en sí, pues son dependientes del bien particular que la persona llega a asociar con los diferentes valores de vida. Como un ejemplo adicional, si uno cree que el estudio es un bien asociado con el valor de vida de la comprensión, entonces su sistema de conducta hará obligatorio para uno el estudiar.

La importancia de un código de conducta como valor de vida, es la dirección consciente que provee al ser humano en la vida. Hace al hombre no un fatalista, sino más bien un maestro potencial de su destino.

CAPITULO 6

Las Cosas Que Moldean Nuestras Vidas

De acuerdo con los biólogos y los antropólogos, dos factores generales afectan nuestras vidas. Los biólogos se refieren a nuestra herencia genética—ciertas cualidades que nos son transmitidas en nuestros genes de líneas paternas. Estas cualidades determinan nuestra apariencia física, nuestra inteligencia y nuestra susceptibilidad a ciertas enfermedades. También existe la *teoría* de que posiblemente heredemos características mentales de nuestros genes.

Los antropólogos dicen que el otro factor importante en dar forma a nuestra vida es el *medio ambiente*. Este es un término muy amplio e incluye muchas condiciones, ubicaciones geográficas, climas, alimentos, asociación, costumbres y creencias. Todo esto es ambiental. Sin embargo, no todos nosotros somos modelados por estas cosas inconscientemente. A menudo somos responsables de los efectos que las costumbres, creencias e ideas tienen sobre nosotros. La mayoría de estas cosas no nos son hostiles. Nuestro concepto errado sobre ellas por lo general es la causa de su aparente adversidad.

Veamos algunas de las costumbres y tradiciones más importantes que uno confronta como adulto. Al llegar a la

edad adulta, uno se encuentra en una encrucijada intelectual. ¿Debe uno retener, sólo por fé, todo lo que le ha sido enseñado por sus padres y maestros durante la niñez y adolescencia? ¿O debe uno personalmente estudiarlos de nuevo para determinar su valor y su posible aceptación?

La primera gran influencia tradicional que analizaremos es la *religión*. La religión siempre ha sido la primera en su llamado a las emociones y la mente del ser humano. El impulso religioso está relacionado al instinto básico de conservación. La futilidad de su existencia mortal es muy evidente para el ser humano. El deseo de vivir, por lo tanto, busca alguna garantía consoladora. La creencia en la dualidad del hombre parece proveer la necesaria seguridad. El hombre fue concebido como cuerpo y alma o espíritu. El cuerpo era transitorio, pasajero, eso no podía negarse. El espíritu o alma era invisible, iba y venía como el viento, como el aliento del ser humano. Era relativamente simple esperar o imaginar, que el hombre sobrevivía a la muerte, que era inmortal.

Esto dio inicio a la fase positiva de la creencia y práctica religiosa. De ella surgió la creencia en seres supremos que prevalecían sobre la vida y muerte humana. La forma, la naturaleza del ser supremo era variada. El politeísmo, el teísmo, deísmo, panteísmo, son algunos de los intentos del hombre de imaginarse a lo sobrenatural, como dijimos antes, en un capítulo anterior. El aspecto positivo de la religión produjo en el ser humano el deseo de comunicarse con lo

divino; tenía el impulso de hablar y de apelar a los dioses. Esto evolucionó en las oraciones. El deseo del hombre fue todavía más allá, él quería ser uno con su dios. Así nació la unidad mística.

¿Qué exigencias le harían los dioses en cambio? ¿Qué compensación debe pagar la humanidad como premio por la vida después de la muerte, como lo esperaba? De estas meditaciones surgieron los *códigos morales*. Estos códigos delineaban la conducta que se pensaba que los dioses exigían de los mortales, eran considerados como lo bueno y lo opuesto era malo. La moral, la ética, el intento de regular la conducta humana eran otros aspectos positivos de la religión.

Pero la religión también tiene sus aspectos *negativos*. Los seres humanos trataban de humanizar a su dios y le transferían sus propias debilidades. El dios amaba, odiaba, era celoso; se decía que castigaba y, en ocasiones, destruía. Todas estas cosas los hombres lo decían en sus libros sagrados y declaraban que sus sueños y visiones eran revelaciones divinas. Ellos decían que esas eran las voces, los mandatos, los decretos de lo Divino. Aquellos que no aceptaban sus interpretaciones eran llamados herejes e infieles. Los crímenes, la supresión de los conocimientos, la destrucción, eran perdonados si se hacían en nombre de la deidad. Estos, entonces, son los aspectos negativos de la religión.

Si la religión ha de tener el efecto apropiado para moldear nuestra vida, no puede ser aceptada sólo por fé, a ciegas.

Cada individuo debe determinar qué emociones una determinada religión le produce. ¿Afecta su criterio en relación a otros factores en su vida? ¿Le exige como lealtad ciertas restricciones en su modo de pensar? ¿Le inculca odio, prejuicios, intolerancia? ¿Reduce el concepto de lo Divino al nivel de valores y objetivos humanos?

Otra influencia tradicional en la vida es nuestra *asociación*. Por naturaleza, el ser humano es sociable y busca la compañía de los de su especie. Prefiere la asociación al aislamiento. La asociación, por lo tanto, es instintiva, pero la rodea una atmósfera de tradiciones. El aspecto positivo de la asociación es la oportunidad de imitación que ella provee. Los niños y los adultos tienen la tendencia de imitar todo. Un niño imita los hábitos y la conducta de sus asociados. En teoría, la bondad y la virtud se contagian a aquellos con quienes tenemos contacto. Ideas preconcebidas son presentadas a los jóvenes; las reglas de oro son ensalzadas. En otras palabras, dicen que esto está bien y esto no. La teoría positiva de este tipo de asociación es simple: que ella nos mantiene en el debido sendero en la vida.

También hay, sin embargo, una parte negativa de este período de asociación en la vida. Uno no debe ser empujado ni obstaculizado por sus asociaciones con otros individuos. La propulsión en una u otra dirección en la vida debe siempre ser algo personal. Debe ser resultado del criterio del individuo. Llega un tiempo en la vida en que hay que evaluar lo que a uno se le ha enseñado. El hacer lo que está correcto

debe ser por una aceptación íntima de nuestra parte, no por la influencia o empuje colectivo de parte de otras personas. Mucha gente ha sido criada dentro de las llamadas asociaciones apropiadas, y sin embargo, se han hecho radicales después. Muchas veces ellos hacen lo opuesto solamente para expresar su individualidad. Es su rebelión contra la compulsión social absoluta.

Uno debe hacer caso omiso del aura tradicional de lo que llaman una buena asociación. Más bien, es necesario averiguar por qué ciertos hábitos y conducta son buenos. ¿Cómo han sido establecidos? Además, ¿son necesarios hoy día? ¿Son prácticos, beneficiosos, o son simplemente postulados venerados, una doctrina que hemos heredado del pasado? Muchos fueron quemados en la hoguera porque se negaron a aceptar una creencia santificada pero falsa. Se dice que "Dime con quién andas y te diré quién eres"; pero el acuerdo humano mutuo debe primero proceder de una comprensión personal.

La educación hoy día está recibiendo el mayor énfasis como un factor importante en modelar la vida. La ventaja positiva de una educación formal es, por supuesto, muy obvia, es la enseñanza de conocimiento acumulado. En unos pocos años de estudio se puede condensar lo que fue laboriosamente adquirido en siglos pasados. Ningún individuo podría aprender todo lo que la educación le provee por medio de sus experiencias personales únicamente.

La educación provee dos tipos de conocimiento. Uno

es *empírico*, el demostrable, el objetivo y real. El otro es *abstracto*, especulativo, teórico. Otro posible atributo de la educación es el cultivo de las funciones particulares de la mente que provee; entrena la memoria, requiere un análisis crítico de la instrucción. Exige el enfoque de la atención. En otras palabras, concentración. Ello estimula los procesos mentales.

También hay un lado negativo en el énfasis actual que se le da a la educación formal. La propaganda que se le hace da a entender que el conocimiento—el aprendizaje—sólo se puede adquirir por medio de una educación formal; o sea, que los únicos canales son las instituciones, escuelas, colegios y universidades. La percepción, o las experiencias objetivas por medio de los sentidos periféricos es un canal de conocimiento. Otra fuente de conocimiento es la meditación, contemplación y el razonamiento. Sin embargo, ninguno de estos canales está limitado al salón de clases.

Desafortunadamente, muchas personas nunca continúan su educación después de sus estudios formales. En consecuencia, pierdan la habilidad de llegar a conclusiones serias provenientes de sus propias experiencias. Muy pocos se hacen auto-análisis para llegar a un punto de sus conocimientos. Las creencias de tales personas son, entonces, en su mayor parte opiniones que han adquirido de los medios publicitarios, de la mente de las masas.

¿Por qué la gente aspira a la educación como una fuente de conocimiento? En su famosa obra "The Advancement of

learning”, Francis Bacon dio las razones principales; dijo que algunos lo hacen para entretener sus mentes con la vanidad. Otros lo hacen por refutación y por inteligencia. La mayoría de las veces, dijo Bacon, la gente lo hace por lucro y para obtener una profesión.

Hoy día, la educación es considerada primordialmente como una herramienta para uno elaborar un medio para ganarse la vida. Se le considera especialmente en un sentido pragmático. Bacon podría haber estado refiriéndose a estos tiempos. El dijo que ningún individuo busca educarse “para dar cuenta cierta de su don de razonar”.

El conocimiento es una rica recompensa en sí, ya sea que provea ventajas materiales o no. El antiguo Museo Alejandrino era un ejemplo excelente del amor al conocimiento y a la educación. Fue establecido por Tolomeo I en el Siglo III A. de J.C. y consistía de laboratorios de varias clases, salones para discusión, lugares para la contemplación y la meditación. Grandes pensadores llegaban allí en busca de las verdades eternas para descubrir los secretos de la naturaleza. Ellos deseaban comprobar o desaprobar sus ideas originales. El Estado respaldaba sus investigaciones y estudios.

Euclides, famoso en el campo de la geometría, estudió allí. *Arquímedes*, el físico, fue uno del grupo. *Eratóstenes*, que fue el primero en medir el meridiano terrestre, llevó a cabo investigaciones allí. Apolonio, el gran matemático, fue uno de los eruditos del museo. De las grandes abstracciones

de tales hombres surgieron descubrimientos maravillosos. Ahora podemos usar los resultados de sus labores mentales. Las mentes de tales hombres eran *libres* y abiertas. Ellos buscaban los conocimientos primero, no para obtener un grado académico o sólo para prepararse para una profesión.

Hoy día, las investigaciones sólo para obtener conocimientos a menudo están restringidas por la opinión de las masas. Por ejemplo, mucha gente se opone a la exploración del espacio únicamente porque no pueden ver un beneficio material inmediato como resultado de ello. Acaban de construir el más grande acelerador nuclear en un estado de la Unión Americana, que producirá cargas eléctricas de cientos de millones de voltios. ¡Su costo fue de \$ 250 millones de dólares! No tiene, sin embargo, ningún compromiso militar. Físicos de todas partes del mundo visitan ese lugar, deseando probar o desechar teorías relacionadas con la naturaleza de la materia. Quieren saber—buscan la verdad. Lo que averigüan sobre el universo quizás nunca llegue a tener un valor comercial, pero debido a la inversión hecha, existe mucho clamor público y protestas contra el caso. Este es un ejemplo negativo de la educación moderna.

Las teorías sobre la *sociedad* son otro elemento que moldea nuestras vidas. Los hombres no fueron los primeros en crear la sociedad. Más bien, las condiciones básicas de las cuales consiste la sociedad ejercieron presión sobre el hombre, fue impulsado a ajustarse a ellas. Este tema lo consideramos brevemente en el Capítulo 2. Varias personas

por lo general pueden conseguir lo que una sola no puede. Esto sugiere una *actividad colectiva*. Aquellos que están íntimamente asociados usualmente son más dignos de confianza que los extraños. Por consiguiente, lo más práctico era que los miembros de un círculo íntimo, como una familia, cooperaran unos con otros. Se unían para hacerle frente a las exigencias de su medio ambiente—para preservación, alojamiento, sustento. Esto era coordinación colectiva. Ese no era un ideal intencional de su parte, sino más bien fue el resultado de sus labores. Ellos no tuvieron la idea originalmente de formar una unidad social, sino que trataban solamente de lograr ciertos objetivos.

Yo estuve en la Isla de Chipre no hace mucho, en el área este del Mediterráneo, en meditación. Yo había estado retratando un pueblo neolítico que tenía más de 10,000 años de fundado. Consistía de un círculo bastante grande de enormes rocas. En el círculo había una pequeña estrada. Originalmente había existido una cubierta, un techo de ramas y cortezas sobre una porción del círculo. Dentro del círculo grande había otros más pequeños de piedras. Estos aparentemente eran viviendas, un lugar de entierros subterráneo y un área sagrada. Toda esta actividad demostraba la organización que estas gentes primitivas tenían. Pero lo hacían sin ningún concepto teórico. En otras palabras, no tenían teorías estatales o ideologías políticas.

De todos estos siglos de ese tipo de vida primitivo surgieron ideas sobre lo que una sociedad debía ser. Surgieron

preguntas como, ¿Cuál es el propósito más elevado de la sociedad? ¿Cómo debe establecerse? ¿Es el Estado un sistema de reglas, impuestas para la protección de los ciudadanos y sus derechos? Si es así, el Estado es sólo una entidad abstracta, es un poder derivado de los individuos que la componen.

Pero supongamos que el Estado es considerado supremo; sus representantes establecidos son los únicos que han de decidir cuáles deben ser los objetivos de la humanidad. Y supongamos además que los individuos solamente están supuestos a laborar para alcanzar los fines que el Estado se ha fijado. Esto entonces es un poder que trasciende a los hombres y mujeres individual y colectivamente.

¿Presta servicios el individuo al Estado para su beneficio personal? ¿O es el Estado sólo un instrumento con el cual moldea su *propio destino*? Todas estas ideas y preguntas que hemos considerado nos preocupan en la actualidad. Por consiguiente, es de vital importancia que nos formemos una filosofía de vida que estudie el valor de estas influencias sobre nosotros. La felicidad y la paz mental no descienden sobre el ser humano como una especie de bendición cósmica. Más bien, esos estados son moldeados a costa de una aguda observación, un razonamiento desapasionado y una auto-disciplina intuitiva.

Se dice que el *sentido común* es una excelente base para moldear la vida de uno. El término "sentido común" es más que nada un cliché; su verdadero significado es considerado

muy pocas veces. En consecuencia, su valor no es aprovechado. Pero, ¿qué es el sentido común? Se felicita a las personas cuando tienen esa cualidad o atributo especial. Se menciona a otros por carecer del todo de él. ¿Cuál es el criterio por el cual se determina si alguien posee este tan alabado atributo?

No existe una percepción o concepción humana uniforme. Todos percibimos y todos nos formamos conceptos, pero nuestra percepción de experiencias similares es diferente. Las ideas que nos formamos vienen en su mayor parte de lo que vemos y escuchamos de otras personas. Nuestra concepción, nuestro raciocinio de nuestras experiencias también varía. Esto se debe a las diferencias individuales de inteligencia, razonamiento y educación.

No obstante, sí existe un *sentido común*; es la *conclusión en masa* de la experiencia. En otras palabras, si la mayoría de la gente responde a ciertas condiciones en la misma forma, o están de acuerdo sobre una respuesta o reacción a determinadas circunstancias, esto entonces se convierte en la base para declararlo el sentido común. Por ejemplo, si una familia tiene una piscina sin cercar en su propiedad, cerca de su casa, y dejan una puerta abierta que da a la piscina, por la cual un niño de poca edad podría tener acceso a ella, un acto semejante podría ser llamado una falta de sentido común. Por medio de la *experiencia común* se llegaría a la conclusión que las observaciones y el razonamiento de la gran mayoría de personas indican que tal circunstancia es peligrosa.

Mucho de nuestro llamado sentido común es sólo una aceptación habitual, una *costumbre*. No se llega a él por una conclusión personal de hechos que hemos experimentado; o sea, sabemos que ésto o aquéllo se debe hacer debido a una aceptación social común. Muchas veces, sin embargo, si el individuo primero analizara las circunstancias que forman parte del llamado sentido común, él o ella encontrarían la oportunidad de rechazarlo o de mejorarlo. Como ejemplo adicional, en otros tiempos hubiera sido de sentido común no dejar una ventana abierta durante el verano si habían afuera insectos, evitando así que entraran. No obstante, alguien de esa época fue más allá de los límites del entonces prevaleciente sentido común; simplemente, esa persona encontró la forma de mantener la ventana abierta y al mismo tiempo impidiendo la entrada de los insectos, mediante el uso de alambrado.

Hay cosas que los seres humanos en general aprenden de igual forma y las conclusiones parecen en sí tan evidentes que parecería irracional hacerlos a un lado. ¿Cuál podríamos decir que es la base psicológica de ese sentido común? Es la aparente incapacidad para concebir una contradicción que valga la pena; es decir, una que produzca resultado satisfactorio. Sencillamente, nosotros aceptamos una práctica o conclusión común porque no podemos pensar en hacer algo distinto sin crear alguna situación perjudicial.

Por lo general se considera que el sentido común indica

la forma *correcta* de llevar a cabo algo. Por lo tanto, las acciones del sentido común, ya sean mentales o físicas, se aceptan como correctas porque aparentan brindarle algún beneficio al individuo. Lo que se piensa que no está de acuerdo con el sentido común, se presume que es perjudicial para el interesado.

No obstante, el sentido común puede actuar en desventaja nuestra pues puede obstruir oportunidades en potencia que no se han realizado en ese momento. Pongamos un ejemplo: Digamos que una persona ha estado buscando empleo mediante llamadas personales a establecimientos comerciales de la localidad. Es un sábado y su sentido común le dice que no es el día apropiado para hacer esas llamadas pues los negocios están cerrados. Hay, sin embargo, la posibilidad de que si el individuo persiste, podría comunicarse con alguna oficina de un taller o industria y encontrarla abierta. Entonces tendría una mayor oportunidad de conseguir una entrevista con el dueño que si fuera un día de negocios regular. En consecuencia, el sentido común no es siempre absoluto y debe ser evaluado individualmente antes de ser aceptado.

Frecuentemente el sentido común está basado en una tradición o en costumbres antiguas. El ceñirse a ellas porque es el procedimiento común es privarse de algún posible beneficio. Muchos descubrimientos importantes han sido hechos por personas que les gusta aventurarse; se han atrevido a violar o ir contra "el curso a seguir" según el punto

de vista de otras personas. Por ejemplo, en un tiempo “no tenía sentido” pensar en tener dibujos animados, o proveer iluminación por medio de la electricidad, o volar sobre el océano, o proyectar la voz o imagen mecánicamente a otros a miles de millas de distancia. Tampoco tenía sentido en un tiempo enseñar algo que fuera diferente a las enseñanzas de Aristóteles o que pareciera contradecir lo escrito en la biblia, aunque estuviera apoyado por la realidad.

El verdadero individualista, siempre que sea posible, debe aplicar sus propias observaciones o razonamiento a las circunstancias y a incidentes, en vez de aceptar simplemente el sentido común prevaleciente. Lo *poco común* no es siempre el camino errado a seguir.

CAPITULO 7

El Cultivo de la Civilización

Si deseamos beneficiarnos de lo que han producido las actividades colectivas del ser humano, no podemos vivir solos. Por consiguiente, la realización de nuestra existencia personal depende de otros igual que de nosotros mismos. Cuando así lo hacemos, se dice entonces que ayudamos en el *cultivo de la civilización*. ¿Somos, no obstante, gente civilizada? y, además, ¿cómo se cultiva la civilización? ¿Estamos fallando en contribuir a sus valores más elevados? ¿Lo hemos hecho parte de nuestra vida? Refresquemos nuestra memoria sobre ciertos hechos del origen de la civilización.

Antes de considerar el tema del cultivo de la civilización, uno debe tener alguna comprensión sobre la palabra "civilización". Es generalmente aceptado que la civilización es una condición de la sociedad, en sentido opuesto a la barbarie y el salvajismo. La palabra civilización se deriva del término en latín "civilis", que significa "perteneciente a un ciudadano". La civilización, como la hemos venido a considerar, significa progreso en las artes, en el gobierno y una cooperación social. Es una cultura que designa al individuo como miembro de una sociedad más elevada.

En su estado más primitivo y elemental, el hombre es fundamentalmente animalista. Esto se caracteriza por una notable falta de autodisciplina; tiene poca o ninguna restricción sobre sus apetitos naturales y sus pasiones. Dos motivaciones principales son evidentes en el hombre primitivo: la primera es interna—las necesidades físicas de su propio ser. Estas son las cosas que necesita para su sustento—para su alimentación, su vestimenta y su morada o refugio. Estos pueden resumirse como los requisitos para el bienestar físico.

La segunda motivación es externa; es el ajuste a las condiciones climáticas y la búsqueda de fuentes de alimentación. Consiste además de su defensa contra los enemigos, tanto animales como humanos.

Si la civilización se distingue del barbarismo y el vivir primitivo, deben existir ciertos factores por los cuales puede ser reconocida. En vista de que la civilización es considerada superior, debe ser una evolución o refinamiento del barbarismo. Hay dos factores que describen este refinamiento que constituye la civilización; uno es el control gradual del hombre sobre las fuerzas y condiciones de su medio ambiente. El segundo factor es el despertar de un nuevo sentido de poder e inclinación dentro del individuo mismo.

No debemos pensar que este sentido de poder e inclinación personal sólo resulta en una especie de restricción. Ello es más que la inhibición de la cólera, por ejemplo, o la supresión de los apetitos. Una persona civilizada se caracte-

riza por algo más que un temperamento humilde, suave o pasivo. Una persona civilizada puede ser tan dinámica y agresiva como una salvaje, pero la distinción existe en que la canalización de la fuerza y acción personal toma una dirección diferente.

En consecuencia, en la persona civilizada surgen otras cualidades humanas que deben ser cultivadas. Las cualidades recientemente surgidas o expresadas no reemplazan los impulsos naturales animales o físicos. Ellos, sin embargo, los refinan y subordinan al intelecto y a los sentimientos más sutiles. Pero si el refinamiento del medio ambiente y del ser es la esencia de la civilización, ¿qué contribuye a ese refinamiento? O si tal refinamiento es innato en el ser humano, ¿qué lo hace entrar en acción?

Hay tres condiciones básicas que colocan los cimientos de la civilización, a uno lo podemos denominar el *físico*; a otro, el *sociológico*; y el tercero, el *psicológico*. La condición física concierne al medio ambiente, particularmente las condiciones geográficas y climáticas.

Los antropólogos han dividido la Edad de Piedra en tres secciones. La fase inicial de la Edad de Piedra probablemente comenzó en los tiempos pre-glaciales, que se calcula fue hace medio millón de años por lo menos. La Edad Media de Piedra fue aproximadamente 50,000 años atrás y la última parte de ella fue 10,000 u 8,000 años antes de J.C. Las primeras dos edades, la Primitiva y la Media son llamadas paleolíticas, la última es llamada neolítica o Nueva Edad de Piedra.

Como resultado de la Edad de Piedra, la civilización surgió en el Oriente. Sus primeros lenguajes se perdieron porque ya nadie puede leerlos e hablarlos. Del año 4000 al año 3000 A. de J.C., el hombre construyó lentamente una civilización más elevada, que ahora tiene de 5000 a 6000 años de fundada. Egipto y Sumeria pueden ser llamados con justo derecho la cuna de esta civilización.

El río Nilo abre un hondo surco en un valle situado entre los antiplanos del desierto del Sahara. Esta zanja del Nilo tiene treinta millas de ancho, mientras que la franja de terreno fértil a cada lado de ella es de unas escasas diez millas de ancho. Los altos del Sahara al oeste del Nilo en un tiempo estuvieron bien irrigados y existía un gran bosque donde ahora es un desierto. Los cazadores de la Edad Primitiva de Piedra moraban allí. Sus herramientas han sido encontradas en la superficie de las planicies del desierto. A este pueblo lo podemos llamar los *proto-egipcios*. Ellos vinieron antes del primer período de cultura egipcia. La sequía y la desaparición del bosque eventualmente los hizo bajar al fondo del valle donde hicieron una transición gradual de la ganadería a la agricultura, haciendo utilizables para la labranza los terrenos de la zanja del río Nilo. En esta época Europa todavía era un lugar cruel y bárbaro, en los ajetreos de la Edad de Piedra. La tierra fértil de Egipto, la plenitud de sol, la previsión constante de agua y el aislamiento de condiciones hostiles ayudaron al desarrollo de la civilización.

Otra área geográfica que ayudó al cultivo de la civilización fue la región del Mar Egeo. Este mar semeja un lago gigante bordeado de tierra por todas partes. Por ejemplo, al norte está el territorio continental de Europa; al este, el Asia Menor. El mar en sí está moteado de islas. La costa está profusamente bordeado de bahías y puertos. Se ha dicho que “el mar y las islas son una unidad coherente económica por si solas”. Podemos interpretar esto como queriendo decir que la gente que vive allí puede bastarse a sí mismas.

Según los registros que existen, la raza que primero vivió en esta región fue la de los egeos, quienes habitaron allí aproximadamente en el año 3,000 A. de J.C. Ellos vivieron en esa área durante muchos siglos antes de la llegada de la raza conocida como los griegos. La isla de Creta, al sur del Mar Egeo, fue la líder de esta civilización; fue influenciada por la cultura y productos de Egipto. De hecho, la civilización Minoa de Creta ha sido llamada la tercera gran civilización.

La expansión colonial griega se extendió del oeste hacia el este, a través del Mar Egeo. La primera de esas tribus migratorias griegas en llegar fueron los *aqueos*, naturales de Acaya. Después, la tribu Doria cruzó el Egeo hasta las orillas de Anatolia, en la costa de Asia Menor, donde se establecieron en una estrecha sección del área conocida como las Islas Jónicas. Esta gente migratoria se mezcló con los restos de la decadente civilización minóica. La

complicada naturaleza de la población, el clima agradable, la fértil tierra y los favorables puertos constituyeron una bendición para ese pueblo bárbaro. Como resultado, los jónicos durante siglos fueron la gente más brillante y versátil del pueblo griego. Su ciudad principal, Mileto, se convirtió en el centro ilustre del comercio, la industria y la vida intelectual. Filósofos tan notables como Tales, Anaximandro y Anaximenes eran de Mileto.

Por vivir en islas o secciones separadas de la costa, este pueblo desarrolló hábitos y costumbres diferentes. Se hicieron devotos intensos de su propia ciudad y su forma de vivir. No hubo inclinación alguna de unificarse en unidades políticas más grandes, o formar una nación. Adquirieron un sentido de la libertad, independencia y auto-suficiencia, cualidades que se convirtieron en el espíritu de la civilización griega.

La segunda condición que coloca las bases para una civilización, como hemos dichos, es *sociológica*. La indicación de esto es la congregación de gentes. También incluye la formación de unidades políticas y el nombramiento y aceptación de líderes de grupo. La gente formó villorios, compuestos primero de *etnos*; éstos son grupos que son parientes consanguíneos. Los villorios eran pequeños, separados y carecían de paredes. Gradualmente, sin embargo, los poblados vecinos se fueron uniendo, sin importar los lazos de sangre, para protección mutua. Unidos formaron cantones, fortificaron las ciudades, en lo alto de las colinas.

Bajo condiciones favorables la civilización avanzó hasta llegar a ser un polis, una ciudad-estado o estado soberano. Los primeros gobernantes fueron reyes. Su tarea principal era la defensa contra enemigos y rebeliones domésticas. También exigían respeto a los dioses de parte del pueblo. El rey gobernaba por sanción divina, o sea, se creía que sus decisiones y juicios eran recibidos de dioses como Zeus o Apolo. Eventualmente hubo un cambio de poder, de los reyes a los aristócratas o nobles. El rey entonces se convirtió en un gran sacerdote, una figura decorativa.

Después del derrocamiento de los reyes, el primer gobierno de los pueblos helénicos surgió de la clase guerrera. Al principio esta clase era formada principalmente por los soldados de caballería. Sólo aquellos que podían proveer los caballos y el equipo necesario pertenecían a este poderoso grupo. Más adelante, cuando se necesitó la infantería, una mayor cantidad de hombres participó en las guerras. De este grupo más numeroso que representaba al pueblo, hubo un avance gradual a la democracia.

“En el antiguo estado el factor económico de la sociedad dependía de la esclavitud”. Los esclavos, en su mayoría, eran prisioneros de guerra. Por ejemplo, en Atica, una antigua región de Grecia, habían cien mil esclavos al iniciarse la guerra del Peloponeso. Sin embargo, la población total era de sólo trescientos mil. La política externa del estado antiguo se convirtió, debido a la necesidad de sobrevivir, en la *conquista militar*. Otros pueblos tenían que ser con-

quistados, subyugados, para que una nación pudiera sobrevivir económicamente. Por lo tanto, el derecho de conquista era un principio inherente en la vida de un estado militar en esos tiempos. Hoy día, en la mayoría de los países civilizados, el servicio militar es usado principalmente como una defensa, más bien que como un estilo de vida preferido. Por consiguiente, desde el punto de vista sociológico, existe un doble propósito en la sociedad, "congregación, organización y estabilidad por una parte y por otra, una inclinación hacia la cultura y la eficiencia".

Consideremos ahora la condición sociológica que influye ese refinamiento que es la civilización. Si un individuo no está ocupado con las preocupaciones de la vida cada minuto del día, disfruta de algo llamado *ocio*. El ocio provee relajamiento, es el resultado de la suspensión de las actividades que llamamos trabajo. Sin embargo, el ser humano no puede permanecer mucho tiempo en un estado semi-físico y mental de inercia. El impulso vital exige acción. La conciencia se siente molesta por la inactividad, por el aburrimiento.

En todo rato de ocio se experimenta una inclinación muy definida de experimentar algo más agradable, en contraste con las labores acostumbradas. Por lo tanto, la persona hace algo completamente diferente o alguna actividad que requiera más actividad física. Puesto que el ocio es por su propia compulsión, el individuo puede en ocasiones dedicarse a en forma más completa que a sus labores diarias.

Por este medio se expresa a sí mismo emocional y mentalmente en un mayor grado.

No obstante, el ocio no solo significa dedicarse a una actividad física satisfactoria y diferente. La conciencia en los ratos de ocio puede también volverse introvertida y ocuparse de su parte interior. Mientras que el cuerpo está relajado, se puede encontrar placer en la reflexión. Los recuerdos de ciertas sensaciones y sentimientos que se experimentaron antes pueden surgir al primer plano de la conciencia. Pueden ser sensaciones que se tuvieron durante alguna experiencia pasada. También hay pensamientos que el individuo, por lo general, no trae a la mente durante sus horas de trabajo.

La evocación de ciertas experiencias nos trae a la mente los estados emocionales particulares que estuvieron asociados con ellas. ¿Por qué, por ejemplo, estaba uno enojado o feliz en una ocasión determinada? ¿Qué produce miedo en un caso y despierta curiosidad en otro? En los ratos de ocio, entonces, es posible realizar una *auto-evaluación*. El ser humano comenzó a asociar objetivos, actividades definidas, con los deseos que sentía. Ya no sólo se sentía motivado por los instintos, sino también por un *propósito* específico. Con esta auto-evaluación surgió un orgullo personal por los logros obtenidos. El individuo comparó su propia habilidad con la de sus asociados y conoció en qué cosas sobresalía y también cuáles eran sus deficiencias. Así comenzó el cultivo más intenso de los talentos nuevos. Ello estimuló el sentido

creativo por medio del cual la persona expresaba su personalidad. El ser humano estaba refinando su *ser* y su *medio ambiente*.

De un estudio de la cultura primitiva sabemos que los ratos de descanso y entretenimiento contribuyeron grandemente al sentido religioso y a la conducta moral. En esos momentos la gente tuvo una mayor oportunidad de observar y contemplar las maravillas de la naturaleza. Observaban los cielos estrellados con pensamientos inquisitivos y les intrigaba ver el sol atravesando el firmamento y los cambios de estaciones. También les causaba temor el misterio de la vida y la muerte y buscaban una solución tranquilizadora para esas cosas; se esforzaban en explicar lo desconocido y luchaban para encontrar la relación que les unía a aquello.

Con tales reflexiones religiosas y filosóficas, se profundizó la conciencia social. Ya no se trataba sólo del pensamiento del individuo, sino de toda la humanidad. Se llegó a la comprensión de que los humanos forman un grupo, una clase y que están subordinados a un poder trascendente, similar a un dios o diosa. La relación entre todos los seres humanos y los dioses debería ser la misma. Cierta conducta sería considerada ofensiva y otros actos complacerían a los dioses. En esa forma evolucionó un código moral, *una conciencia social*.

Esta era una sociedad con obligaciones, deberes y limitaciones comunes. La forma más elevada de la sociedad, entonces, a la cual llamamos civilización, se inicia en realidad,

con una creciente *auto-conciencia* y el intento de que ella discipline toda la conducta humana.

Deseamos citar aquí las muy apropiadas palabras de Robert Millikan, físico de renombre mundial: "El cambio de la vida individual de un animal a la vida en grupo del hombre civilizado sería obviamente imposible a menos que el individuo aprendiera cada día más a subordinar sus impulsos e intereses para beneficio de la vida en grupo".

Al estudiar la civilización y sus logros idealísticos, nos enfrentamos con la frase: "la hermandad del hombre". Es una frase común, pero en un mundo de mucho materialismo y demasiada agresión personal, ¿es posible tal hermandad?

Nos parece apropiado decir al hablar de valores morales y espirituales, que la hermandad del individuo debiera unirse en forma universal en la aplicación y comprensión de estas cualidades. Sin embargo, ¿cuán extensa es esta hermandad en la humanidad? Biológicamente, todos los seres humanos pertenecen a la familia *hominoidea*, o sea, a los primates de dos piernas con los que se dice el ser está emparentado. Es muy obvio que esta hermandad física no abarca toda la naturaleza del ser humano. No existe entre los seres una personalidad, mentalidad o estado emocional universal.

En cuanto a la disposición espiritual del individuo, este concepto proviene de la interpretación que la religión le da a sus tradiciones y teologías. La mayoría de las sectas religiosas fundamentales que predicán la doctrina del alma

humana, no le atribuye a esa alma una igualdad en todos los seres, es decir, en su contenido espiritual o estado de evolución. En diversas formas, esas religiones delinean las deficiencias del alma humana en ciertas personas y la necesidad de su salvación y purificación. Esto implica una diferencia en los logros espirituales y en la calidad del alma de la humanidad. Existe también entonces, una laguna en la hermandad espiritual de los humanos. Por consiguiente, en términos del grado de igualdad, la hermandad de la humanidad no existe ni es posible.

El tener una hermandad que implicara una relación uniforme por medio de algún factor manifestado en todos los seres y que fuera ineludible, anularía el espíritu mismo del logro individual al que aspira el ser humano. Se necesitaría una regimentación de todos los seres para poder ajustarse a un modelo arbitrario de hermandad que fuera establecido. Es inapropiado manifestar, por supuesto, que todos estamos imbuídos de vida y, por lo tanto, que ese factor nos hace hermanos. La vida no está limitada a la humanidad solamente, pues todas las cosas vivientes están imbuídas de esa fuerza. Además, una igualdad biológica parcial no altera el hecho de que en todo otro aspecto los seres son bastante diferentes.

La gente no piensa igual y ninguna persona inteligente desearía una raza de autómatas cuyos pensamientos similares provocarían acciones idénticas. Una condición semejante produciría un tedio intolerable. No obstante, la experiencia

humana acumulada a través de siglos de registros históricos sí indica que la necesidad de supervivencia y la oportunidad de avance mental y cultural requiere ciertas pautas de conducta humana si se desea obtener esas cosas.

La naturaleza nos impulsa a perseguir aquello que satisfecerá los apetitos y mantendrá la vida. Ella, sin embargo, no es evaluada por el individuo sólo en un sentido sensual, es decir, por la satisfacción de los apetitos; también hay respuestas emocionales que el individuo desea obtener en la vida y ciertos ideales que desea aplicar en su existencia. La persona que sólo se conforma con estar libre de perturbaciones e irritaciones físicas, no ha avanzado mucho más que los animales inferiores y no es merecedor de llamarse un ser racional.

Por lo tanto, la causa de la gran falta de hermandad que existe en los objetivos de la humanidad es la variedad de fines o metas que el individuo espera alcanzar en su vida. Hay dos factores primordiales que contribuyen a separar a los humanos y son la *religión* y la *política*. En un sentido amplio, la religión puede definirse como aquella expresión subjetiva de una motivación espiritual o moral en el individuo, por medio de la cual aspira a alcanzar la vida que cree le ha sido destinada por un ser divino. Tal designio se cree fue revelado a un profeta o mesías humano quien luego la convirtió en ley sagrada, que requiere que la gente la obedezca como un código espiritual.

La interpretación humana por parte de estos diferentes

mesías y su clero, con frecuencia diferían hasta el punto en que a menudo carecían de una descripción común de Dios o de lo que se pensaba que El exigía del ser humano. Esto producía confusión y conflicto, no sólo en la creencia de los seres, sino también en su relación social.

Uno solo tiene que referirse a las noticias actuales sobre las guerras y las condiciones revolucionarias que prevalecen en todo el mundo para ver en el fondo de casi todo ello el horrible odio nacido de un fervor religioso equivocado y de las diferencias teológicas.

¿Cuál es el objetivo de la *política*? Nuevamente, en un sentido amplio, pudiéramos decir que es una ideología que aboga por un estado que está cercano a contar con aquellas condiciones que los seres conciben como una utopía o una senda que conduce a ella. Fundamentalmente, estas utopías tienen ciertos elementos similares en los deseos humanos. Por ejemplo, incluyen libertad, sustento, protección y la búsqueda de la felicidad. Se podría decir sin equivocarnos que la mayoría de los seres están de acuerdo con estos principios o ideales. Pero, ¿están todos de acuerdo con los métodos y procedimientos por medio de los cuales han de alcanzarlos? Además, ¿qué significan exactamente los distintos términos de este estado ideal, como, por ejemplo, libertad y felicidad, que son en sí, polémicos. Durante siglos, los filósofos han buscado una definición común para ellos, una que fuese aceptable para todos, pero no han tenido éxito.

Por consiguiente, en el campo político la palabra hermandad también falla en tener una universalidad. Los extremos de estas opiniones y creencias opuestas y las acciones que las siguen, pueden ser mitigados por un sincero deseo de parte de los individuos de *comprenderlos*. Hay preceptos tanto religiosos como políticos que son condenados por ciertas personas sólo porque les parecen contrarios a sus propios conceptos. Es una tendencia humana muy egoísta el evaluar sus propias creencias como *buenas*. Esta cualidad de *bueno* a menudo es definida como lo absoluto, lo perfecto y la única verdadera. En consecuencia, una actitud tal, lógicamente coloca a cualquier otro pensamiento en la categoría de falso.

Esta desafortunada condición es aumentada por el *provincialismo* que existe hoy día. Se nos dice sobre la considerable mezcla de gentes debido al aumento de la población en el mundo y a los lazos estrechos que el transporte y la comunicación moderna proveen. Sin embargo, este provincialismo o creencias y costumbres endémicas que la gente persiste en mantener hasta excluir a todo lo demás, no hace posible un entendimiento mutuo.

La televisión y la radio hasta cierto punto han reducido esta tendencia al aislamiento comunal y a la perpetuación de costumbres y tradiciones. Pero esos medios de difusión también han tenido que ceder en mucho y someterse a los prejuicios del país o de la comunidad, o de los intereses que los patrocinan.

Es asombroso cuando uno viaja por el mundo moderno encontrarse con gran número de personas que consideran inferiores, incorrectas o impropias ciertas costumbres sobre las cuales oyen hablar o han visto en la televisión, las cuales son *diferentes* a las suyas. Debido a tales prejuicios, nacidos de la ignorancia, eventualmente pueden surgir actitudes de escarnio y odio.

¿Cuántos devotos fanáticos han leído alguna vez aunque sea un resumen de la historia y doctrinas de otra fé? Es muy común en muchos cristianos, por ejemplo, hablar del budismo, zoroastrismo y maometismo en forma despectiva. Es como si los creyentes no cristianos fueran deficientes en atributos de conciencia y espiritualidad. Además, ¿cuántas personas religiosas han leído alguna vez una definición autorizada sobre el *misticismo* o la *metafísica*? No obstante, muchos de ellos están listos a condenar estos temas basados solamente en que no pertenecen a su fé.

Antes de apoyar con entusiasmo una ideología política, deberíamos comprender un poco más su terminología. Las necesidades humanas y deseos inherentes son las cosas más cercanas a la igualdad en la naturaleza humana. ¿Cuán diferente es un sistema político a otro en alcanzar tales fines? Las ideologías políticas hoy día, como lo han hecho desde hace mucho tiempo, hablan de la *libertad* y *derechos* del individuo. Pero esta libertad a menudo es interpretada de tal manera que la palabra tiranía quizás la definiría mejor. En algunas teorías políticas actuales, se considera al

estado como el logro máximo del ser humano. En un sentido paternal, es presentado como el benefactor del pueblo. La libertad del individuo entonces, es sólo aquella que le será concedida por el estado. Toda opción individual, fuera de los requisitos obligatorios del estado, es restringida completamente. Por otra parte, otros sistemas, bajo diferentes nombres, en su filosofía política enfatizan la libertad individual hasta el punto en que es casi absoluta y permisiva. Por consiguiente, tal sistema no ofrece un factor obligatorio que pudiera formar un estado.

Al suscribirse a una filosofía política, uno primero debe hacer un estudio de la semántica de los principios básicos que ella expone. Por ejemplo, ¿qué significan exactamente las palabras contenidas en su doctrina? Además, ¿armonizan esos significados fundamentales con la forma en que la palabra es usada en la ideología política? Escuchamos y leemos sobre las atrocidades que los dictadores hacen sufrir a sus pueblos. Tales actos inhumanos, esos crímenes contra la humanidad han sido confirmados por autoridades en la materia. Pero aparte de leer las emotivas declaraciones contra tales actos, ¿cuántas personas han tratado alguna vez de investigar en las fuentes históricas disponibles qué hizo posible a tales individuos ganar el poder que tenían? La falta de conocimiento de tales datos históricos por la mayoría de la gente les hace susceptibles a toda clase de propaganda, mucha de la cual es falsa y perjudicial para ellos.

El provincialismo a menudo causa que las personas no conozcan o no les interesa las condiciones económicas que prevalecen en otras partes del mundo que no sea su propia localidad o país. Tal *indiferencia* a las condiciones y circunstancias existentes fuera de su propia comunidad es lo que con frecuencia impide a la gente tomar las medidas necesarias para su propio bienestar. Si, por analogía, uno *conoce* algo sobre los recursos naturales de los países y las exportaciones de las cuales dependen para vivir, estaría opuesto a imponer severas tarifas sobre sus productos.

No enteramos, por ejemplo, de la inundación de productos importados del Japón. La persona provinciana exigirá a sus legisladores que impongan tarifas severas sobre tales productos. Al hacer esto, no se da cuenta de que Japón, por ejemplo, compra de algunos otros países materiales y maquinaria básica que tienen un valor monetario mayor que los productos que les vende a ellos. Un impuesto restrictivo podría resultar en una represalia económica que impondría una mayor penuria económica sobre el ciudadano, que el influjo de productos japoneses.

Durante la guerra en Vietnam, hubo muchas demostraciones de protesta y desfiles con cartelones. Al conversar con algunos de los participantes se pudo establecer que algunos de los que más vociferaban ni siquiera podían señalar en un mapa el lugar donde está ubicado el Vietnam del Norte. Quizás ellos estaban justificados en sus protestas,

pero estaban completamente ignorantes sobre algunos de los datos básicos sobre el tema.

Nunca podremos llegar a tener una completa hermandad, *en todos los aspectos*, con el resto de la humanidad, ni debemos tampoco tratar de tenerla. Pero es necesario comprender nuestras diferencias, lo cual aportará un mayor grado de tolerancia y menos susceptibilidad hacia aquellos que podrían manipular nuestra ignorancia para su propia ventaja.

CAPITULO 8

¿Qué es la Espiritualidad?

Desafortunadamente, el término *espiritualidad* ha sido asociado generalmente con los seguidores devotos de religiones establecidas, la implicación siendo que a menos que uno fuera un adherente de una secta religiosa, no podría poseer o exhibir aquellas cualidades que son aceptadas como espirituales. Sucintamente, esto podría ser interpretado como queriendo decir que la afiliación religiosa era un símbolo secular de las dotes espirituales de la persona. Si un individuo no asiste a una iglesia con frecuencia, se piensa que no rinde homenaje a lo que se acepta como decreto divino.

Debe hacerse una distinción entre la espiritualidad, por una parte, como un impulso moral innato y, por otro lado, la participación en costumbres y ritos religiosos formales, por parte de instituciones establecidas para ese propósito. La motivación espiritual, sin embargo, existía mucho antes de la adaptación de prácticas para expresarla objetivamente y simbolizarla. En capítulos anteriores hemos discutido este tema.

No se sabe exactamente cuándo el ser humano se dio cuenta cabal de la naturaleza finita del ser, en comparación

con la magnitud del mundo externo y sus fenómenos. Pero el primer hominoide, durante el Período Paleolítico—a principios de la Edad de Piedra—dejó indicios de que él estaba consciente de ese poder *trascendente*. Esto, entonces, dio inicio a la creencia conocida técnicamente como “*hylozoism*”, que concibe toda la materia como algo vivo, imbuída de vida. En las pinturas en las paredes y esbozos en las cuevas de estos primeros humanos, hay dibujos y diseños de lo que parecen ser objetos celestiales, o sea, el sol, las estrellas, la luna, etc. Debajo de ellos y en un tamaño menor, se ven imágenes rústicas de seres humanos. Su tamaño era probablemente para hacer énfasis en su calidad finita al compararlos con la magnitud de los cuerpos celestiales. Los dibujos, aunque de diseño primitivo, muestran a estas figuras humanas con sus brazos levantados, apuntando hacia los símbolos astronómicos, sugiriendo poderosamente un acto de adoración y súplica a lo que ellos pensaban eran poderes superiores.

Al paso de los siglos, esta creencia en el hилоzoísmo evolucionó en lo que se conoce en la religión primitiva como *animismo*. Este concepto constituyó un progreso tremendo en la creencia de que todas las cosas están imbuídas de vida. En otras palabras, las cosas no sólo estaban vivas, sino que también eran exaltadas por él hombre, o sea, eran deificadas. Pensaban que ciertas cosas poseían un espíritu, una cualidad dual que hacía de tales objetos “vivientes” dioses o entidades superiores. Este fue el primer

reconocimiento de una dualidad en las cosas vivientes. Este espíritu, se pensaba, era una fuerza o ser interior invisible. El ser humano había alcanzado entonces una percepción de ciertas sensaciones innatas de su ser que eran muy opuestas a la realización de su ser físico. Podemos imaginarnos lo que pensarían — les parecería que aquel espíritu podía hablarles y provocar en ellos el miedo, el amor, el odio.

Podemos darnos cuenta en estos primeros registros y dibujos en las cuevas, que no se hacía distinción entre *espíritu*, el cual el individuo asumía que moraba dentro de sí, y aquello que pensaba vivía dentro de los dioses. Es decir, ellos atribuían a todas esas cosas que pensaban estaban imbuídas de espíritu, las mismas emociones que ellos sentían. Sin embargo, en vista de que esos dioses eran físicamente incontrolables, asumían que sus poderes excedían los del ser humano.

Esta entidad interior, ese espíritu intangible, eventualmente fue relacionado a la *respiración*. Esta noción fue principalmente por el hecho obvio de que la vida empezaba con la respiración y se iba con ella al morir. En la aspiración se tomaba *aire* y el aire era invisible, existía en todas partes, y su naturaleza era siempre la misma, de acuerdo con la percepción humana. Se creía, por consiguiente, que el aire era infinito y poderoso. Con el cese de la respiración y la llegada de la muerte, el espíritu se iba, la percepción del ser desaparecía, a pesar de que el cuerpo físico permanecía. De los registros y artefactos dejados por los seres primitivos, es

aparente que este fenómeno hizo surgir muchas interrogantes.

¿Dónde moraba esa esencia divina que daba vida y espíritu? Si los dioses del cielo tenían la misma cualidad espiritual del hombre, entonces ése debía ser el lugar donde se originaba la esencia espiritual del hombre. Se pensó después que la morada del espíritu también estaba bajo tierra, como la muerte. Esta fue una creencia mantenida por los egipcios de cierto período y también por ciertas razas semíticas como los babilonios y los sirios.

La *magia* antecedió a la religión. Por lo que podemos determinar de las investigaciones arqueológicas y por pinturas primitivas y otros artefactos, los primeros seres a quienes más temían era a sus dioses. Más adelante prevaleció el politeísmo, la creencia en muchos dioses—algunos más temidos que otros debido a los poderes que parecían poseer. Al principio, los dioses eran los fenómenos naturales, las fuerzas de la naturaleza, por ejemplo, el trueno, la lluvia, el relámpago, las erupciones volcánicas, etc. Se pensaba simplemente que estos fenómenos eran deidades y que las fuerzas que demostraban eran suyas; podían destruir a muchos por medio de sus poderes si se les hacía enojar. Era, por lo tanto, necesario que el ser humano los aplacara, apaciguarlos de alguna manera para evitar disgustarlos. En esta forma nació la religión primitiva, pero fue precedida por la *magia* y conectada a ella durante mucho tiempo, lo cual escolásticamente se conoció como el período *mágico-religioso*.

Como hemos observado hasta aquí, la magia consiste de una creencia en los poderes sobrenaturales que pueden ser dirigidos y controlados por el ser humano. Estos poderes con frecuencia son opuestos a las fuerzas de la naturaleza, o sea, por medio de la magia pueden ser resistidos y controlados. Se usaron ritos específicos para ordenar a las fuerzas mágicas a contener a los dioses y hacerlos actuar a favor del hombre. Psicológicamente, en el uso de la magia el individuo reconoce sus limitaciones y su debilidad, en contraste a las entidades sobrenaturales que se imagina existen y busca aliarse con esas fuerzas mágicas para evitar cualquier acto no deseado por parte de la naturaleza.

Las investigaciones arqueológicas y los registros históricos demuestran que ocurrió una importante transición en las prácticas mágico-religiosas del ser humano. Ya no trataba de dirigir los poderes sobrenaturales, sino más bien les hacía plegarias y los aplacaba con obsequios. Los ritos mágicos eventualmente se convirtieron en actos de *súplica*, *oración* y *sacrificio*. Puesto que los dioses, según se suponía, tenían atributos humanos, les gustaba las buenas comidas y bebidas, tales como el néctar y la ambrosía. Por lo tanto, a los dioses se les ofrecían carnes, frutas, flores y bebidas. Se hacían sacrificios de animales en un altar y en un período más antiguo, se inmolaban vidas humanas durante los ritos. También se quemaba incienso, pero no como un símbolo, sino para que su fragancia llegara hasta los dioses y los

inclinara a favorecer las oraciones que se les ofrecía.

La elaboración de los ritos está específicamente presentada en los textos de religiones primitivas y comparativas. En las bibliotecas se pueden encontrar muchos textos sobre estos temas, escritos por autoridades en la materia. En ediciones en inglés podemos dar como ejemplos: "The Golden Bough" (La Rama Dorada), por J. G. Frazer; "Primitive Culture" (Cultura Primitiva), por Edward B. Tylor; y "Primitive Religion" (Religión Primitiva), por Paul Radian.

Otro avance en la religión, aun cuando el ser humano estaba envuelto profundamente en los ritos mágicos, fue la creencia en la *inmortalidad* del "espíritu", la entidad interior. Los antiguos egipcios hacían una diferencia entre el espíritu y aquello que ahora es aceptado como el *alma*. La palabra *Ka* recibió diferentes definiciones a través de las dinastías. Podemos decir en general, que se pensaba que *Ka* era un duplicado del cuerpo físico, en su forma, pero intangible. Más bien era como la *personalidad*, o sea, que exhibía las mismas características del ser físico y seguía al alma hasta el otro mundo, igual que las religiones modernas piensan que la personalidad sobrevive a la muerte.

Ba era el nombre dado por los antiguos egipcios a una especie de *alma de los sueños*. *Ba* era explicado también de diferentes maneras. En el "Libro de los Muertos", así llamado por ser una colección de liturgias y oraciones que eran para los difuntos, el alma de los muertos—*Ba*, era

ilustrado como un falcón y su forma era la de un pájaro. En el Museo Egipcio Rosacruz están en exhibición modelos originales de Ba. Pero aún en las primeras dinastías, el alma era considerada inmortal.

Para el hombre primitivo, igual que para muchas personas hoy día, la vida era un misterio asociado con lo sobrenatural, es decir, era considerada de origen divino. En la mayoría de las religiones se piensa que la *vida* y el *alma* tienen una afinidad. Por lo tanto, era natural para los antiguos seres suponer que el fenómeno denominado *alma*, igual que la vida, regresaba a su misteriosa fuente de origen a la hora de la muerte.

Otro avance de la religión fue la doctrina de la *salvación*. El principio fundamental era la necesaria purificación moral del individuo antes de entrar a un estado divino al morir, para poder ser elegible para residir con un dios o dioses. Pareciera que el concepto original de la salvación no era tanto la aspiración de adquirir un estado de santidad personal, sino el de *compensar* cualesquier ofensas que se pudiera haber causado a la deidad.

Entre los primeros en creer en la salvación estuvieron los sirios y los babilonios; estos últimos creían en un “Dios Misericordioso” y su deidad principal era Merodack. Sin embargo, los babilonios incluían a otros en su panteón, buscando también la salvación de ellos indudablemente. Ellos aparentemente no creían en un “pecado original”. Sus pecados eran involuntarios en su mayoría, cometidos en la

tierra, al hacer algo prohibido. La expiación de sus pecados era *en este mundo*, y se llevaba a cabo por medio de liturgias y oraciones con la intención de “inclinarse al Ser Divino a perdonar en igual medida. . .” Cuando eran perdonados, los pecados se volvían *buenos*. Si el pecador era salvado en este mundo, “ningún poder salvador tendría que intervenir en su beneficio en el próximo”.

La *espiritualidad* es una síntesis de estas diferentes nociones que el ser humano fue percibiendo gradualmente con la expansión de su conciencia del ser. No obstante, no está enteramente libre del dogma y las prácticas de la magia en la cual la religión tuvo su origen. De la síntesis que hemos brindado, exponemos a continuación un esbozo de aquellas emociones e ideas que constituyen la base de la verdadera espiritualidad.

- A — El reconocimiento de una *trascendencia* eterna, es decir, la existencia de un poder omnipotente y omnisciente.
- B — No existe una dualidad en la esencia trascendente, sólo existe un *monismo*. Los detalles y las formas son sólo expresiones de esta *Unidad*.
- C — Puesto que esta trascendencia es la totalidad de *todo*, es por lo tanto *perfecta*, pues no existe nada que pueda superarla. Por la misma razón, es concebida como *buena*, pues la perfección de algo implica su calidad de *bueno*.
- D — Puesto que el ser humano, como todas las cosas,

consiste de la *Unidad Trascendente*, también es *perfecto* en esencia. Pero debe adquirir una percepción de su perfección inherente.

- E — No existe un código moral universal de la *perfección* y el *bien* trascendente (divino) que todos los hombres acepten. Cada uno, por consiguiente, debe seguir un código que esté de acuerdo con su propio sentido innato de la divina perfección y bien.
- F — Ningún ser nace con una herencia mayor de perfección trascendente que otro. Ninguna persona está más cerca a la Unidad Trascendental que otro. Por lo tanto, ningún ser humano que busca esta unión con *El Uno* necesita otra persona o institución que le sirva de intermediaria.
- G — Los pecados son de dos clases:
- a) Aquellos que violan los códigos morales tradicionales que se dicen son revelaciones divinas.
 - b) Las violaciones de la conciencia del individuo. Esto último es un *verdadero* pecado porque profana el sentido personal del bien.
- H — La espiritualidad, por lo tanto, es un sentido de relación personal con el *Ser Trascendental*, cualquiera que sea el nombre o imagen mental con que se le identifique y la cual a la persona le parece expresarlo de la mejor manera. Ello significa también guiarse por la motivación de los sentimientos y pensamientos personales.

I — Como los místicos han sabido y lo han enseñado, la espiritualidad no es sólo la adquisición de credos y ritos formales. Estos simplemente simbolizan los ideales tradicionales que han de alcanzarse. Ellos sólo señalan un camino que según ellos es el mejor para transitar y alcanzar la Iluminación Suprema.

¿Es la virtud un requisito previo para la espiritualidad? ¿Son todas las virtudes de un contenido moral? Es la virtud innata, o es adquirida? ¿Nacemos con las virtudes, o las aprendemos de las tradiciones y costumbres que prevalecen en nuestro tiempo? Además, ¿qué es lo que significa la “virtud”? Pudiera ser una especie de autodisciplina, una restricción que uno mismo se impone, por ejemplo, contra las tentaciones de la inmoralidad y la conducta social malévolas. Se supone que lo que es opuesto a la virtud es de hecho inmoral o malo.

En la Edad Media, sin embargo, se consideraba virtuoso el oponerse a cierto tipo de conducta, gran parte de la cual es aceptable hoy día. Por ejemplo, no se pensaba que la virtud era absoluta; su evaluación era relativa a lo que se denunciaba en aquel tiempo como inmoral. Surge entonces la interrogante: ¿Debe la virtud tener una cualidad positiva invariable propia, que no sea afectada por la cambiante ética moral? Es decir, ¿debe la virtud siempre oponerse a ciertas acciones, sin importar que ellas sean aceptadas comúnmente como ofensivas o morales?

Consideremos el otro concepto de la virtud, específica-

mente, que es de origen genético—que nacemos con ella. Esto significaría que la virtud es un *ideal* desarrollado, una motivación subconsciente transformada en una pauta intelectual de conducta personal. Este concepto, no obstante, atribuye una *dualidad* a la virtud. Por una parte, es un impulso inmanente, sin forma, del subconsciente; por otro lado, es un producto del pensamiento, de la razón, y la formación de un ideal.

Si la virtud, entonces, tiene esta naturaleza dual, su única cualidad absolutamente positiva sería su motivación subconsciente innata. Esto sería un *sentimiento* sin tener un pensamiento relacionado directamente con él. Dicho mas sencillamente, sería el impulso de actuar de una forma que fuera virtuosa, pero que no es expresado intelectualmente por medio de una idea. El otro aspecto de esta supuesta dualidad de la virtud sería relacionarla objetivamente a los particulares de la conducta; en otras palabras, seleccionar arbitrariamente cierta conducta como estando relacionada al sentido de virtud que uno experimenta internamente, como un sentimiento.

Desde el punto de vista anterior, no podrían existir virtudes que fueran aceptadas perpetuamente. Cada persona que sintiera la inclinación virtuosa, la interpretaría entonces de acuerdo con su comprensión de aquellas cosas a las que la virtud se opone. No obstante, sí encontramos virtudes que son aceptadas históricamente. El impulso de actuar virtuosamente, si podemos llamarlo así, ha sido relacionado

intelectualmente a tipos específicos de conducta.

Las llamadas *virtudes cardinales* fueron aquellas proclamadas por los antiguos filósofos griegos, a saber, *justicia*, *prudencia*, *fortaleza*, y *templanza*. También están las virtudes *teológicas* que son fé, esperanza y caridad. Pero, ¿por qué fueron éstas escogidas como virtudes? ¿Qué normas las hizo ajustarse al ideal de virtud del individuo? Aquí volvemos a considerar la interrogante: ¿Cómo es este sentimiento inherente de virtud? o, ¿cómo se define intelectualmente? Los grandes pensadores del pasado lucharon con estas preguntas también.

Sócrates enseñó que la virtud era un don natural, una inclinación innata, que no era un hábito artificial, es decir, no se adquiría por medio de la educación. Sócrates, no obstante, aseguraba que la virtud podía enseñarse, pero sólo de acuerdo con la natural inclinación del alma. Dijo además que el alma retiene una sabiduría divina. Este auto-conocimiento o conciencia del propio ser, fue el inicio de la existencia personal del individuo. Este conocimiento despertado en el alma definía para el ser humano la naturaleza de la virtud. Por lo tanto, Sócrates declaró que “la virtud es conocimiento”.

Este conocimiento del alma la revelaba a las personas “lo que era realmente mejor”. Sócrates también aseguraba que todas las virtudes son *una*, pues está implícito en ellas el conocimiento de su *buena* calidad, es decir, que constituyen lo mejor para el ser humano.

Platón estaba en desacuerdo con su maestro Sócrates y enseñaba que ningún principio unificado del bien servía de base a las virtudes. Todas ellas, sostenía, implican un opuesto a la ignorancia. En otras palabras, la virtud es el conocimiento de un mejor tipo de acción. Por ejemplo, si uno es prudente, no es porque ello surge de un sentido inherente del bien, sino porque el conocimiento nos indica que ése es el *mejor camino*.

Este conocimiento de la virtud no se puede enseñar por medio de preceptos artificiales, externamente. El punto de Platón era que las reglas, los códigos morales, son métodos artificiales de enseñar la verdadera virtud. Ellos son transitorios y todos los seres no experimentan el bien que tales reglas están supuestas a enseñar. El conocimiento del cual la virtud consiste, dijo Platón, debe ser una revelación del alma; debe ser un despertar de su *conocimiento inherente*. Esto significa, según lo entendemos, una respuesta al sentido innato que uno tiene de los valores, la naturaleza verdadera de lo que es mejor para el ser humano. Es el bien que se aprende *interiormente*.

Aristóteles declaró que la virtud, como el mal, es una cosa personal. El mal es aquello que no concuerda con el *feliz término medio*. Existen extremos en la conducta humana; aquellos que son declarados como buenos y sus opuestos, los malos. Entre estos extremos está el curso del medio, que Aristóteles llamó el justo medio. Nuestra decisión sobre exactamente qué quiere decir esto constituye

nuestra idea personal de la virtud; es un juicio cuidadoso de nuestras acciones. Es la aplicación de la razón como guía de nuestras acciones.

¿Es el justo medio, sin embargo, igual para todos? ¿Le asignan todas las personas las mismas limitaciones al bien y también, el mismo punto de inicio al mal? Éste, justamente, es el problema que la sociedad ha enfrentado siempre — el desacuerdo sobre qué es la virtud absoluta. No obstante, el razonamiento se acerca a sugerir una virtud sólida para que todos los seres la sigan, la cual consideraremos más adelante.

Los antiguos seguidores del estoicismo criticaban el intento de la humanidad de buscar la virtud. Este intento de llegar a la naturaleza de la virtud daría paso a las emociones y a la sensibilidad. El ser humano debía actuar con indiferencia, según ellos, y no dar rienda suelta a sus sentimientos. La fortaleza del individuo, sostenían, estaba en denegar los sentimientos y las emociones. Pensar en algo como justo, amable, cariñoso, era dejarse cautivar por los sentimientos e indicaba una voluntad débil.

No obstante, los estóicos más tarde se sometieron a la *necesidad* de ciertas obligaciones del individuo hacia las otras personas. Zenón, el fundador de la escuela de filosofía estóica, dijo, “aquello que viene en el camino de uno para hacerlo.” (hazlo).

Kant, el filósofo alemán (1724–1804) escribió que no existe relación alguna entre la virtud y la felicidad y señaló

que la experiencia revela que a los virtuosos con frecuencia los hacen a un lado y que los malvados prosperan. Para abreviar, Kant expuso que los virtuosos no son siempre felices, ni los que son felices son siempre virtuosos. Sin embargo, Kant admitió que aunque la conducta recta en ocasiones puede ser desagradable, a menudo produce una sensación de respecto y aprobación a sí mismo. En otras palabras, es difícil, pero es un deber que nos enorgullece haber cumplido.

Kant nos dice que el seguir los dictados de la conciencia, la Voluntad Divina, provee una experiencia de *éxtasis*. Pero para poder sentirla, uno debe creer que existe una Entidad Divina o Dios. Es de tal entidad, afirma Kant, que la Voluntad Divina se experimenta personalmente como una ley moral.

¿Exactamente dónde nos encontramos con relación a estos conceptos de virtud? ¿Es la virtud totalmente innata? ¿Nacemos con ella o se trata sólo de tener un juicio acertado sobre cuál es la mejor de nuestras acciones? ¿Existe acaso una avenencia entre los conceptos de los grandes filósofos que hemos citado brevemente?

Todo ser humano tiene el deseo inherente, instintivo, de hacer el bien. Pero el bien ¿a quién o a qué? Esto es, lo que es bueno para el *ser*. Todo lo que el individuo hace es para la satisfacción de algún aspecto de su naturaleza, hasta los llamados actos caritativos e impersonales que hace, si no es por compulsión, es entonces para gratificar una sensibilidad,

un sentimiento o emoción. Pareciera inconsistente asignar a los actos que regularmente consideramos como desinteresados, la misma categoría de sentimiento que a los que son considerados como egoístas. No obstante, instintivamente el ser humano siempre hace lo que piensa que es mejor para su persona, o sea, lo que piensa que es personalmente satisfactorio.

Esto no degrada a los seres, ni implica que nunca son verdaderamente virtuosos. Existen gradaciones de auto-satisfacción. Como un ejemplo, la satisfacción de los apetitos está limitada esencialmente al ser físico. Cuando sólo el ser es gratificado por los actos que ejecuta, ese es el grado más bajo de auto-satisfacción. En el caso, sin embargo, en que esa auto-satisfacción incluye a otros en su beneficio, esta es una gradación de un *orden más elevado*. Además, cuando uno es *justo* en sus acciones, no sólo experimenta un sentido personal de rectitud, sino que también produce un beneficio para otros. La fortaleza también como virtud puede resultar para beneficio de otros además de uno mismo.

La verdadera virtud no sólo existe en el sentido propio del bien, sino además en el bien que los actos de uno puedan dar a otros. Sencillamente, la virtud es la extensión a otras personas del bien personal de uno.

Esta empatía, o extensión de sentimiento, no obstante, no puede basarse sólo en la emoción. Debe ser guiada por la *razón*, debe ser *pragmático*. ¿Cuál es el bien que debemos reconocer que tiene algo más que un valor personal

limitado? La verdadera virtud debe concebir como bueno aquello que se extiende más allá del ser inmediato. En este respecto, la *verdad*, *honestidad* y *moderación* son ejemplos de la verdadera virtud. La *verdad* no es una virtud porque es un hábito adquirido, o sea, aquello que nos ha sido enseñado como un código de rectitud. Es el conocimiento, la razón, lo que nos dice que el opuesto de la verdad, la falsedad, menoscaba las relaciones humanas. La verdad, por lo tanto, es *práctica* porque es *necesaria*.

Lo mismo se puede decir de la *moderación* y de la *honestidad*. El conocimiento nos indica su necesidad práctica, pues el recurrir a la inmoderación o deshonestidad es estimular acciones similares dirigidas a uno mismo.

Podemos resumir diciendo que la virtud es el sentido inherente del bien personal que la razón nos indica es necesario extender más allá de uno mismo.

CAPITULO 9

¿Cuándo Debemos Creer?

¿Cuánta confianza podemos tener en la fe? ¿Podemos aceptar a la fe como un conocimiento? Nuestras experiencias sensoriales son nuestra fuente más común del conocimiento. Ellas producen sensaciones de las cuales surgen imágenes mentales o ideas. El *saber*, entonces, es dar identidad a la experiencia, pero este conocimiento debe poderse comunicar a otros para que tenga un valor pragmático o social. Si el conocimiento está grabado en nuestra mente y no puede relacionarse con otro, o si es inescrutable para otras personas, su valor es entonces limitado. Por lo tanto, conocimiento es *inteligencia* que puede ser transferida a otras mentes y que puede ser comprendida.

La *creencia* es una convicción personal, pero ella no es el resultado de una experiencia sensoria directa. No hay nada material en una creencia que hará que todos lleguen a tener la misma idea. Por ejemplo, uno puede creer que la tierra es una esfera hueca, pero no existe ninguna experiencia objetiva que apoye esa idea.

No obstante, una creencia es una *idea* concebida por la mente. Es un conocimiento *conceptual* que surge del ejercicio de la razón y de la imaginación. Las creencias son

las conclusiones que derivamos de los elementos de las experiencias *pasadas* que están entrelazadas. Ellas son luego reformadas por nuestra razón, o son sintetizadas mediante el proceso de la imaginación. Por lo tanto, la base o sustancia de las creencias esencialmente *a priori*, o sea, que recoge mucho de su material de ideas previamente adquiridas. En otras palabras, ninguna experiencia objetiva directa corresponde en su totalidad a una creencia. Si esto fuese así, diríamos siempre: “Yo se” y nunca “Yo creo”.

Si la creencia no es completamente el resultado de una experiencia sensoria directa, ¿qué valor tiene para nosotros? Existen muchas cosas que no experimentamos directamente por medio de nuestros sentidos periféricos y, sin embargo, ellos sí tienen la sustancia del conocimiento. Por ejemplo, no podemos ver una cosa que *en sí* es dos de algo. Sólo podemos experimentar un número que *simboliza* a dos. Cuando experimentamos dos cosas *separadas*, entonces, por nuestro razonamiento podemos concebirlas como combinadas y formamos un símbolo, un número que denominamos *dos* para representarlos. Dicho en forma más sencilla, decimos que conocemos dos de algo, pero en realidad, sólo *creemos* en la existencia de dos, pues dos no es algo que percibimos visualmente en sí. Es una *idea* para la cual hemos formado un signo, un número, para representar la *cantidad* de dos.

El creer es un conocimiento *derivado*, es decir, no es una realidad fuera de la mente del que lo cree. No existe algo

externo, algo en particular que corresponde a la creencia que uno tiene. Por ejemplo, los antiguos griegos creían que el Monte Olimpo era el hogar de los dioses. Esto era un concepto, no una percepción, pues nadie había en realidad *visto* a los dioses residiendo en el Monte Olimpo. Como un ejemplo adicional, cierta gente en la antigüedad creía que el corazón era el centro de la naturaleza divina del ser humano. Esto era sólo una creencia, una presunción que no podía ser constatada por medio de una experiencia sensoria.

Se debe hacer la distinción entre la ilusión—un conocimiento falso—y una creencia. Se sabe comúnmente que nuestros sentidos pueden engañarnos, que no todo lo que sabemos de nuestras experiencias sensorias es absoluto. Como analogía, uno puede pensar que un objeto distante que uno ve en un campo es una vaca pastando en el llano. Al acercarse uno un poco más, se da cuenta de que es sólo un haz de granos. Pero si el observador nunca se hubiera acercado al objeto, para él la experiencia hubiera constituido un *conocimiento*, es decir, visualmente él hubiera *sabido* que aquello era un animal pastando. Por lo tanto, mucho de nuestro conocimiento periférico depende únicamente de la validez de nuestros sentidos receptores. Tales ilusiones constituyen *conocimiento* hasta que se comprueba que son deceptivas. Quizás gran parte de nuestro conocimiento derivado de los sentidos alguna vez será desmentido. Aunque es transitorio, debemos continuar aceptando ese conocimiento hasta que sea refutado.

Las *creencias*, como conocimiento derivado o asumido, son de dos clases. Primero están las creencias eclécticas, tomadas de las tradiciones o aceptadas por *fe*, es decir, su autoridad está implicada. Las tradiciones que han sido aceptadas por la sociedad durante largo tiempo, raramente se pone en duda su autenticidad o validez. Nos inclinamos a creer en las tradiciones debido a su persistencia y a la credibilidad implicada por sus numerosos creyentes. Se *asume* que la tradición tiene alguna base evidente, a la cual debe su existencia. Por ejemplo, la aceptación de muchas personas de una ideología política como poseedora de un mérito superior es una simple *creencia*. Esas personas no han investigado o estudiado el sistema personalmente. En consecuencia, su aceptación del mismo está basado en una *creencia*, no en un conocimiento nacido de una experiencia analítica.

Gran número de nuestras creencias son sólo producto de la *fe*. La religión es el ejemplo más importante. Los teólogos insinúan que las doctrinas de su religión proceden de una fuente divina. Esta fuente usualmente la constituyen las revelaciones de un individuo que tradicionalmente se acepta como alguien que ha sido iluminado divinamente. Es obvio que tales creencias no tienen su base en la experiencia sensoria personal de los seguidores de la secta.

La racionalización, la abstracción lógica, es la segunda clase de creencia. Son conclusiones a las que se llega por las

razones que parecen evidentes. Son evidentes porque ni la experiencia ni la razón pueden contradecirlas en ese momento. La matemática es un ejemplo de esto. Hay muchas abstracciones que tienen una *probabilidad lógica*; para la mente, ellas tienen una cualidad positiva. La experiencia objetiva, aunque puede no confirmarlas, tampoco las puede refutar. El hecho de que algunas abstracciones evidentes por sí mismas pueden no ser aceptadas universalmente, no disminuye o afecta el conocimiento que puedan tener para el que cree en ellas.

A continuación damos algunos ejemplos de creencias—conocimiento abstracto—que muchas personas tienen: El Ser—el Cosmos—nunca tuvo principio; los fenómenos naturales no son causados a propósito; el llamado finito es tan ilimitado como el infinito; no existe ningún propósito determinado en la naturaleza, sólo un fluir de la simplicidad a la complejidad, y viceversa; el Cósmico no puede ser dual en su naturaleza, no puede existir una mente independiente de él.

Tales creencias son verdades para el individuo que las tiene. Pero estas creencias a verdades evidentes en sí, como el conocimiento abstracto, deben quedar abiertas a discusión o desafío. Uno no debe asumir que lo que parece ser indudable para uno es igual que para otros. Cualquier cosa que la experiencia objetiva puede probar universalmente debe tomar precedencia sobre el conocimiento abstracto, asumido. Las supersticiones son creencias basadas en tradi-

ciones que no han sido comprobadas, o en la inclusión de significados a las causas desconocidas de los fenómenos.

La mente humana no se conforma sólo con aceptar lo *desconocido*. El ser no acepta una condición tal como una *brecha en la realidad*. Todo debe, de alguna manera, tornarse explicable para él, porque lo desconocido, en su incertidumbre, es siempre motivo de miedo. Si el ser humano no puede explicar algo por medio de una experiencia directa, entonces forma una creencia, un conocimiento abstracto acerca de ello. Siempre que no pueda ser refutado, sin embargo, sirve como una verdad relativa para el creyente.

Por lo tanto, el rellenar las brechas de lo desconocido con las creencias personales, puede resultar en la superstición si no se aplica al tema una profundidad y perspicacia de pensamiento. En sus conclusiones reflexivas, la mente supersticiosa recurre a lo sobrenatural como un sustituto para los fenómenos naturales, mientras que la mente *pensante* trata de encontrar una solución para lo desconocido mediante una conexión racional con aquello que es *conocido* y que tiene una realidad aceptada. Ningún pensamiento que trata de buscar un entendimiento donde nunca ha existido uno, carece de valor.

Ciertamente, la experiencia está relacionada con nuestras creencias. La base de muchas de ellas son el resultado de una experiencia pero éstas son de diferentes clases. ¿Estamos seguros de lo que queremos decir exactamente por experiencia?

La palabra “experiencia” es una de uso muy común. Sin embargo, esta palabra tiene un significado más profundo del que le atribuimos generalmente. Nos damos cuenta de esto cuando tratamos de definir qué es una *experiencia* exactamente. Nuestra primera conclusión podría ser que una experiencia es un estado de realización, o la percepción de algo. Pero estudiemos esa noción más detenidamente. Por lo general se concibe que el fenómeno de la conciencia es percepción y realización. Entonces, ¿son idénticas la conciencia y la experiencia? Por ejemplo, ¿podríamos decir que la sensación de tibieza es una experiencia? ¿Es una picazón una experiencia? Cada momento en que estamos despiertos tenemos impresiones sensorias tales como percepciones visuales, de sonido y de emociones o sentimientos. ¿Consideramos generalmente todas éstas como experiencias?

En realidad, cuando nos referimos a una experiencia, nos estamos refiriendo a estados diferentes de conciencia, que consisten de una o más impresiones que hemos aislado de todas las demás. Al separar estas sensaciones o ideas de lo demás, les damos una identidad distinta. Aquellas sensaciones o ideas que llamamos experiencias, son, no obstante, iguales en esencia que cualquier otro estado de conciencia, pero ellas poseen una intimidad definida, una relación muy diferente. Estas experiencias pueden producir una respuesta emocional específica como el amor, el miedo, el odio, la compasión, o un estímulo intelectual, causando una cadena

de estados de contemplación y razonamiento. Estos efectos nos mueven a singularizar o a aislar ciertas impresiones de la corriente de la consciencia como una *experiencia*.

Entonces, una experiencia tiene otros valores para el ser que sólo las sensaciones que se perciben. Por ejemplo, la sensación de frío de por sí no es una experiencia; pero al relacionar el frío con un evento conectado con esa frialdad—es decir, la hora, el lugar y los pensamientos y emociones que se tuvieron—entonces esos elementos forman una experiencia. En consecuencia, la experiencia no es una sola sensación que uno ha percibido, sino parte de una cadena de pensamientos originada por sensaciones que se hicieron parte integral de la experiencia.

Una acción predeterminada, es decir, con un propósito determinado, puede causar una serie de sensaciones y percepciones que se combinan de una manera que puede ser llamada experiencia. Como analogía, supongamos que uno hace planes para una aventura, un viaje peligroso. Todo lo que ocurra dentro del tiempo, el espacio y el marco de pensamiento de ese evento, y por la tanto, relacionado con él, forma una experiencia. En otras palabras, una idea *central* debe unirse a otras ideas para que pueda ser definida como una experiencia. La idea central puede preceder o seguir los elementos de sensación y percepción que se unen a ella. Por ejemplo, digamos que una persona es un inspector de salud pública asignado a investigar condiciones que se han dicho son insalubres en un edificio público. El propósito

inicial de su actividad—la *idea central*—es la investigación de condiciones que se dicen anti-higiénicas. Lo que sea que el inspector eventualmente descubra, lo que encuentre, está relacionado con su propósito inicial—la idea central que lo motivó. Ella, por lo tanto, se amplía por la adición hasta convertirse en una experiencia.

Por el contrario, uno puede tener un número de percepciones que son completamente distintas y sin embargo, relacionadas en cuanto al tiempo, lugar y pensamiento, como para engendrar una idea central que las represente. Esto también constituye una experiencia. Para aclarar esto aún más, supongamos que un fabricante recibe un número de cancelaciones de órdenes de sus productos y también recibe una devolución considerable de embarques que ha hecho. Supongamos además que estas devoluciones no son acompañadas de explicación alguna. La idea que surge de estas circunstancias es que algo muy serio pasa con su producto. Esta creencia, ya sea correcta o no, se convierte en la *idea central* y de la combinación de dichos elementos nace la experiencia.

La mayor parte de lo que denominamos experiencias son sólo sucesos casuales. En otras palabras, no existe una orden predeterminada por la cual los eventos han de sucederse. Uno, por lo tanto, no es la causa directa de que esas impresiones entren en la conciencia. De esas impresiones diferentes e inesperadas el individuo puede tratar de formar una idea central, de colocarlas juntas en un todo compren-

sible. Sin embargo, la idea central a la que se llegó por medio de semejante evento, puede ser errónea. Esto es especialmente perjudicial si la idea central se usa como base para experiencias que se desean en el futuro.

Usemos otra analogía simple para aclarar este punto. Cierta número de eventos no anticipados pueden en su totalidad ser percibidos como placenteros. De ellos, uno puede desarrollar una idea central de cómo los eventos contribuyeron al placer que se tuvo. En realidad, la idea central puede ser completamente ajena y *no conectada* a los eventos, y si es usada para causar experiencias placenteras similares, puede resultar en un fracaso.

Con frecuencia escuchamos las expresiones “aprender de la experiencia” y “beneficiarse de la experiencia”. Esto sugiere de inmediato que tales experiencias tienen una idea central. El individuo, se supone, avanza en el mundo para sacar conclusiones de fenómenos y eventos que encuentra a su paso. Luego él aprende que estos sucesos fueron ya sea beneficiosos o perjudiciales para él, y de ello se forma una idea central que se convierte en experiencia.

Una experiencia planeada tiene mayor probabilidad de resultar provechosa en el sentido de la satisfacción personal que provee. En este caso, el individuo comienza con un punto central—aquello que ha de obtener. La idea nunca ha sido exteriorizada, pero el individuo espera probarla y convertirla en realidad. La idea central que ha establecido le *sugiere* posibles elementos, cosas ou condiciones que la

traerán a la existencia como una realidad. Al tener esa idea central *planeada*, la persona está entonces más consciente de aquellas cosas que obviamente no tendrían relación con su objetivo, o que lo obstaculizarían. No obstante, el empezar una búsqueda de experiencias “provechosas” con una idea central no es garantía de que no se presenten circunstancias adversas, no esperadas, produciendo así un fracaso.

Muchas cosas que se aprenden de la experiencia, aunque no son perjudiciales personalmente, tampoco son de gran valor en alcanzar éxito intelectual e económico, o la felicidad. Esto es así especialmente si uno no procede con una idea central desde el principio. Muchas cosas suceden que parecen traer algo bueno por tratarse de cosas esenciales o satisfactorias. Sin embargo, ellas contribuyen muy poco a la formación de una idea central que las calificaría como “experiencias valiosas y fructíferas”.

Con relación al tema del *misticismo*, comúnmente se hace referencia a una “experiencia mística”. ¿Tiene el aspirante místico una *idea central* de un fenómeno específico que desea realizar? O, ¿deben aceptarse como experiencias místicas aquellas cosas que percibe durante su período de meditación?

El aspirante místico, si ha estudiado los principios básicos del misticismo, habría adquirido sólo una idea de lo que la experiencia *en general* debe consistir. Por ejemplo, él o ella puede saber que la experiencia debe trascender cualquier

estado de conciencia objetivo o subjetivo común. Debe también esperar que sea un estímulo emocional e intelectual poco usual.

Sin embargo, el aspirante místico no tendrá una idea previa sobre los *detalles en sí* que la esperada experiencia le revelará. Por lo tanto, dicha experiencia estará incompleta hasta que se perciban impresiones que se piensa están relacionadas con la idea central de lo que la experiencia debe consistir. No obstante, muchas personas que intentan tener una experiencia mística con frecuencia son engañadas por fenómenos naturales en sus meditaciones. Si, por ejemplo, ellos están mirando fijamente una luz brillante y luego miran hacia otro lado, pueden ver otros colores brillantes complementarios. Esto, sin embargo, es el fenómeno visual de *duplicación de imágenes*—un fenómeno que *no* es producido psíquicamente. La concentración intensa (que no debe ocurrir durante la meditación), si es sostenida por largo tiempo, puede causar una reacción nerviosa como por ejemplo, una contracción espasmódica de los músculos. Esto también con frecuencia es interpretado erróneamente como un aspecto de una experiencia mística.

¿Cuál debe ser la *guía* para aquella persona que entra en meditación con el propósito de tener una experiencia mística, que le indique su autenticidad? Los elementos particulares sobre el fenómeno varían según el individuo. Sin embargo, si estos elementos constituyen una verdadera experiencia mística, ellos entrarán en una cierta categoría

general que es aceptada como un estado de conciencia místico.

La siguiente es una guía sencilla para constatar la autenticidad de tales impresiones—ayudándolo a uno a determinar si son verdaderos elementos de una experiencia mística. Estos elementos son *belleza, tranquilidad e iluminación*. Estos tres elementos deben componer la *idea central* de la experiencia mística; pero ellos no deben ser preconcebidos como particulares, en otras palabras, imaginados como cosas específicas. Por ejemplo, uno no debe tener en mente una imagen definida de la belleza mística. Esta no debe consistir de una forma o colores particulares. Más bien, la idea de su belleza debe ser abstracta. Debe consistir de *armonía* de los sentidos—el visual, el auditivo, el táctil y el olfatorio. Esa abstracción es como percibir la totalidad de las impresiones que componen una magnífica vista escénica. Es el enlace de los numerosos detalles que forman la sensación total de lo bello.

El elemento de *tranquilidad* en la meditación no debe ser representado por una cosa o sensación determinada. La tranquilidad mística, en realidad, debería consistir de ir desechando todas las cosas individuales en la sencillez de sentimientos o sensaciones. Es un estado de absoluta serenidad de cuerpo y de mente, una especie de éxtasis inexplicable.

La tercer guía en la experiencia mística, como se dijo, es la *iluminación*. Esto se percibe como una claridad precisa

del intelecto. Toda duda desaparece; surge una efusión de confianza de que la mente estará en capacidad de hacer frente a cualquier cosa que surja intelectualmente. Subsiguientemente, la iluminación puede materializarse inmediatamente después de la experiencia mística. Puede tomar una forma mental, es decir, como un gran influjo de ideas intuitivas, de conocimiento. Puede ser, quizás, la aclaración de algo que tenía perpleja a la mente.

En conclusión, sólo cuando los elementos de tiempo, lugar y las impresiones de percepción y concepción son relacionadas a una *idea central*, es que se convierten en una experiencia.

CAPITULO 10

¿Qué Es la Armonía Humana?

¿Entendemos siempre las palabras que usamos? Hay palabras que por costumbre pueden parecer apropiadas y por lo tanto, las usamos habitualmente. Sin embargo, la semántica de estas palabras—lo que ellas en sí pueden significar—con frecuencia no es comprendida. Una de esas palabras usadas comúnmente es *armonía*. Puede parecer correcto usar frases como, “Ellos no están en armonía” o “Trabajemos en armonía”. Pero, ¿qué exactamente es esta cosa o condición a la que aplicamos el término armonía?

La palabra *armonía* tiene un significado específico en *música* y en *física*. Para comprender la palabra es necesario determinar si tales definiciones también se aplican al uso común que se le da.

Cuando un alambre está vibrando en forma total, emite lo que se llama su nota *fundamental*, o la más baja. Ese alambre, entonces, cuando está vibrando totalmente, puede al mismo tiempo estar vibrando en segmentos como si estuviera dividido por el medio. Esa vibración secundaria produce un sobretono, que tiene dos veces la frecuencia de la fundamental y es una octava más alta. A esto se le llama el primer sobretono.

Sobretonos más altos, relacionados a la vibración fundamental, se llaman *armónicos*. La calidad de un tono es determinada por “la importancia y número de los sobretonos *mezclados* con el fundamental. Anotaremos la palabra “*mezclados*” como indicativa de que la armonía en este sentido es una transferencia de energía unida a otras, de la cual surgen vibraciones que están de *acuerdo* entre sí.

En física encontramos que la naturaleza de la armonía está explicada bajo el tema “*Resonancia Mecánica*”. Existen sencillas demostraciones de laboratorio que ilustran las leyes fundamentales de la resonancia. Primero, vemos cómo un diapasón transmite vibraciones, por ejemplo. Colocamos un diapasón verticalmente sobre una caja hueca. Luego usamos un cordón para amarrar en un extremo una pequeña burbuja de vidrio. Se le da entonces al diapasón un fuerte golpe con un objeto duro, como un lápiz o un destornillador. Si luego sostenemos el cordón de forma que la burbuja de cristal en su extremo toque el diapasón, empezará a moverse violentamente por las vibraciones del diapasón. Notaremos que la *energía transferida* del diapasón a la burbuja se siente en el cordón.

Dos objetos que tienen la misma frecuencia vibratoria se moverán al unísono. Como ejemplo adicional, si suspendemos dos pesos en los extremos de dos cordeles de igual longitud, colgándolos de un tubo de caucho, actuarán como péndulos. Si entonces hacemos que un péndulo oscile, el otro comenzará a oscilar también. También notaremos que

el primer péndulo cesa de oscilar a medida que “la energía fluye hacia el otro”. Esto, por supuesto, sólo sucederá si los péndulos son de la misma longitud y si tienen la misma frecuencia de vibraciones.

Con la palabra frecuencia queremos decir “el número de vibraciones completas (de un lado al otro) por segundo”. Por ejemplo, la frecuencia de cierto diapasón es de 440 vibraciones por segundo. La resonancia, entonces, es esta condición de una *transferencia de energía armoniosa*.

Si colocamos dos diapasones que tengan la misma frecuencia vibratoria rectos sobre una caja hueca y golpeamos uno, haciéndolo vibrar, observaremos, si sostenemos una burbuja de cristal con un cordel contra el otro diapasión, que se pondrá en movimiento. Esto indica una relación simpática entre los dos diapasones; en otras palabras, que existe una *transferencia de energía* de uno al otro. Ellos están en *armonía* mutua.

Igual que con los diapasones, una condición de resonancia o relación acorde debe existir para que los humanos tengan un estado de armonía entre ellos. Debe ser posible transferir un estímulo que produce una respuesta emocional agradable en otro individuo. Cada persona debe contar con cierta cualidad o característica en su ser que generará una respuesta emocional armoniosa en el otro individuo.

¿Cuáles, entonces, son aquellas condiciones que deberán producir en cada persona una respuesta similar de forma que se pueda decir que están en armonía? Existen tres con-

diciones diferentes que contribuyen a las relaciones humanas armoniosas. El primer factor es *físico*. Esto se observa principalmente en los opuestos sexuales. Si un individuo tiene una imagen mental de lo que constituyen las características *físicas ideales* en el otro sexo, eso constituye una atracción. Si el sexo opuesto experimenta una atracción similar, entonces hay un lazo de simpatía, una relación armoniosa de un *orden más bajo*.

Un estado de armonía física puede ser perturbado fácilmente por otros factores que surgen de una relación más íntima. Diferencias extremas en hábitos que se hacen irritantes para una persona puede anular completamente el sentido anterior de una relación armoniosa.

El segundo factor en la armonía humana es el *intelectual*. Si un individuo encuentra una gran satisfacción emocional en intereses culturales e intelectuales, cualquier actividad de parte de la otra persona que los complementa resulta en un lazo común de armonía. Se puede decir que cuando existen intereses similares, la gratificación se duplica. Sin embargo, esa armonía intelectual sólo puede durar si es de la suficiente intensidad para superar otros estados variables que pueden existir entre los individuos.

El tercer factor de importancia en establecer una relación armoniosa es el *psíquico*. Este factor es más sutil porque no se puede definir como se hace con el físico y el intelectual. Lo psíquico se percibe como una sensación emocional; no obstante, la emoción no se puede atribuir directamente a

una acción o palabra determinada de parte de la otra persona. El individuo hacia el cual uno se puede sentir atraído psíquicamente pudiera no tener intereses similares o ser atractivo físicamente.

En esos individuos existe una *radiación psíquica* que constituye su personalidad, la cual surge del fondo de su sensibilidad psíquica. La otra persona parece evocar una percepción de lo que él o ella piensa que son las virtudes y nobleza de carácter del ser humano. En otras palabras, existe una concordancia de los sentimientos más finos que se experimentan psíquicamente, aún si no hay nada objetivo o simbólico para expresarlos. Dos personas que tienen una relación psíquica pueden decir de ella: "Hay algo en su personalidad que encuentro de lo más agradable".

Una persona puede tener más facilidad para transferir este efecto psíquico que otra. Ello puede, sin embargo, inducir en el otro un estado relativamente similar de emoción. Con frecuencia oímos la acostumbrada frase de que este otro individuo tiene una fuerte atracción magnética sobre uno. Esta efusión puede hacer surgir un estado psíquico que ocasiona que la otra persona se sienta atraída también; en otras palabras, le hace sentirse en armonía con el individuo en cuestión.

Esa armonía humana no es necesariamente un estado permanente; éste puede ser interrumpido por factores externos e internos. Como analogía, haremos referencia al diapason nuevamente. Dos diapasones, según observamos, que

tienen la misma frecuencia vibratoria, están en resonancia. Uno responderá al otro cuando se ponga en movimiento. Sin embargo, si cambiamos la frecuencia, el número de vibraciones de uno de los diapasones, ya no estarán en resonancia, en armonía. Así también, dos o más personas que están intelectual o psíquicamente en armonía pueden perder este estado de simpatía si las cualidades de una persona varían considerablemente de lo que era antes el caso. Por ejemplo, si debido a su asociación con otros, una persona que antes tenía inclinación a las bellas artes se torna rústico y dado a intereses y actividades completamente opuestas a sus intereses previos, el lazo de la relación armoniosa queda entonces destruído.

De la misma manera, los cambios de personalidad pueden afectar lo que anteriormente era una relación personal armoniosa entre individuos—por ejemplo, si uno de ellos se torna áspero de genio, o continuamente deprimido, excesivamente pesimista y con violentas explosiones de carácter. La armonía entre la gente colectivamente, como en los grupos por ejemplo, depende también de la creación de un *común denominador*. Para usar una frase legal, debe llegarse a “un acuerdo entre las partes”. Esto es, por supuesto, en el nivel intelectual. En la mayoría de los casos, la desarmonía entre los grupos de gentes no se debe principalmente a diferencias psíquicas sino más bien a variaciones en sus conceptos y experiencias. A veces un acuerdo no es posible entre la gente porque los preceptos intelectuales y

morales de un grupo puede ser una parte tan importante del ser, que ofenden al otro grupo.

¿Ocasionaría un cambio notable en las relaciones humanas una mejor comprensión y una aceptación racional de la ley de *reencarnación*? ¿Induciría ello a una mayor *armonía* en la humanidad?

Una sociedad o cultura refleja la moral básica y las creencias éticas de su gente. Toda sociedad exhibe una falta de lo que otros pudieran llamar ética y morales, por lo menos hasta cierto grado. Si medimos la conducta de un pueblo por el patrón que podamos nosotros considerar como moral o ético, puede parecer muy deficiente. Sin embargo, ese pueblo, hablando colectivamente, está actuando de acuerdo con un concepto, una filosofía de vida, si se desea, que es deseada por ellos. Entonces, una conducta voluntaria es siempre la que se prefiere personalmente. En otras palabras, ningún individuo de mentalidad normal actúa contra sus propios intereses en forma intencional, ya sea que esos intereses sean físicos, mentales o sociales.

No obstante, ha habido y hay una gran discrepancia entre los objetivos en la vida que las personas han buscado o expresado tener y aquello que exhiben con su conducta. Sólo podemos comparar un orden social con otro para determinar el bien, no en términos de códigos morales, sino por los resultados que producen. Como analogía, si una cultura adopta una forma de vivir que resulta en la degeneración del arte, la literatura, la filosofía y aquellos otros que

han elevado a la humanidad en el pasado, entonces podemos denominarla correctamente como errónea.

Un código de vida no es necesariamente recomendable o uno para ser emulado sólo porque ha sido enunciado por una secta religiosa o es un mandato que ha descendido tradicionalmente de alguna supuesta fuente sagrada. La prueba de su valor debe ser pragmática; o sea, ¿cuál es su beneficio práctico para la humanidad, qué hace para elevarlo más como *Homo sapiens*?

La historia relata la caída del Imperio Romano, la cual fue relatada en forma particularmente gráfica por el historiador clásico, Gibbon. Pero lo que provocó esa caída no fue sólo el hecho de que los romanos no aceptaron el antiguo código moral cristiano. Ellos pudieran haber rechazado el cristianismo y aún así haber sido considerados por el mundo moderno como morales por haber seguido otras religiones aparte del cristianismo. Sin embargo, el estigma que fue asignado a ese período en la historia es que el ser humano estaba abusando de sí mismo; se estaba cayendo del elevado sitio que con tanto trabajo había obtenido en su ascenso desde un estado salvaje.

Existen millones de personas que no siguen un código tradicional de moral o ética en particular. Y, sin embargo, en su conducta, el *summum bonum* de sus actos es igual al seguidor más concienzudo de cualquier código religioso. Sencillamente, uno puede ser honesto, sincero, moderado y un devoto amante de los fenómenos cósmicos sin jurar fide-

lidad a un sistema o código de conducta circunspecto.

La *reencarnación* en la mente de la mayoría de las personas constituye un concepto religioso, en vez de una doctrina filosófica. Como ellos piensan en la reencarnación como una prédica religiosa, muchos devotos fanáticos pueden rechazarla sólo por la posibilidad de que sea una idea contraria a las doctrinas de su fe. En realidad, muchas personas ni siquiera leerían una explicación autorizada sobre la reencarnación debido a su enraigado prejuicio de lo que consideran ser como algo de orientación exclusivamente religiosa.

La pregunta específica es: ¿Qué puede haber en el tema de la reencarnación que pudiera inducir a una persona a efectuar una mayor contribución hacia una cultura avanzada, en todo el sentido de la palabra? Considerando la reencarnación en su sentido más tradicional, ella consiste en la creencia del retorno del alma y su personalidad para ocupar de nuevo un cuerpo en otra vida mortal. Dicho en forma más sencilla, es la encarnación en una nueva forma física humana de un alma que previamente ha pasado por la transición. Para usar un término popular, el ser humano vive de nuevo.

¿De qué manera exactamente un concepto tal puede inspirar a una persona, ¿cómo puede él proveer una mayor satisfacción que cualquier otra creencia que el individuo pueda tener con relación al alma y a una vida después de la muerte?

Los seres humanos están conscientes de los errores que cometen y que pueden lamentar seriamente, ya sea que admitan o no ese hecho. Muchas de esas personas, al referirse a su vida dicen, ya sea a sí mismos o que lo confiesen a otros, “si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría, en cambio, de esta otra manera”. Ellos relatan cómo tratarían de compensar y evitar el cometer ciertos actos que piensan fueron errados. Pero la idea de una vida después de la muerte en los cielos tradicionales de los cristianos, judíos o mahometanos no dan cabida a un ajuste tal, a esa corrección de los errores que se han hecho en esta vida.

Entonces, la posibilidad de *otra vida en la tierra* permitiría a los seres emanciparse del tipo de conducta del pasado que ahora lamentan. Tales personas creen que pueden aspirar a llevar a cabo en otra vida los actos de benevolencia y caridad sobre los cuales aprendieron demasiado tarde en esta existencia.

La doctrina mística del *karma* está usualmente asociada con la reencarnación. Originalmente fue una doctrina oriental expuesta por los antiguos vedas y que hoy tiene muchas variaciones modernas. La doctrina del karma dice que hay una ley de causa y efecto y compensación, en relación con todo pensamiento y acto humano cometido u omitido durante la existencia mortal del individuo. Cada vida, entonces, de acuerdo con la doctrina de la reencarnación, sugiere el establecimiento de causas que serán seguidas por efectos, no sólo inmediatamente o en esta vida, sino en una

vida futura aquí en la tierra. Por consiguiente, el creyente en la reencarnación puede suponer que le es posible crear aquí una cadena meritoria de conducta virtuosa, con efectos correspondientes para una futura vida terrenal.

En este sentido, aquellos que son creyentes en la reencarnación o que tratan de conducir sus vidas debidamente, serían premiados con un progreso personal en otra vida mortal. Suponemos que ellos tendrían, como resultado, una consciencia más alerta, mayor iluminación y juicio y mayor compasión, todo lo cual contribuiría al mejoramiento de una sociedad futura.

Sin embargo, en combinación con la creencia en las doctrinas de la reencarnación, habría que establecer un concepto ideal de la sociedad. Sencillamente, ¿qué se quiere decir por el término 'mejoramiento' de la sociedad? ¿Significa sólo un gobierno estable, alto índice de empleo, seguridad personal y bienestar económico? Sin un ideal común, que tenga la aprobación de la mayoría de la población, la reencarnación, como creencia personal, tendría muy poco efecto sobre un mejoramiento social y cultural.

Desafortunadamente, muchos de los miles que dicen ser devotos de las doctrinas de la reencarnación la consideran esencialmente un medio de obtener una ventaja material en una futura existencia mortal. Muy pocos piensan en ello como una obligación de contribuir al bienestar de la humanidad.

Consideremos este tema de la siguiente manera. Así que

uno quiere vivir de nuevo en este plano terrenal. Ahora, la pregunta pertinente es, ¿qué motivos hay detrás de este deseo? ¿Qué se desea obtener por medio de ese renacimiento? Las respuestas a tales preguntas revelarían hasta qué punto una creencia en la reencarnación mejoraría las relaciones humanas en un tiempo futuro si se vive de nuevo.

CAPITULO 11

“Ajustándose a la Nueva Era”

Cuando hablamos de una determinada era, hacemos referencia a un período definido de tiempo, por lo general uno conocido con un nombre que marca un desarrollo específico. Estas edades o eras son de dos clases generales. Una es la edad *geológica*, como la era arquezoica, etc. Estas indican grandes cambios en la tierra y en todo lo que vive en ella.

La otra clase de eras son las *culturales* y se refieren a ciertas actividades que han influenciado grandemente a la humanidad. Por ejemplo, hubo una *Era del Cobre*, cuando primero se usó ese mineral. Luego hubo la *Era del Bronce*, un gran avance desde el uso del cobre. La *Era del Bronce*, duró varios miles de años. Estas eras fueron seguidas por la llamada *Era del Hierro*; después vino la Revolución Industrial que fue otra era con divisiones similares de tiempo. Nuestro período actual ha recibido nombres como la *Era Atómica* y la *Era Espacial*.

La importancia de estas edades es el efecto que tuvieron en la vida y modo de pensar del ser humano. Con las primeras herramientas de metal, el método de construcción del hombre se revolucionó. Los metales impulsaran la archi-

tectura en gran escala. Las herramientas de metal trajeron como resultado la construcción de enormes pirámides de cemento y piedra. Los metales también hicieron impacto en el arte, como en la escultura por ejemplo. Hasta la religión se hizo más expresiva, al facilitarse las artesanías con las herramientas de metal.

La Edad Industrial fue una consecuencia de las maquinarias. Por ejemplo, la invención de la desmotadora de algodón y de la máquina de vapor aceleró la producción y transporte en una escala más acelerada y extensa. Esto fue el inicio de la liberación del ser humano de muchas labores abrumadoras. También la forma de pensar del individuo se vió afectada drásticamente; surgió un nuevo espíritu individualista. Los obreros especializados se organizaron. Se enunciaron nuevas ideas con relación a la naturaleza y propósito de la sociedad.

Estamos conscientes de grandes cambios científicos y técnicos en nuestros tiempos. Ellos se destacan de todos los otros avances logrados en otros períodos de la historia. El ímpetu de estos logros es tremendo; nos sentimos todos afectados por ellos. ¿Cómo afectarán ellos nuestra manera de pensar, nuestras creencias y nuestro concepto de la verdad el día de mañana? ¿Qué cambios pueden o deben hacerse en nuestra manera de ver la vida y la sociedad?

El primer ajuste que el ser humano debe hacer es en su relación Cósmica. Esto significa la formación de una nueva *ontología*, una nueva *metafísica* y una nueva *psicología*. El individuo no puede ya refugiarse en la idea de que es un ser

favorecido divinamente. Llegará a darse cuenta de que la humanidad no era el punto focal de la vida. Los seres deben saber que no ha existido un plan ordenado cósmicamente para ellos. A medida que nuestro conocimiento del universo mayor aumenta, menos importancia parece tener el ser humano en relación con él. Sin embargo, la generalidad de la cual el ser es parte de hace mayor. La forma es siempre menos importante que su esencia. Una sola especie, o clase, es menos importante que el fenómeno de vida que la da expresión.

Aún en estos tiempos nos estamos dando cuenta de que nuestra galaxia, la Vía Láctea, está compuesta de billones de estrellas, muchas de las cuales son extensamente más grandes que nuestro sol. Billones de planetas giran alrededor de tales soles. Nuestro sistema solar es sólo uno de millones de sistemas similares en nuestra galaxia. Más allá de nuestra Vía Láctea, existen billones de otras galaxias, cada una con innumerables sistemas solares. Muchas de estas galaxias no son visibles para el ser humano. Sabemos de ellas sólo a través de la energía que emiten en forma de ondas radiales.

Supongamos que matemáticamente, sólo un uno por ciento de tales cuerpos celestiales son habitados por seres inteligentes. Esto representaría *millones* de mundos habitados! Algunos de esos seres inteligentes pueden haber quedado extintos millones de años antes de que nuestra tierra naciera. Aún otros seres, ahora en existencia, probable-

mente han superado al ser humano en inteligencia durante eones de tiempo.

Así, todas las cosas vivientes, en todas partes, comparten en igual forma esa combinación de energía Cósmica que se llama *vida*. Se supone que la fuerza de vida en todas las cosas es la misma. El protozoo y el metazoo, la célula individual y la múltiple, tienen las mismas cualidades básicas. La vida no es un fenómeno planeado, determinado, como lo discutimos en un capítulo anterior. Más bien, se produce por necesidad, de lo que el Cósmico es. Heidegger, el filósofo y exponente del existencialismo, dijo: "La realidad, el Cósmico, no es algo". Quiso decir que ello no es ninguna de las cosas en particular que percibimos.

En su naturaleza, sin embargo, el Cósmico tiene un espectro completo de diferentes tipos de fenómenos. La vida, como la conocemos, es sólo uno de ellos. La vida surgirá siempre que ciertas fases de los fenómenos cósmicos se unan para manifestarse. Es igual que cuando unimos los colores primarios de la luz visible producimos el color blanco. Pero el blanco no está predeterminado por la naturaleza para existir como tal. El es parte de la realidad total de la cual consiste. Así también, la vida es parte de innumerables fenómenos del Cósmico.

El Cósmico no crea las cosas conscientemente. Sin embargo, aparentemente, el Cósmico tiene conciencia. El Cósmico es un ser que se activa a sí mismo. Aquello que se activa a sí mismo debe, por lo tanto, estar consciente de

su propia naturaleza. El Cósmico se confiere a sí mismo su propia naturaleza. Por lo tanto, podemos decir que el Cósmico tiene *conciencia de sí mismo*.

La conciencia que es parte de las cosas vivientes es de la misma naturaleza fundamental que la conciencia del Cósmico. Todas las cosas vivientes son afines, es decir, son una unidad de dos fenómenos del Cósmico. Uno es lo que llamamos *materia*. El otro es aquella *energía* de la cual la materia está imbuída y que la anima o llena de *vida*. De la unión de estos dos fenómenos surge un tercer fenómeno, que es la sensibilidad interna que la cosa viviente tiene de su propia naturaleza. Esta sensibilidad funciona como un ajuste continuo entre la materia y aquella energía que la vitaliza. A esta función, a esta sensibilidad, la llamamos la *conciencia de vida*.

Al principio, la conciencia de las cosas vivientes es simple; reacciona y rechaza aquello que perturba al organismo viviente. Así mismo responde y atrae aquello que preserva la unidad de la vida. A medida que el organismo se desarrolla, la conciencia se amplía; adquiere la capacidad de formar imágenes, una idea de las cosas a las cuales responde. En otras palabras, les da identidad. Aún más importante, la conciencia forma una imagen, una idea de su propio organismo. En el ser humano, esta imagen interna la llamamos el *ser*.

El problema grande en la existencia humana empieza con esta realización del ser y es por la idea de separación que

ello implica. La idea del ser en la consciencia del ser humano ha creado la noción de una gran dualidad. Por una parte está la idea del ser; por otro lado está el Cósmico y todo lo demás.

Debido a esta noción de separación del Cósmico, el ser humano ha considerado necesario relacionarse con él. La mayoría de las religiones y muchas filosofías se dedican principalmente a este fin: la unión del ser con el Cósmico. Ellos retienen la idea de la separación del ser y, sin embargo, tratan de explicar la influencia que el Cósmico tiene sobre ese ser. Las cosas que satisfacen al ser las llaman el *bien*. Este bien ellos lo atribuyen al Cósmico, o lo que llaman Dios, o lo Divino. Aquello que produce al ser aflicción y dolor, por contraste, lo llaman *Mal*. El ser humano siempre ha encontrado difícil explicar cómo este Mal llegó a existir. Si el Cósmico es el todo, o si todo lo crea, entonces, ¿cómo o por qué permitió la existencia del llamado Mal? Al tratar de explicar esta paradoja, el hombre se involucró en diferentes sistemas de fe y moral.

Con el tiempo, sin embargo, llegará una revolución adaptada de pensamiento que enseñará que en el Cósmico no existe el Mal. El Mal es un valor arbitrario que el ser humano le confiere a experiencias que son desagradables para el ser. Quizás encuentre necesario rechazar tales experiencias, pero ellas no son intrínsecamente malas. Por ejemplo, las cosas son constructivas o destructivas—sólo cuando las relacionamos a nuestra persona y nuestros propósitos. En el

Cósmico, sin embargo, nada es menos o más importante. Nada es inferior o superior. No existe una meta o propósito final hacia el cual están dirigidos los fenómenos cósmicos. Como lo estudiamos en el tema de la causalidad, el llamado fin de un fenómeno, como lo percibe el individuo, en realidad es sólo el inicio de otro. Es un cambio rítmico de la substancia de la cual consiste el Cósmico, la *Unidad*.

La nueva *metafísica* enseñará que en el Cósmico no existe un propósito, de la manera que el ser humano considera ese término. Pues si así fuera, entonces el hombre podría imaginarse que ese propósito aún no está completo. O si existiese un propósito Cósmico y estuviese completo, entonces todo lo que el ser humano ha pensado, o piensa que es malo, podría parecer una parte de él. Un propósito es una motivación hacia algún fin o meta. Aquello que es auto-suficiente, como lo es el Cósmico, no puede tener una meta. Sólo seres como el hombre tienen propósitos. El ser humano desea engrandecer el ego; desea aumentar sus satisfacciones, sus realizaciones y expresiones. Este es el epítome del propósito humano.

De todo esto evolucionará un nuevo sistema de moralidad. El ser humano reconocerá dos clases generales de bien. El primero será aquellas cosas básicas que favorecen la existencia física; incluirá aquello que mantiene la existencia y preserva la conciencia del ser. Esto también incluirá lo que favorece a la sociedad. Como dijo el filósofo Hegel, el hombre no es él completamente hasta que se preocupa

sobre el bienestar de la sociedad porque ello es un bien mayor que preocuparse solo por el individuo. La extensión o engrandecimiento del ser es lo que lo hace más inclusivo.

La segunda clase de bien es cuando el ser humano se identifica así mismo con el Cósmico, como un todo. Esto sólo sucede por medio de un conocimiento mayor de las funciones del ser. Mientras más aprende sobre todos los fenómenos Cósmicos, menos separado se siente de todo ello. La ciencia está revelando estas cosas. Podemos usar lo que se está descubriendo, pero también debemos comprender que tales fenómenos *no* han sido ordenados cósmicamente para el ser humano. Ni fue la intención crearlos para un ser inteligente. Más bien, ellos surgen como resultado de las fuerzas cósmicas en interacción. Debemos tener la realización de que somos *uno con todo lo demás*. No existe una división verdadera entre el ser y todo lo demás.

Este tipo de nueva ontología, metafísica y psicología, con muchas ramificaciones, creará un nuevo idealismo en la próxima era. La felicidad y el poder personal no serán una recompensa que se confiere al ser humano desde lo alto, ni tampoco un derecho que debe esperar obtener. Más bien, la felicidad y el poder personal serán únicamente una responsabilidad del individuo. Un místico antiguo hindú escribió una vez: la doctrina del místico "reconoce un inescrutable, infinito e innombrable poder detrás y por

encima de todas las cosas, inalcanzable por las estudiosas búsquedas de la mente”.

Para ajustarse a la Nueva Era, el tema de la *Verdad* debe ser reevaluado por la mayoría de la gente. Las Verdades tradicionales deben ser reconsideradas para determinar si todavía son una realidad para nosotros. Los sentimientos no deben ser los preservadores de la Verdad. ¿Cuál debe ser el criterio de la Verdad para determinar su valor? La verdad ha sido una meta intelectual para el ser humano desde que comenzó a buscar las realidades sobre la vida; aquellas que esperaba encontrar explicarían el misterio de su propia existencia y su estado transitorio, igual que las causas que podían yacer detrás de todos los fenómenos. El saber que estas cosas tenían una base positiva constituiría la Verdad para el ser humano. Por lo tanto, no importa si el ser humano piensa de la Verdad como cualidades espirituales y morales, o como materiales empíricas, ellas son, no obstante, aquellas a que el intelecto aspira.

La búsqueda de la Verdad implica que existe una matriz, un molde, del cual se han estampado ciertas realidades que son invariables y que eternamente gobiernan ciertas condiciones en el Cosmos. Al conocerlas, entonces, el ser humano tendría una guía segura sobre ciertos fenómenos para su ventaja. El conocer algo que parece positivo sugiere su confiabilidad en servir de alguna manera al bienestar humano. Por consiguiente, la búsqueda de un absolutismo seme-

jante significaría para la mayoría de la gente robarle a la Verdad su esencia.

No obstante, no se ha establecido nunca una Verdad Universal. En realidad, existen muy pocas experiencias, puntos de conocimiento, sobre los cuales estén de acuerdo los humanos, hasta el grado de conferirles la designación de Verdad Absoluta. ¿Debe abandonarse entonces la búsqueda de la Verdad en este ajuste a la Nueva Era, o existe una alternativa para guiar el pensamiento humano? ¿Cómo exactamente llegan los humanos a la conclusión de que una idea, concepto o experiencia constituye la Verdad? La gente habla de tener conocimiento de la Verdad— ¿qué designan ellos con ese término?

Opiniones, creencias y preceptos—todas estas cosas han sido declaradas como la Verdad por la humanidad, no obstante, estos estados mentales no son idénticos. Una *opinión* no es una conclusión minuciosa del razonamiento, más bien es una preferencia por una idea que, en una experiencia pasada del individuo, le fue agradable. Esa opinión puede ser sobre algo que es presentado de nuevo, pero es emitida en relación al recuerdo de alguna experiencia pasada que fue aceptable o no. Como analogía, la opinión de la persona promedio con relación a los OVNIS está basada en la imaginación, en las creencias religiosas y ya sea que el individuo se incline o no al escepticismo. Esto no es el resultado de un criterio maduro y la observación personal,

ni es tampoco resultado de la explicación racional de todos los hechos y teorías relativos al tema.

Una opinión, entonces, carece principalmente de percepción, el resultado de la experiencia actual y no es un dictamen final después de la extensiva evaluación de una idea. Ideas tales como opiniones evidentemente no podrían ser consideradas como Verdades en el sentido de tener una naturaleza uniforme.

La *creencia* tiene un carácter personal más sólido que una opinión, pero difícilmente se podría justificar como Verdad. Como manifestamos en un capítulo anterior, una creencia implica una convicción personal con relación a una idea. La creencia verdadera es la consecuencia del criterio de la persona. Creemos en algo porque de acuerdo con nuestro mejor *razonamiento* esa es la idea más aceptable. Uno no cree realmente en algo a menos que haya hecho una comparación con otras ideas afines o divergentes. Tiene para la persona cierta cualidad de indiscutible. Por lo tanto, una creencia se diferencia de una opinión en que sí recurre a la *razón*.

En los casos en que es posible recurrir a la percepción activa, o sea, al análisis de los sentidos, para determinar la naturaleza de una cosa y tal análisis pudiera alterar el concepto y, sin embargo, no se hace, eso entonces no es una creencia. Una creencia es un sustituto del saber, en los casos en que no es posible recurrir al conocimiento adquirido a través de los sentidos. Un ejemplo de una creencia real

es la idea de Dios que tiene un individuo. Es imposible tener una experiencia objetiva que lleve a tal conclusión. La idea de Dios debe ser *subjetiva*. Una idea semejante sólo se considera conocimiento hasta que sea refutada.

Una creencia no puede ser una Verdad, es decir, una Verdad *Absoluta*, puesto que no es ni percibida ni concebida de la misma manera por toda la gente. A través de los siglos han habido muchas definiciones de parte de grandes pensadores de lo que es la Verdad exactamente. La búsqueda de su significado aún continúa y las opiniones de la gente son muy variadas. Platón dijo que la razón debe ordenar los pensamientos, o sea, las imágenes que percibimos, en un todo organizado. Sólo entonces podemos poner nuestra confianza en la verdad. Sencillamente, tomamos nuestras diferentes experiencias e ideas y hacemos que la razón les de una continuidad lógica. Cuando algo es comprendido por nosotros en forma completa, de acuerdo con Platón, eso posee aquella realidad que llamamos Verdad. Platón sostenía que la opinión es sólo relativa, pero, por otra parte, la razón individual también hace a la Verdad relativa a la persona que la piensa. Otro individuo puede organizar sus pensamientos de una forma tal que le de a la Verdad una configuración o perfil completamente diferente.

Los primeros cínicos y cirenaicos de la antigua Grecia pensaban que la Verdad es una percepción. En otras palabras, aquello que al individuo le parece *real* en el momento, para él es la Verdad. Si lo que percibimos tiene para nosotros

una realidad definida—forma, substancia o cualidad—entonces aquella es su naturaleza, la Verdad de lo que es. El razonamiento detrás de esto pareciera decir que no importa lo que pueda parecerle a los demás lo que yo percibo si para mí no puede ser otra cosa; ello, entonces, es la Verdad para mí y en ello debo confiar. Por supuesto, este concepto no le confiere una naturaleza absoluta a la Verdad. Más bien, la hace completamente individualista.

Los Sofistas (Siglo V, A. de J.) manifestaron que la Verdad es exclusivamente relativa al tiempo, las circunstancias y a la inteligencia del individuo. También declararon que no podía existir una Verdad Absoluta porque la de cada individuo discrepa con la Verdad de otros. Además, la Verdad varía con los tiempos. Muchos conceptos e ideas que se consideraban como Verdad en el pasado, no son aceptadas como tal por los hombres de hoy. En la vida de cada individuo existen circunstancias que por el impacto que tienen sobre experiencias anteriores, nos impulsan a rechazar las Verdades antiguas y a adoptar las nuevas. Los sofistas sostenían además que aunque las Verdades del pasado pudieran parecer inalteradas hoy día, ello no asegura que son eternas. Quizás ello se deba a que la inteligencia y los poderes de percepción no pueden todavía ir más allá de la Verdad del pasado. Eso pudiera hacerlas parecer eternas. Como analogía, durante siglos la humanidad pensó que la tierra era el centro del universo. Esto permaneció como una creencia sólo porque los seres humanos no tenían la

capacidad de obtener el conocimiento que pudiera desmentirla en esa época.

En este respecto, los sofistas dijeron que el criterio de la Verdad para el individuo es aquello que es *evidente por sí mismo* para él. Si no puede ser refutado y si la persona no tiene duda alguna sobre el mismo, entonces aquello le sirve como su Verdad. Sin embargo, esto equivale a mirar dentro de un cuarto oscuro y suponer que no hay nada allí sólo porque uno no puede verlo.

Para John Locke, filósofo inglés (1632—1704), la Verdad es la unión o separación de señales al concordar o diferir una con la otra. Esto implica que al unir nuestras diferentes ideas sobre algo, de una manera que esté de acuerdo o en desacuerdo sobre una cosa específica, esa relación, entonces, es nuestra Verdad. Esto sugiere que aquello que es comprensible para nosotros, en lo que nos concierne individualmente, es nuestra Verdad, porque esa idea tiene para nosotros la substancia de la realidad. Locke manifiesta además que no debemos preocuparnos sobre las Verdades Absolutas porque no son posibles. Vivimos por nuestras convicciones, o sea, aquello que tiene la cualidad o substancia de realidad para nosotros. Nunca tenemos una certeza sobre la llamada Verdad a menos que llene este requisito de aceptación personal.

De acuerdo con la definición de Locke sobre la Verdad, sin embargo, podemos fijar todos nuestros propios preceptos como Verdades individuales. Las personas en realidad sí

establecen como verdades universales las leyes morales y las proposiciones de matemáticas. Y el ser humano es el que ha erigido estas Verdades Absolutas. Ellas no son independientes del intelecto humano.

Refiriéndonos a tiempos más recientes con el propósito de seguir mostrando la ilusiva búsqueda de la Verdad, haremos mención de las opiniones de William James, filósofo y psicólogo norteamericano (1842—1910). Para James, la Verdad es aquello que parece anticipar una experiencia deseada y satisfactoria. La verdad, él sostiene, debe ser aceptada racionalmente y necesita estar de acuerdo con nuestros ideales y aquello que deseamos creer. James era un *pragmatista*. Para que algo sea verdad, en otras palabras, debe *funcionar*. No puede ser algo que es sólo una experiencia placentera; debe ser práctica, aquello que puede ser aplicado y usado de alguna manera por nosotros. Para abreviar, siempre que funcione, tiene realidad y teniendo eso, es la Verdad para nosotros.

Podemos aceptar como Verdad aquello que tiene un valor pragmático para nosotros, aunque no se ajuste a determinada definición tradicional de lo que es la verdad. Si lo que tradicionalmente se enuncia como verdad no puede ser demostrada de alguna manera, entonces nunca tiene para nosotros la convicción de ser evidente por sí misma.

Un contemporáneo de James, John Dewey, filósofo norteamericano (1859—1952) tenía un concepto de la verdad que era similar a la de James. Cualquier cosa que

funcione ahora es la verdad. Si tiene un valor práctico, útil para nosotros, tiene realidad de lo presente y es la verdad hasta ese punto *ahora*. El pasado no tiene verdad *a menos* que la realidad de *funcionamiento* y satisfacción para nosotros continúe. Dewey señala que debemos evitar hacernos dogmáticos, es decir, aceptar la verdad tradicional igual que una herencia. Tales verdades primero deben *comprobarse* por sí mismas, deben *funcionar* para satisfacernos. Si pierden esa realidad, entonces también pierden su virtud como verdad.

¿Son los sentidos receptores, periféricos, la razón y las emociones la única verdad, es decir, la única base para ellos? Existen ciertas cosas que para nosotros, los humanos, sí tienen el carácter de Verdad Absoluta—no parecen desvanecerse. Hay ciertos fenómenos que se repiten tantas veces en la experiencia humana que los llamamos Leyes Cómicas, u Orden Natural. Teniendo esa realidad para nuestras mentes, parecen ser *absolutos*. Ellos son practicable y por lo tanto los llamamos verdades. Pero aún estos fenómenos pueden ser engañosos debido a la cambiante comprensión humana. Con el incremento en la tecnología, hoy día se puede poner en duda el valor y naturaleza de ciertos fenómenos de pasado, en cuanto a si fueron alguna vez confiables y universales.

Hay otras verdades que *dependen* de los tiempos que cambian, de la variedad de la percepción y comprensión humana. La búsqueda de la verdad por el ser humano, en

este ajuste a la Nueva Era, debe ser por aquello que tenga una realidad útil para él, mental, física e intelectualmente. En los casos en que esto se pueda aplicar con algún grado de practicabilidad y satisfacción, ello puede convertirse en una verdad *relativa* para la sociedad. Ello estaría sujeto, por supuesto, a las futuras condiciones de la mentalidad humana y a la reestructuración de la sociedad.

No debe hacerse ningún intento de atar al individuo indefinidamente a verdades, a menos que su realidad continúe tan aceptable como cuando fueron establecidas por primera vez.

CAPITULO 12

¿Está Empeorando el Mundo?

El avance, el progreso, son relativos a los fines que se buscan o a determinados valores. En consecuencia, cualquier cosa que no llene los requisitos de estos patrones, es visto como algo relativamente adverso. El grado de fracaso es medido por la diferencia entre los ideales ambicionados y los resultados obtenidos. Por lo tanto, hay varios puntos de vista sobre si el mundo ha progresado a través de los siglos, o si estamos ahora en un período de decadencia general.

Una pauta por medio de la cual con frecuencia se determina el grado de progreso es la que concierne a los beneficios materiales del individuo. Por lo general, esto no solo incluye alimentos en cantidad suficiente, sino además refugio contra los rigores de los elementos y proveer una seguridad para la relación familiar. Como hemos dicho anteriormente, la arqueología ha revelado que en el mundo antiguo muchos de los centros de cultura no proveían más que lo esencial para vivir, a las grandes masas de la población. Había, por supuesto, magníficos palacios, con todas las comodidades entonces conocidas, para los dirigentes de la sociedad—reyes, reinas y sus ayudantes ejecutivos. Pero un poco más allá de estos grandes palacios se ven ahora las

ruinas de viviendas—las casas del populacho, que eran en su mayor parte chozas de toscos ladrillos con pisos de tierra. En muchas de estas chozas, una pequeña abertura en una de las paredes servía de ventana, mientras que otro hoyo en el techo, el cual consistía de juncos cubiertos de barro, permitía la salida del humo proveniente de un fogón rústico.

Un observador casual de nuestros modernos centros megalopolitanos, con sus enormes y centelleantes rascacielos, sus apartamentos lujosos, hoteles y las corrientes de automóviles que transitan por las calles, podría hacer una comparación que favorecería a nuestra sociedad moderna. Aquí, al menos en las áreas urbanas más modernas, no hay chozas de barro, ni techos de paja, ni pisos de tierra.

Pero, ¿y qué se puede decir de la gente que vive en estas áreas congestionadas, ya sea por la conveniencia de los trabajos disponibles en la industria local, o por la ayuda social que se les ofrece? ¿Disfrutan ellos de un estilo de vida mejor? Muchos miles de personas en estas congestionadas áreas urbanas viven en sucias moradas—quizás ruinosos vestigios de las que una vez fueron magníficas estructuras de piedra. La vecindad está en deterioro; las comodidades y servicios que una vez fueron suficientes, son ahora solo un remedo de lo que eran en el pasado. En estas viviendas muchas personas se amontonan en una o más habitaciones, mismas que fueron construidas para acomodar a menos de la mitad de personas que ahora viven en ellas. Y, sin embargo, la comodidad personal y hasta la salud del indivi-

duo común están mejor aseguradas en nuestras áreas urbanas que para aquellas personas que vivieron en las culturas antiguas del Cercano Oriente.

La tiranía de la monarquía absoluta, tal como existía en el antiguo Egipto, en Sumeria, Babilonia y Asiria, aseguraba, no obstante, la seguridad personal de sus súbditos respetados en su vida civil, en un mayor grado que lo que el ciudadano moderno puede esperar en nuestras ciudades acosadas por los crímenes hoy día.

Con excepción de un intervalo ocasional, la historia proporciona muy pocos ejemplos de la libertad del individuo, o lo que puede llamarse su espíritu democrático. Predominaban entonces las distinciones de clases. Se pensaba que los reyes estaban dotados de un poder divino. Igual que en Egipto y Mesopotamia, se pensaba que los gobernantes eran hijos de un dios o de una diosa. Sólo por derecho de nacimiento podía un individuo elevarse a tan eminente rango. El conquistador que usurpaba el poder nunca era aceptado como el verdadero monarca, aun por sus víctimas, a menos que descendiera de un linaje real.

En los niveles más bajos de la antigua sociedad también prevalecían las distinciones de clase. La nobleza recibía su distinción social al ser nombrados al servicio del rey, ya sea como ministros o como asistentes especiales. Una persona muy raramente se casaba con alguien que perteneciera a una clase inferior a la suya propia. Un noble podía tener concubinas, pero la progenie resultante de esa unión, no era

reconocida como elegibles para el nivel de nobleza. En el último nivel de la sociedad estaban los labradores agrícolas y por encima de ellos, los artesanos y los escribanos. Una de las clases más prominentes era la de los sacerdotes. Se les confería eminencia porque eran aceptados como intermediarios entre los dioses y los seres humanos. Su libertad individual estaba limitada a cualesquier recompensas o remuneraciones les eran permitidas por las reglas y restricciones de su clase social.

Al examinar superficialmente nuestra época actual, quizás pudiera parecernos que nuestra libertad social excede a la de los antiguos, lo cual, por lo tanto, indicaría un avance hacia un ideal. Pero, ¿cuán *universal* es la libertad del individuo, la cual se dice que es ejemplificada por la democracia? Las naciones que restringen el ejercicio de la libertad política de su ciudadanía, van en aumento.

La gente que vive en esos países tienen muy poca o ninguna voz, ya sea en la legislatura o en la administración de las leyes que afectan directamente sus vidas personales.

Cada día hay un número mayor de gobiernos que ejercen un *poder absoluto* sobre las vidas de sus ciudadanos, que en muchos casos, es un paralelo a la cruel tiranía de los déspotas de siglos atrás. Aún en esas naciones cuyas constituciones abogan por un estado democrático, está disminuyendo gradualmente la proclamada libertad.

Esto, en gran parte, se debe a una malinterpretación filosófica del concepto de la libertad social. En otras palabras,

aquellos individuos que abogan por una libertad *absoluta*, consideran la *voluntad* y los *deseos* del individuo casi como sacrosantos, como una especie de herencia divina. Cualquier restricción que se impone a las personas por parte de la sociedad organizada se considera como una violación de sus derechos naturales.

Debe ser obvio que la sociedad debe funcionar como una *unidad*. Es decir, debe existir un acuerdo sobre lo que es *mejor* para las grandes mayorías. Sin embargo, este concepto de lo que es mejor puede no ser aceptable para todos. No obstante, el poner en práctica el interés personal de cada uno, sin tomar en cuenta los efectos que ello acarreará a la sociedad, reduce a ésta a un estado de caos en que toda la gente sufre por igual. Entonces, el sentido común requiere que existan ciertas prohibiciones y restricciones razonables sobre los actos individuales que pudieran resultar en perjuicio de la mayoría. La libertad absoluta es una imposibilidad irracional; el igualarla a la verdadera democracia no es sólo lógicamente erróneo sino además peligroso cuando se intenta ponerla en práctica.

En la actualidad no existe una democracia universal y, en realidad, la esclavitud existía hasta hace relativamente poco tiempo, en forma muy similar a la época de las antiguas civilizaciones. Pero hoy día, aunque físicamente la gente no esté esclavizada, sus mentes sí pueden estarlo y, a menudo, ese es el caso. Existen gobiernos que, aunque no son teocracias en todo el sentido de la palabra, dominan al populacho

de la misma manera que una religión organizada, es decir, igual que una religión *estatal*. En esos casos extremos, la restricción de la libertad de credo, fuera del perímetro de la religión del estado, trae como resultado una supresión o restricción absoluta de otras religiones, no permitiéndosele a la gente reunirse o difundir sus creencias.

También existen casos en la actualidad de *supresión del conocimiento*, del derecho que tiene la humanidad de conocer la verdad. Los medios noticiosos, la prensa, pueden estar tan polarizados políticamente, que cualquier opinión disímil es eliminada y en su lugar diseminan noticias falsas. Aquellos medios noticiosos que están controlados por el gobierno, se niegan a difundir al público los conceptos modernos de la ciencia que están en pugna con las ideas tradicionales, las que con frecuencia son muy anticuadas. En adición, los libros muchas veces son condenados debido a una diferencia de opinión con las autoridades religiosas o políticas existentes, y con frecuencia son removidos de las bibliotecas y destruidos.

Existe también un tipo de esclavitud en el mundo comercial actual que es único en su clase. En el moderno mundo de la tecnología, la *especialización* es, con frecuencia, una espada de dos filos. Una persona entrenada en una rama de la alta técnica puede llegar con más facilidad a una posición muy bien remunerada que el individuo que no tiene entrenamiento técnico. Pero esta especialización a menudo constituye un límite al progreso de la persona pues él o ella

puede llegar al grado máximo de la especialidad a la cual se ha dedicado y, entonces se le prohíbe avanzar más, sin tomar en cuenta su inteligencia, sólo porque no está familiarizado con otra especialidad que le pudiera ofrecer éxito y una mejor remuneración.

La *experiencia*, que durante tanto tiempo fue alabada como una virtud, aparentemente ha perdido su eficacia y atractivo en nuestra era actual. Después de la edad de cuarenta años, con frecuencia se desestima el valor de la experiencia. En términos generales, se da preferencia a la *juventud* por una variedad de razones. Los jóvenes que se han graduado del colegio hace poco están familiarizados con datos técnicos más recientes. Además, la jubilación no está dentro de sus planes en unos veinte años, por ejemplo, y por lo tanto, su elegibilidad para una pensión llegará dentro de mucho tiempo. Por consiguiente, en lo que concierne a la era técnica y a las oportunidades de empleo, muchos saben hoy día que es una especie de espada de dos filos, que ofrece ventajas por un lado y las elimina por otro.

En tiempos remotos y durante la edad media, el mundo era arrasado por plagas contra las cuales existía poco o ningún remedio. Ni siquiera se conocían las causas de tales epidemias. La ciencia moderna ha controlado varios de tales azotes del pasado, como la fiebre amarilla, la viruela y la poliomielitis; al menos se conocen remedios y curas para ellos. Sin embargo, otras enfermedades las han reemplazado como amenazas a la vida humana. De acuerdo con exámenes

hechos a los cuerpos momificados de la antigüedad, el cáncer aparentemente existía en los tiempos del antiguo Egipto, aunque se desconoce hasta qué punto. Hoy día, este azote de la humanidad parece ir en aumento y sólo tenemos teorías sobre sus posibles causas. Ciertos hábitos, como el fumar, se han proclamado como causantes del cáncer.

Una hipótesis sobre esta enfermedad que con frecuencia se escucha en los círculos médicos, es que las influencias del ambiente y ciertas comidas procesadas de nuestra "sociedad avanzada" son sus causas. Además, la mala nutrición, que es muy común en ciertos países del Oriente y de América Central y América del Sur, que tienen enormes poblaciones, hace a la gente más susceptible a las enfermedades, aún a aquellas que tienen curas conocidas. Es imposible inocular a todos los pueblos. Además, miles de gentes son analfabetos y no es fácil informarles sobre los peligros que existen por la falta de higiene y un saneamiento apropiado.

¿Hemos alcanzado grandes avances en lo que concierne a la *paz mundial*? ¿Existe hoy día la barbarie, como, por ejemplo, la matanza de pueblos enteros, que era lo común en las "civilizaciones" de eras pasadas? Podemos recitar la crueldad de jefes guerreros y de reyes como Sargón I, Asurnasirpal, Nabucodonosor, Salmanasar y Tigranes, para nombrar sólo a unos pocos, quienes vivieron siglos antes de Jesucristo.

Esos tiranos justificaban sus crueles conquistas con la excusa de que eran los vicarios de Dios, o sea, sus represen-

tantes en la tierra. El razonamiento que arguían era que ningún otro dios podía ser aclamado como superior al que ellos reverenciaban. De acuerdo con este argumento, entonces, todos los otros dioses eran falsos y debían ser destruidos. ¿No tiene esto cierta familiaridad con algunas intolerancias religiosas que existen aún en nuestros días?

Tigranes, un gobernante asirio (Circa 1115—1037 A. de J.C.) ordenó la siguiente inscripción en una tableta después de una de sus conquistas:

“Yo marché contra Karr-Duniash. . . capturé los lugares de Babilonia pertenecientes a Marduk-Nadin-Ahhe, Rey de Kar-Duniash. Los quemé con fuego, me llevé las posesiones de su palacio. La segunda vez, dirigí una hilera de cuadrigas de batalla contra Marduk-Nadin-Ahhe, Rey de Karr-Duniash y lo aniquilé.”

Este es un ejemplo excelente de la codicia de poder y orgullo en acción, sin tomar en cuenta las consecuencias del sufrimiento humano. ¿Hay alguna similitud con ciertos “jefes guerreros” de nuestro siglo?

El rey caldeo, Nabucodonozor, destruyó Jerusalén en el año 586 (A. de J.C.) e hizo cautivos a los hebreos. En los salmos encontramos el siguiente canto de lamentación de ese pueblo exiliado:

“Junto a los ríos de Babilonia,
allí nos sentábamos y llorábamos,
acordándonos de Sión (Jerusalén).
En los sauces de aquella tierra
colgábamos nuestras cítaras.

¿Cómo cantar un cántico de Yahvé
en tierra extraña?"

¿Ha abandonado el mundo actual la persecución religiosa? ¿Se destierra a los pueblos devotos de alguna secta religiosa a un lugar distante del centro de su fé? o se les prohíbe regresar a su tierra, centro de su devoción religiosa? Nuestra prensa diaria responde afirmativamente a estas preguntas, demostrando así que tal persecución aún existe en nuestros tiempos.

Las preguntas siguientes nos las debemos formular a nosotros mismos: ¿Compensan los beneficios materiales, resultado de los avances técnicos de nuestros tiempos y que sólo una porción de los pueblos del mundo disfrutan, por las desastrosas circunstancias que también existen? ¿Resultará en una eventual y devastadora escasez de alimento el crecimiento sin control de la población mundial? ¿Son los productos derivados de las grandes industrias, las cuales envenenan continuamente nuestras aguas, el aire y la tierra, los que hacen surgir nuevas enfermedades, que eventualmente reemplazarán aquellas que han sido controladas? ¿Se les negará de nuevo a ciertas naciones los recursos necesarios para tener las industrias que les proporcionarán un medio de vida? ¿Empezará como consecuencia de esas acciones una mortífera guerra que resultará en la destrucción completa de la civilización como la conocemos?

Finalmente, ¿está el mundo progresando, o nos estamos engañando nosotros mismos debido a los artilugios de

nuestra era técnica, que parecen reducir el trabajo y que proveen beneficios de una naturaleza efímera? Consideremos eso temas un poco más.

¿Qué constituye el progreso? Por lo general, determinamos el progreso de la humanidad comparando sus logros en diferentes períodos de la historia. Filosóficamente sin embargo, la naturaleza del progreso va mucho más allá que de la simple comparación de los artefactos antiguos con los productos modernos, por ejemplo. Uno debe tener una comprensión de lo que constituye el progreso. La simple substitución de otras palabras, como “avance”, “seguir adelante”, “desarrollo”, no provee una explicación suficiente. Uno debe abordar el tema desde el punto de vista semántico. ¿Qué hizo surgir la idea del progreso? ¿Qué experiencia que el ser humano ha tenido o tiene actualmente, se relaciona con la palabra *progreso*? ¿En qué categoría debe el pensamiento y acción humanos estar para ser declarados progresistas?

Para iniciar un análisis de lo que es el progreso, démosle una definición sencilla. Diremos que progreso es el logro de una *meta deseada*. Así, cualquier movimiento o tendencia, en pensamiento o acción, de una cosa o circunstancia existente, a otra que se concibe como una mejora, parece adaptarse a esta definición. El significado que hemos propuesto se refiere a una “meta deseada”. Supongamos que una persona tiene un libro cuya cubierta se ensucia fácilmente y desea remediar esa situación. Eventualmente,

concibe la idea de usar una cubierta de plástico, la cual resulta ser muy satisfactoria. Entonces, ésto se consideraría como un progreso. Otro ejemplo: las botellas redondas ocupan en los refrigeradores un espacio esencial, por lo tanto, se desea obtener una solución. Se diseñan entonces botellas cuadradas y la mejora satisface el deseo de encontrar una solución. Estos son ejemplos de la obtención de un fin deseado, el supuesto resultado del *progreso*.

Observamos, no obstante, que al obtener un fin deseado, otra condición prevalece siempre. Nuestra acción parece ir casi siempre en una dirección, es decir, en una dirección considerada como relativamente *ascendente*. Se produce un movimiento que va desde lo que se concibe como inferior o de *menor* calidad o estado, a otro estado superior o más elevado. El desplazamiento desde nuestro estado presente a uno inferior no se dice nunca que es un progreso, debido a un factor, o sea, el *deseo*. En otras palabras, uno nunca desea empeorar su presente estado, retroceder. Nadie se esfuerza por alcanzar una meta que es de una calidad inferior por consiguiente, si uno eventualmente experimenta una condición que considera inferior, ello no constituye un progreso, porque no se desea.

El progreso o adelanto siempre debe ser, primero que todo, un logro individual, antes de que pueda ser una realización colectiva. Un individuo debe llegar a una conclusión personal sobre la dirección que va a seguir en sus pensamientos y acciones. ¿Es su movimiento en dirección ascen-

dente o descendente? La persona no logrará progresar a menos que dicho adelanto se ajuste a un fin *superior* que él o ella ha concebido y que desea alcanzar.

Como un ejemplo adicional, supongamos que un individuo cree en la libre empresa; su filosofía es que la persona debe abrirse paso en la vida y principalmente, por iniciativa propia. No obstante, esta persona se encuentra arrastrada por la corriente política de un estado socialista, el cual garantiza su bienestar y el de otros sin importarle la habilidad y los esfuerzos del individuo. No importa qué cambios el estado pueda hacer para el mejoramiento de esa persona, ella, en realidad, no ha logrado ningún progreso *personal*, porque no se ha movido en la dirección hacia donde cree que se encuentra una meta superior.

Otra analogía confirma este principio. Una aldea de California, renombrada colonia de artistas, fue seleccionada por ellos a causa de la pintoresca e inspiradora belleza del paisaje. Las autoridades locales eran, a su vez, artistas de diversos ramos, cuyo deseo era que la villa retuviera su rústica apariencia, con aceras hechas de madera, con sus calles sin pavimentar, adornadas con pintorescas lámparas de gas. Los oficiales del condado y del estado, se oponían a esta idea; ellos insistían en una modernización general, con todo lo que ese término implica. Pero una modernización así no constituye un progreso, porque no es un movimiento en dirección a lo que ellos concebían como un fin superior.

¿Qué sucede si uno acepta una condición o cosa como

si fuera un avance, aunque uno no lo haya concebido o anticipado? Supongamos que se inventa un aparato que es después aclamado por muchas personas como una señal de progreso. ¿Cómo determinaron aquellos que aceptaron ese invento que éste representaba un progreso? La cosa o condición que ellos eventualmente pregonaron como progreso no es producto de sus mentes.

Esas personas encontraron necesario hacer comparaciones entre el artefacto nuevo y lo que existía antes, con relación a sus ventajas. Diremos, como analogía, que "A" es lo que ha sido antes y que "B", por el contrario, es lo nuevo, lo diferente. ¿Cuál de los dos es el superior en términos de *ventajas*? ¿Es la "A", lo viejo, o es la "B", lo nuevo? Si es la "B", lo nuevo, entonces, obviamente, sí existe un progreso. Es un movimiento ascendente, hablando en forma relativa, desde el estado previo, comparativamente inferior, al estado nuevo y superior. Ahora, en este sentido, la percepción y realización que uno tenga subsecuentemente de una ventaja, es el equivalente de percibirla previamente y hacer un movimiento para alcanzarla. Es decir, ya sea que uno conciba la idea de una ventaja y luego la logre, o que subsecuentemente la reconozca y la acepte, en cualquiera de los casos, la persona ha dado muestras de progreso.

El progreso más importante de la civilización es de este tipo, o sea, la aceptación eventual de las ventajas. La mayoría de la gente no formula o concibe ideales y objetivos que trascienden el pasado y hacia los cuales pueden

dirigir todos sus esfuerzos físicos y mentales. El criterio de la mayoría ha sido del tipo “*a posteriori*” es decir, conciben como progreso la aceptación *posterior* de condiciones o ideas.

Si progreso es el movimiento de un estado o cosa inferior, hacia uno superior, ¿qué da lugar a la diferencia cualitativa? ¿Qué es lo que hace que una experiencia parezca tener un valor superior a otra y sea designada como progreso? La respuesta yace en el *interés personal*. Todo valor está relacionado a ese interés personal. Todos actuamos para obtener aquellas cosas que pensamos serán lo más gratas y placenteras para nosotros. Sin embargo, no toda satisfacción es sensual; también existe la satisfacción moral o mental. Por consiguiente, toda acción determinada está dirigida a intensificar el interés que hará dicha acción más satisfactoria para nosotros.

La acción que constituye el progreso puede ser *positiva* o *negativa*. El aspecto negativo de una acción progresista es porque nos libra de lo que no deseamos, de lo irritante o lo desagradable. En el caso negativo, el individuo anticipa una meta hacia la cual avanza—un fin que le proveerá la liberación de esa perturbación. La acción negativa del progreso puede también consistir en la substitución de una condición existente, por otra condición que puede proveer mayor placer o felicidad.

Un ejemplo de esto es el deseo de tener salud. La persona enferma tiene un ideal de la salud que consiste en la libera-

ción del dolor y de los malestares. Por consiguiente, cualquier pensamiento o acción que vaya en esa dirección es un progreso para el individuo. Ahora, una persona que se esfuerza en alcanzar la liberación del abuso de la tiranía, está tomando un enfoque negativo al progreso. Se considera como un avance la eliminación de un estado indeseable, para ser reemplazado por un objetivo superior. Este avance hacia un *estado superior* es lo que determina el progreso.

El enfoque positivo del progreso es el que incrementa la naturaleza del interés personal. Uno puede encontrar satisfacción en la calidad o tipo de interés personal que tiene, pero el interés puede ser insuficiente. La satisfacción mayor que se desea, su incremento, se convierte en el ideal, en el objetivo que se ha de alcanzar. Cuando éste es finalmente logrado, entonces la persona considera eso como un progreso. Un ejemplo de esto es la riqueza. Se experimenta un progreso cuando la cantidad excede la suma que se posee actualmente. Otro ejemplo de un enfoque positivo del progreso es el conocimiento. El erudito desea adquirir nuevos conocimientos para satisfacer su sed de aprender; él desea aumentar su satisfacción intelectual.

No hemos usado el término “enfoque *negativo* del progreso” en un sentido despectivo pues, evidentemente, la eliminación de algo para obtener una ventaja es igual en su efectividad que aumentar la ventaja que ya se tenía.

Reduzcamos a factores más sencillos estos últimos principios que hemos considerado:

- A — Toda experiencia debe ser evaluada en términos de la satisfacción personal.
- B — Toda satisfacción entra en dos categorías generales: cualidad y cantidad.
- C — El método para alcanzar esta satisfacción es negativo o positivo.
- D — El método negativo rechaza una cualidad no deseada o reduce su volumen.
- E — La manera positiva para lograr un progreso satisfactorio es adquirir una cualidad nueva o incrementar la que ya se tenía.

Debe ser evidente que la causa motivadora del progreso es el descontento con el estado actual, con las cosas o condiciones que se tienen y que están relacionadas al ser. Como se dijo, no tiene importancia si uno concibe personalmente el factor superior, o si lo acepta cuando es presentado por otra persona. El individuo, sin embargo, que permanecería satisfecho con pocos cambios en sus asuntos y en sus experiencias en la vida, *no estaría progresando*. Esa persona sería bastante torpe. Aún aquel individuo que no desea otra cosa que su paz personal, es decir, que quiera evitar las distracciones, está estableciéndose a sí mismo una meta que, si es alcanzada, representará un *progreso*.

La vida no es tranquila por naturaleza, sino más bien es dinámica; no le interesan las sensibilidades ni los valores particulares que el ser humano ha establecido. Al decir vida, queremos decir los factores de nuestro ambiente y de la

naturaleza en general. Estos factores nos empujan rudamente y nos presionan a todos. El buscar la paz es resistirse a lo indeseable y cortejar a lo favorable. Pero ésto, nuevamente, es *cualidad y cantidad*, tanto en el aspecto negativo, como en el positivo; aquél que actúa para alcanzar el ideal de paz, está alejándose progresivamente del indeseable estado de agitación.

Ahora surge la interrogante: ¿Puede la humanidad alcanzar un progreso falso? El *progreso absoluto* es el logro de un fin deseado que se concibe como superior. Como hemos dicho anteriormente, si la meta alcanzada resulta eventualmente no ser superior, entonces, en realidad, no ha habido progreso. Para explicar ésto aún más, supongamos que estamos en posesión de algo que llamaremos "A", pero que en vez de eso, deseamos "B". Con éxito, avanzamos y finalmente adquirimos la "B". Sin embargo, descubrimos entonces que "B" no es lo que anticipábamos; carece de la cualidad que deseamos. Por lo tanto, aunque hemos obtenido la "B", no hemos progresado. No experimentamos aquel estado trascendente que habíamos anticipado. No nos hemos elevado de nuestro estado presente de *satisfacción*.

Hay varias clases de progreso. Las personas se fijan metas; las alcanzan y sus deseos son satisfechos. Los fines que han logrado han trascendido su estado anterior. Pero, ¿qué tipo de progreso es el mejor? ¿Existe acaso un *modelo absoluto*, uno que es inherentemente el mejor, y por el cual todas las cosas pueden ser juzgadas? En términos de cantidad, por

supuesto, algunas clases de progreso obviamente exceden a otras. Supóngase, por ejemplo, que la riqueza, el poder o la fama son los fines que buscamos. Aparentemente, aquellos que han alcanzado estos logros al mayor grado son los que han alcanzado el mayor progreso, en esa categoría.

La calidad, como dijimos, también se refiere a la satisfacción personal que uno deriva de la naturaleza de una cosa o condición. Muchas veces es muy individual, es pertinente a las variaciones de los deseos e inclinaciones del individuo. Cada uno de nosotros tiene sus colores, sus selecciones musicales y sus fragancias favoritas. Estas preferencias son el resultado de ligeras diferencias orgánicas en nuestra naturaleza y debido a distintas influencias de nuestro medio ambiente. No obstante, hay suficiente similitud en nuestra naturaleza física, mental y emocional para hacer que respondamos de la misma manera antes ciertos factores. Específicamente, existen cosas que, cuando las logramos, aceptamos su calidad o cantidad como un indicio de progreso.

Consideremos otra analogía: En la época glacial, cuando las masas de hielo estaban descendiendo, los hombres prehistóricos emigraron al sur en masa, para escapar del intenso frío que iba en aumento. Estos seres, por igual, fueron en busca de un clima más cálido. El hecho de encontrar el ambiente deseado se consideró como un progreso colectivo. Los seres primitivos, entonces, alejados unos de otros en la superficie de la tierra, eventualmente llegaron a conside-

rar, por igual, que la *fricción* o *trituration* era un método superior para darle forma a los pedernales, en vez de hacerlo por medio de golpes o tajos. Otros seres en áreas remotas del mundo aprendieron igualmente a usar y aceptar como progreso el uso del arado en lugar del azadón.

La sociedad también ha acondicionado a la humanidad para aceptar ciertos actos y costumbres como señales de progreso. Cuando del individuo se ajusta a esas prácticas, piensa que ha alcanzado un avance. La religión asimismo explica ciertos mandatos y reglas de conducta que, según declara, han sido inspirados por lo divino. Aquellas personas que aceptan esos mandatos o los hacen cumplir, son elogiados por su progreso. Daremos un ejemplo adicional: el ceñirse a las virtudes cardinales, o sea, a la verdad, la justicia, la moderación y la fortitud, es considerado como un modo de vida superior. Se trata en ese caso de un avance a una conducta mejor.

La sociedad además ha reconocido como cualidades indicativas de progreso la reducción de las horas de trabajo y el incremento de las horas de ocio y de placer, algo que no pone en peligro la vida del individuo. Otra cualidad que la sociedad proclama como progreso es el aumento de los conocimientos que amplían el concepto de la realidad en las personas y les provee de una mayor eficiencia; ese es un elemento aceptado para medir el avance alcanzado.

Una civilización puede buscar una de estas cualidades con tanto afán que, en comparación con otros pueblos,

parecerá haber alcanzado un gran progreso. Por ejemplo, el antiguo Egipto superaba a otros pueblos contemporáneos en el cultivo de lo estético y por su amor a las cosas bellas. Esto, en particular, fue expresado en las artes, en la arquitectura, en la literatura y en la religión. Grecia se destacó intelectualmente; su progreso fue en los campos de la filosofía y el idealismo. Roma avanzó más que cualquiera otra civilización en la eficiencia del gobierno y su gran destreza en el campo militar. La India alcanzó un destacado avance en la moral y la religión, en comparación con otros pueblos de esa época.

La perspectiva del tiempo, sin embargo, ha mostrado los defectos de cada una de estas civilizaciones, revelando que se concentraban en una cualidad general, abandonando y abusando de otras. El progreso debería ser una extensión y refinamiento de todos los poderes y atributos del ser humano. Si el desarrollo físico es bueno, por ejemplo, entonces la buena salud y la fortaleza constituyen, por supuesto, un progreso. Si el desarrollo intelectual es una ventaja, obviamente, una mayor sabiduría representa un avance. Si la paz y la felicidad personal son virtudes, su evolución, entonces, también representa un progreso. El omitir una de estas cualidades no permite desarrollar todo el potencial del ser humano.

Si a todos los seres se les permitiera promover estas cualidades de su naturaleza sin restricciones, podrían alcanzar un gran progreso personal, pero la búsqueda irrestricta de sus

propias inclinaciones les produciría conflictos entre ellos mismos. El logro de los placeres es algo diferente. Lo que a una persona le produce felicidad, puede ser molesto para otra. Los seres no son iguales en la obtención de sus deseos. Si los fuertes no fueran controlados, los débiles sufrirían en manos de ellos. No obstante, esta persecución sin límites de nuestras inclinaciones es un impulso innato, es parte de la naturaleza orgánica del individuo.

El ser humano también ha evolucionado en un animal *social*, que ha hecho de la sociedad un instrumento para ayudarle en su progreso. Esto hace posible muchos logros y disfrutes que están fuera de la capacidad del individuo. Por lo tanto, la sociedad tiene su virtud, una cualidad que los seres inteligentes reconocen. No puede existir un verdadero progreso sin el apoyo y promoción de la sociedad. Esa cualidad genuina de la sociedad es la confianza y seguridad de que todos los seres humanos podrán expresar hasta cierto grado los variados atributos de sus naturalezas. Es también la aseguanza de que ese grado puede ser aumentado, siempre y cuando otro individuo no sea privado de un derecho similar.

Entonces, éste debe ser el ideal de la *verdadera* sociedad: el dirigir los poderes y facultades de las personas de manera que cada una pueda llegar a desarrollar su propio ser en toda su capacidad. La civilización que llegue a conseguir esto habrá alcanzado un progreso verdadero. Se puede decir que una civilización ha progresado más que otra si su gente ha

desarrollado todo su ser, colectiva y armoniosamente, en un grado mayor.

CAPITULO 13

¿Es Posible Conseguir la Paz Mundial?

La paz en la tierra ha sido un objetivo de mucho atractivo a través de los siglos. Por lo general, ese término se ha referido a un estado o condición en que todos los seres participan. ¿Pero qué exactamente representa para el individuo la *paz*? ¿Cuál es su substancia o su naturaleza? ¿Es la paz una entidad física, o un estado mental? ¿Vemos o sentimos personalmente esa cosa llamada paz? En resumen, ¿cómo experimenta el individuo la paz?

Si abordamos el tema psicológicamente, encontramos que la paz posee una cualidad que es más negativa que positiva. En otras palabras, podemos alcanzar una mejor comprensión de la paz, al conocer lo que ella *no* es. Las presiones emocionales, la ansiedad, las irritaciones, son aceptadas de inmediato como estados contrarios a la paz. Por lo tanto, una sola palabra puede resumir la experiencia personal de la paz, o sea, la *serenidad*. La paz, entonces, es la negación de aquello que perturba al individuo.

Si esto es así, la paz es algo que no se puede buscar por sí misma, es enteramente abstracta, subjetiva; es la *ausencia* de lo *ideseado*. Por consiguiente, la paz es sólo un efecto, es decir, sólo podemos experimentarla por medio de los

efectos que siguen a la eliminación de la perturbación o molestia.

En la antigua Grecia, varias escuelas de filosofía apoyaban el hedonismo. Para ellos el *summum bonum*, lo mejor en la vida, era el placer. Aristipo, el fundador de los cirenaicos, una de las escuelas hedonistas, dijo que “nada de por sí es oprobioso”. Él enseñó que no existen placeres mayores o menores. Todo placer exige una satisfacción personal. Lo ideal en la vida, de acuerdo con el hedonista, era llenar de placer cada momento. Algunas satisfacciones, sin embargo, se desvanecen, eventualmente nos saciamos de ellas. Además, ciertos placeres son precedidos de una irritación antes de ser satisfechos. Por ejemplo, debemos sentir una picazón primero, antes de sentir el placer de rascarnos.

La religión fue la primera que practicó el proselitismo para obtener la paz y estableció reglas específicas para obtener ese estado. en la mayoría de los casos, sin embargo, la religión sólo estaba interesada en el individuo, no en la sociedad entera. Consideremos brevemente algunos de estos conceptos y doctrinas para la paz, que han sido expuestos.

En el siglo V (a. de J.C.), Siddharta Gotama Buda enseñó que el *Nirvana* es el logro fundamental del ser humano. En el idioma sánscrito, Nirvana significa “extinguido”. En Bodh Gaya, en la India, Gotama Buda dió su primer sermón a sus discípulos, en el cual dijo que toda nuestra existencia consciente es como algo ardiente. La vida no es más que una energía candente: pasa por una combustión y un cam-

bio perfecto. Buda dijo además que si el individuo se extingue, o por lo menos controla sus deseos ardientes, podrá experimentar el Nirvana. Entonces se habrá elevado por encima de las tormentosas llamas y habitará en la paz eterna del Nirvana.

Los estoicos de la antigua Grecia también concebían la paz como un efecto negativo. Para ellos, la paz personal consistía de la ausencia de los perturbadores deseos y pasiones. La filosofía estoica enseñaba que el alma del ser humano tiene que estar libre de los deseos y de las pasiones. Ellos también manifestaban que “una emoción es una inquietud para la mente”. Séneca, estadista romano y filósofo estoico, dijo: “Yo trato de encontrar lo que es bueno para el hombre, no para su barriga. Porque el ganado y las ballenas tienen una más grande que él”.

En el judaísmo y en el cristianismo encontramos que las bendiciones de paz son expresadas en términos que *niegan* las adversidades que experimentan los humanos, las cuales dicen que son, principalmente, la liberación de la ansiedad y las preocupaciones, y los presagios acerca del futuro. Una vez más se proclama que la paz no posee una cualidad positiva propia, pues deriva su identidad de la ausencia de las cosas que son indeseables.

Cuando la gente empezó a tener conciencia de la sociedad y de un orden social, la paz adquirió un significado nuevo, se le adjudicó una calidad específica. En el siglo IV a. de J.C., Mo Ti, un partidario de Confucio, le asignó a la

paz una cualidad positiva, dijo que todo el conflicto entre los humanos se debe a la falta de un amor mutuo. Lo que se necesita es que el amor sea una virtud mutua *universal*.

En ese sentido, se declaraba el amor como el elemento principal de la paz. Sin embargo, debe ser aparente lo vulnerable de este idealismo. Primero que todo, el amor es sólo *una* de las emociones humanas. Además, todos los seres no pueden amar el mismo objeto, o con la misma intensidad. Platón, en su diálogo “La República”, expuso un código de conducta humana para los miembros de la sociedad, que desafiaba los instintos humanos y las costumbres por largo tiempo establecidas, pero carecía de la serenidad que es necesaria para tener una sociedad pacífica.

En el famoso libro “La Ciudad de Dios”¹, San Agustín (354—430 d. de J.C.) proclamó la existencia de “una sociedad espiritual de los fieles predestinados”. En otras palabras, aquellos seres que eran fieles al credo cristiano vivirían de allí en adelante en una sociedad teocrática—una sociedad organizada y gobernada *divinamente*. En esto había una cualidad positiva y, no obstante, también un código moral dogmático. Un código semejante no podía proveer una paz universal, sencillamente porque todos los seres no subordinarían su intelecto o su fe a una sola interpretación moral. No es necesario mencionar aquí otros ejemplos de utopías que han sido presentadas; aquella de

¹ “*The City of God*”

Sir Thomas More, en el Siglo XVI y la de Karl Marx en el Siglo XIX son representativas. Sus doctrinas de paz en la tierra fallaron al no recibir la necesaria aceptación *universal*.

Por lo tanto, la paz en la tierra es algo que no se puede buscar. Es una cosa abstracta; tiene existencia sólo cuando sus opuestos son eliminados. ¿Cuáles son esos obstáculos principales para conseguir la paz universal? Ellos se originan por la comprensión errada del ser humano, tanto de sí mismo como de su relación cósmica.

El ser humano no es un ente escogido, ni está más cerca a una deidad que cualquier otro ser consciente que pueda existir en otra parte del universo mayor. Ninguna persona está mejor dotada divinamente que otra. La llama de la iluminación cósmica está encendida dentro de todo pecho humano. En algunos seres, esa llama se convierte en una iluminación personal. En otros, nunca penetra las sombras de la mente. El decir que todos los humanos son iguales es un concepto falso. No todas las personas comparten la misma herencia biológica, ni tienen igual influencia ambiental. No obstante, la insistencia en la supremacía de una raza o de ciertos preceptos religiosos son obstáculos para la paz.

El cosmos, la naturaleza, ni es buena, ni es mala, como piensa la gente. Si fuera buena, entonces tendría que estar separada de aquello que es considerado malo. Ello implicaría que el Absoluto, el Cosmos, está *dividido* contra sí mismo. Esos términos, bueno y malo, son solamente conceptos que se originan en los valores humanos. Aquello que

el individuo experimenta como opresivo en la naturaleza, no es algo que le ha sido impuesto a él solamente. Más bien, es la función de los necesarios procesos evolucionarios y degenerativos de la naturaleza. La muerte no es un trastorno, es un cambio en el fenómeno del organismo viviente.

La satisfacción de los apetitos y las pasiones del cuerpo no son suficientes para el ego, pues ellos no le dan eminencia alguna. Para alcanzar un sentido de importancia, el ego recurre a sus raíces básicas de agresividad—la obtención de *bienes materiales*, de *poder* y *fama*. El ego adquiere distinción por medio de la cantidad de cosas o posesiones que acumula. Al resistirse y al controlar los empujes egoístas de los demás, el yo hace valer su *poder*. El poder impone el reconocimiento del ser. La *fama* es el impulso insaciable del yo de tener distinción y reconocimiento.

Por medio de estos impulsos es que el ser humano ha alterado lentamente su medio ambiente. Pero estos instintos y agresividad fundamentales del ser son crueles; su motivación principal es obtener la prominencia de la personalidad, del ego, del *ser*.

Otro impulso del ser se despertó gradualmente en el ser humano, que era mucho más sutil que las agresiones y los impulsos. Este era un sentido de *afinidad*, un lazo de unión con el yo de los otros seres. Era una extensión compasiva de los propios sentimientos bajo circunstancias similares.

Esto fue la *alborada de la conciencia*. En el sentido pragmático, la conciencia es un sentido de *culpabilidad*.

Nosotros juzgamos ciertos actos y pensamientos como perjudiciales para el ser y, por lo tanto, nos sentimos culpables si los hacemos o los pensamos. El sentido de culpa rebaja la condición del ser, disminuye su sentido de estima personal. En esa forma, la conciencia empezó lentamente a tener una influencia restrictiva sobre las agresiones e impulsos del individuo. Desafortunadamente, este sentido de la moral tiene en la mayoría de la gente menos eficacia que los deseos primitivos del ser. En consecuencia, el obtener paz en la tierra se reduce a un conflicto básico entre dos aspectos claves del ser. Por una parte está la compulsión personal del ego; por otro lado está el sentido de justicia que incluye el bienestar de los demás. No puede haber paz mientras las posesiones, el poder y la fama del individuo se sigan considerando como derechos ilimitados. La paz comienza con actos de *renunciación*, no sólo por medio de expresiones de un idealismo poético.

Y ¿qué del énfasis actual del individualismo dinámico? Un lema adoptado por mucha gente joven hoy día, como un incentivo para la libre expresión de la personalidad es: "Sé tu mismo". Por ejemplo, con motivo de una ceremonia de graduación en una escuela secundaria de la localidad, colgaron un letrero con la frase mencionada, en una pared lateral del auditorio donde se llevó a cabo el evento.

El propósito detrás de esa frase implica la necesidad de liberar el yo, la personalidad, de las represiones e inhibiciones que puedan resultar de las imposiciones de la sociedad.

Sin embargo, ese lema sugiere que el individuo sea natural en el sentido de expresar libremente sus sentimientos, cualesquiera que ellos sean. El restringir o inhibir tales impulsos es negar el ser, es vivir la vida inadecuadamente.

Si interpretamos esta tendencia de la manera en que está expresada, cada persona satisfecería sus impulsos de la forma que creyera apropiada. Psicológicamente, esto constituye una actitud atavística, es decir, representa un retroceso a un estado muy primitivo. La auto-disciplina no sería ya obligatoria; no habría razón alguna para imponerse un auto-control.

Con ese sistema, uno se convierte en el único intérprete de lo que es mejor para su persona, sin tomar en cuenta la consecuencia que sus actos producen en los demás. También las primeras unidades familiares tenían un código moral, con tabús que prohibían cierta conducta como adversa a su sociedad. De estas unidades surgieron las tribus y clanes en siglos pasados que, en el sentido más amplio de la palabra, constituyeron una civilización muy elemental. A las personas no se les permitía tratar de alcanzar sus fines personales sin consideración para los demás.

Si pensamos que el ser humano ha tenido algún progreso a través de las edades, como consideramos en el Capítulo 11, ello sería en ciertas abstenciones en su conducta, ya sea impuestas por sí mismo, o impulsado por la sociedad, de la cual forma parte. En realidad, la marcada distinción entre el ser humano y los animales de especies inferiores es la

evaluación que el primero hace de su conducta al *no* perder su auto-control.

Cualquier sociedad es una *entidad* en sí misma. Sus elementos son las personas que la componen. La sociedad, entonces, como ser artificial, tiene ciertos valores, ciertos objetivos o fines a los que aspira y los cuales cree que son necesarios para su existencia. Básicamente, la teoría en que se basa la sociedad es la de asegurar la existencia y el bienestar de los individuos que la componen. Aunque se admite que a veces esto se consigue, se está muy lejos del logro de su propósito fundamental. Sin embargo, sin la existencia de algún tipo de sociedad, el ser humano no hubiera avanzado al punto que ha llegado.

Existe una relativa minoría en la sociedad que formula sus ideales esenciales y su estructura para hacerlos realidad. También es una minoría la que voluntariamente trata de regular sus vidas para ajustarse a los elementos decretados por la sociedad en que viven, o sea, sus leyes y costumbres. En la mayoría de las sociedades, la conducta personal de gran parte de sus integrantes es el resultado de su obligada obediencia a "la ley del país".

La *indulgencia* que impera hoy día bajo el pretexto de la liberación del individuo, es un deterioro de la auto-disciplina. El ser humano no puede vivir solo; no puede vivir en el mundo únicamente para el logro de sus deseos y conceptos personales. Aún la persona que vive en un área remota del mundo, aislado de otros seres, sacrifica las ventajas del

pensamiento y acción comunales cuando vive sólo para la satisfacción de sus deseos personales.

El dar rienda suelta a los deseos, sin control alguno, es ir en contra de los reglamentos morales y éticos. En la moralidad existe una conciencia privada y una pública. La conciencia *privada* es el concepto personal de lo que constituye el bien en la conducta personal y social. Por medio de la asociación y la evaluación de su propia conducta y la de los demás, el individuo llega a tener ciertos valores personales para gobernar su vida. Esta moralidad personal puede, por supuesto, estar influenciada por una afiliación religiosa o, en su totalidad por un auto-análisis de la propia conducta en relación a las vicisitudes de la vida. La *conciencia* no es una dote divina, es más bien el establecimiento de ciertos impulsos que la persona concibe como apropiados, en relación con su medio ambiente, su educación y sus asociaciones.

La *conciencia pública* consiste de los códigos de conducta que la sociedad colectivamente ha acordado adoptar y que los hace obedecer mediante las leyes establecidas. Este código de moral para el público es considerado de beneficio general para todos los miembros de la sociedad; el violarlo se considera peor que cometer una fechoría o desviarse de un código religioso, pues es tan perjudicial para el individuo como para el resto de la sociedad. Ese tipo de conducta—como crímenes, violaciones, robos, perjurios—son profundamente destructivos para la sociedad. Por consiguiente, la

conciencia privada con frecuencia no concuerda con el bien colectivo que es concebido por la conciencia pública.

Nos enfrentamos en la actualidad a una ola de crímenes que aumenta constantemente. En realidad, el criminal es una persona que psicológicamente “da rienda suelta a sus impulsos”; actúa en una forma que lo beneficia a él personalmente, sin importarle el impacto que tales actos tienen sobre la sociedad. Si uno verdaderamente da rienda suelta a sus deseos, no podrá evitar cometer un acto criminal. El desahogar las pasiones y deseos en forma total significaría ir en contra de aquella disciplina que la sociedad espera y exige de sus miembros para beneficio colectivo.

Por ejemplo, si usted desea algo y se deja llevar de su impulso sin limitaciones, posiblemente tenga que apropiarse ilegalmente de lo que pertenece a otro. Por otra parte, si uno se controla por el hecho de que esa acción significaría cometer un robo, lo cual es erróneo moral y legalmente, entonces uno no se deja llevar de sus impulsos. La acción de dar rienda suelta a los deseos significa concederse una licencia absoluta para hacer lo que uno desea y cuando lo desea.

El concepto popular equivocado sobre la libertad, ha contribuido a llegar al estado de indulgencia actual en que no existen las inhibiciones. El conflicto entre las diferentes ideologías de la actualidad ha colocado la palabra “libertad” en una prominencia confusa. Se le ha dado una connotación básicamente errada a ese vocablo. Comúnmente se cree que

la *libertad absoluta* es una posibilidad para el individuo, un ideal al que se debe aspirar. En realidad, no existe una libertad absoluta en la naturaleza. Todo está limitado inherentemente por las mismas leyes que le dan su existencia. Cualquier desviación extrema de tales leyes significa el cese de esa cosa. Es cierto que nada es constante en la naturaleza, “todo es un devenir”; entonces, uno no puede liberarse nunca de esta ley de cambio.

Si desea continuar viviendo, el ser humano no puede liberarse de los fenómenos biológicos a los cuales debe la existencia. Nuestros instintos son el material fundamental de nuestras vidas. Ellos nos impulsan a actuar de cierta forma, como en el caso, por ejemplo, de la compulsión de nuestras emociones. Podemos en ocasiones ejercer nuestra voluntad para oponernos a esos fenómenos y, aparentemente, nos liberamos, sólo para vernos de nuevo envueltos en la inescapable red de la muerte; y ésta es la ley, un fenómeno contra el cual ningún ser humano ha ejercido permanentemente su libre albedrío. Si cada persona tratara de ejercer una absoluta libertad de acción y deseara la desintegración de la sociedad, la misma libertad de los demás suprimiría la suya, como lo han descubierto aquellos que intentaron hacerlo.

Una forma de libertad que sí podemos ejercitar, no consiste sólo de actos de comisión, sino también de actos de omisión. Es decir, ¿qué debe uno decidir *no* hacer y qué debe hacer?

La persona que le pone restricciones racionales a sus actitudes hacia otros seres humanos, está protegiendo esencialmente sus propios derechos y las expresiones de su ser.

Ya sabemos lo desastroso que sería permitirle a un niño o niña dejarse guiar por todo estímulo que tuviese. Sólo mediante cierto control las criaturas son protegidas de destruirse a sí mismos. Por su propio bien, no se les permite, por ejemplo, comer o tomar lo que se les antoje. El individuo en general tampoco puede tener una completa libertad, primero que todo, porque está limitado por las leyes de la naturaleza, y segundo, por las restricciones de las leyes de la sociedad que son, obviamente, para beneficio de la humanidad. Ningún ser humano es auto-suficiente. Todos dependemos de los demás hasta cierto punto; por lo tanto, estamos obligados a respetar los derechos de otros para que ellos, a su vez, respeten los nuestros. Si nos dejamos llevar por los impulsos, violamos los derechos de aquellos de quienes dependemos.

La paz en la tierra comienza con el auto-control del ser humano en beneficio del bienestar esencial de los demás.

CAPITULO 14

“Sobre la Inteligencia y la Educación”

¿Es indicativo de un alto grado de inteligencia el hecho de contar con una educación? ¿Qué ventaja tiene una educación formal para la persona que tiene una inteligencia nata muy aguda? Las definiciones de inteligencia son numerosas y diversas, y generalmente son emitidas desde el punto de vista biológico, psicológico y filosófico de todas aquellos aspectos de la conducta mental que son comúnmente aceptados como indicativos de inteligencia.

¿Cuáles son estas características comunes en el ser humano que son popularmente reconocidas como despliegues de inteligencia? Además, ¿qué importancia tiene la inteligencia para la sociedad? Para los antiguos, ciertos despliegues de conducta representaban “la mayor virtud”. Para los griegos, la mejor virtud era el ser “bueno y bello”. Para los persas era ser “sincero y valeroso”. Los teutones declaraban que el ser “fiel” era una virtud destacada. Para el individuo moderno “ser inteligente” es una cualidad enaltecedora.

El hecho de que la inteligencia tenga tal prominencia en nuestra era implica que esa cualidad tiene algún valor pragmático. Ciertamente, la inteligencia no se reconoce solamente por alguna cualidad admirable de la mente

humana. La palabra *inteligencia* se deriva del término en latín *intellegere*, que quiere decir “recoger de en medio”. Uno de los ejemplos más comunes de inteligencia lo llamaremos *adaptabilidad*, que puede explicarse como el acto de percibir y concebir una conexión causal entre ciertas cosas o eventos que se experimentan por primera vez. Para abreviar, adaptabilidad es la integración de ideas o pensamientos en una forma que les dan una continuidad causal desde el punto de vista mental, es decir, una relación comprensible entre ellos. Por ejemplo, cuando se tiene una experiencia nueva que no es comprendida de inmediato, la inteligencia recurre a la colocación analítica ordenada, que le da significado e identidad.

Cada explicación que uno obtiene por sí mismo, cada supuesta causa de una experiencia, puede no ser cierta todo el tiempo. Podría ser eventualmente probada empírica y objetivamente como falsa. Algunas de las supersticiones más primitivas surgieron como resultado del intento de explicar los fenómenos; sin embargo, el hecho de que más adelante se determine que no tienen base alguna no es evidencia de una deficiencia de la inteligencia.

Otro factor básico de la inteligencia es lo que podemos denominar integración que consiste en unir lo conocido, es decir, las cosas o eventos que son comprensibles, con el propósito de extraer de ellos un significado para aplicarlo a aquello que no se entiende. Un ejemplo clásico de esto se ha estado experimentando con simios, como el chimpancé.

Se colocó un plátano o banano en la jaula del animal, lejos de su alcance. También se había colocado allí una caja de madera grande. Después de hacer varios intentos de alcanzar el plátano trepándose, como acostumbraba, hasta él, el simio finalmente volteó la caja que estaba colocada bajo la fruta, se trepó encima de ella y pudo agarrarla. En este caso, el conocimiento previo del acto de treparse para alcanzar la fruta fue combinado con lo aprendido de que subiéndose a la caja, se elevaría lo suficiente para alcanzar su objetivo.

Otro aspecto —e la inteligencia es la *segregación*. Esto consiste en separar los elementos de una experiencia que no ha sido comprendida para tratar de determinar si hay partes de ella que pueden entenderse. El procedimiento a seguir entonces, es tratar de determinar qué relación pueden tener esas partes con aquella que no se puede comprender. En este proceso, la idea, cosa, o evento completo no es desechado de la mente como incomprensible y existe menos posibilidad de asumir un concepto errado sobre el tema.

Estos despliegues de inteligencia que son bastante comunes, no son ejecutados *concientemente*, es decir, la técnica empleada es muchas veces un proceso inconsciente.

Se dice que existen tres categorías básicas de la inteligencia, que son, *abstracta*, *mecánica* y *social*. La primera, la abstracta, es primordialmente conceptual, es decir, no surge directamente de una percepción inmediata o de algo que se experimenta. Como analogía, consideremos el tema me-

tafísico de la *ontología*, según el cual existe un Ser Absoluto que se generó a sí mismo, que es eterno y del cual es parte toda la realidad. También declara que dicho Ser no tuvo principio y, por lo tanto, no puede tener fin, pues lo que es, es todo lo que existe y por consiguiente, no puede ser algo que no es.

Otros ejemplos de temas abstractos lo son la naturaleza de la belleza y la justicia. Hay símbolos que representan estas ideas, pero en sí mismos no tienen una realidad objetiva específica; sencillamente, no hay nada que represente la belleza, ni una sola cosa que sea la justicia. En el estado abstracto, la mente trabaja con las ideas conocidas que por sí mismas no tienen una relación con el pensamiento abstracto, pero combinadas con otras ideas son usadas para edificar la estructura de la idea abstracta. En la abstracción, la mente está esencialmente en un estado introvertido, absorto en sus propios procesos y dedicada más bien a investigar las cosas de la experiencia objetiva.

La calidad mecánica de esta teoría básica de la inteligencia se dice que adopta una clase de causalidad mecánica que se encuentra en todas las cosas. En otras palabras, se supone que todo en las naturalezas está unido en una cadena de relaciones, es decir, unido por una *causa y efecto*. Si encuentras la causa de algo o de cualquier evento, de ella pueden deducirse efectos y, a su vez otras causas que darán significado a todo. Usemos una analogía simple: si encuentro

una cadena suspendida de una balsa, con un gancho afianzado en el extremo inferior, debo deducir que esa cadena y gancho son para subir o bajar algún objeto. La inteligencia mecánica por lo regular, no seguiría buscando más para comprender la experiencia; la experiencia se supone que es una causa, con un efecto subsecuente.

La escuela de pensamiento filosófico conocida como los *Vitalistas* dan por sentado que la fuerza vital no se ajusta necesariamente a las leyes mecánicas de la causalidad, como se observa en la materia inanimada. Por lo tanto, la fuerza de vida, desde este punto de vista, puede tener su propia serie de causas que es muy diferente a la de la materia. Por consiguiente, de acuerdo con el razonamiento vitalista, la teoría mecánica de la inteligencia no se aplica siempre a los organismos vivientes.

La teoría de la inteligencia *social* es muy controversial. No importa qué explicación se ofrezca sobre ese particular, habrá un rechazo crítico de ella por aquellos que tienen conceptos diferentes. Para abreviar, sin embargo, este concepto involucra el impacto del *medio ambiente* sobre la inteligencia y expone la teoría—que es actualmente disputada entre los psicólogos—de que la inteligencia heredada o que es nata en el individuo, es afectada considerablemente por sus asociaciones en su vida diaria. Esto por supuesto es la creencia de que la *exposición* a las cosas que desafían la curiosidad y que estimulan los pensamientos desarrollan la

inteligencia. No creemos que sea controversial declarar que la satisfacción de *aprender* se intensifica por la *exposición* a experiencias diversas; o sea, mientras más cosas vemos, mayor es el potencial para adquirir ideas nuevas y diferentes. El aprender por medio de la observación no implica, sin embargo, que se tiene la correspondiente comprensión de lo que se está experimentando.

La investigación científica indica que no existe necesariamente una relación entre el acto de *pensar* y el *conocimiento*. Pensar incluye la acción de razonar lógica, crítica y creativamente. Muchas personas tienen una memoria admirable; registran muy bien las experiencias y pueden recordarlas fácilmente. El conocimiento es una acumulación de experiencias recordadas que podemos relacionar con una hora y lugar, o conectarlas en forma general. Pero todos los que poseen un conocimiento—y todo ser humano consciente lo tiene hasta cierto punto—no son necesariamente *pensadores* por eso. Pensador es aquél que reflexiona sobre un punto del conocimiento, algo que ha percibido o que ha concebido; él o ella razona, analiza y puede aumentar o recurrir a la acumulación de conocimiento, añadiendo otras ideas y aún proyectando el concepto total por medio de la imaginación, como una realidad en el futuro.

En esa forma, *pensar* y *saber* no van siempre paralelos. Es una lástima que no haya la misma cantidad de pensadores como la hay de los que solamente dicen saber pero cuyo

conocimiento, la mayoría de las veces, no es consecuencia de sus propias conclusiones y pensamientos.

Hay diferentes exámenes para medir el grado de inteligencia que son usados por las universidades, las fuerzas armadas y ciertas organizaciones privadas. Esos exámenes son conocidos comúnmente como pruebas del índice o cociente intelectual. El valor de esas pruebas, sin embargo, es dudoso en lo que concierne a determinar el índice de inteligencia de la persona. Se ha dicho que el examen sólo determina cómo “se compara la inteligencia de una persona con la de una población en general; o sea, qué calificación obtiene un individuo en comparación con la persona promedio de la sociedad en general. En un caso análogo, un examen del cociente de inteligencia de una persona de la Edad Media podría haber obtenido una alta calificación en comparación con otra gente de su período, pero pudiera estar debajo del promedio de inteligencia de la población del mundo actual. Se ha descubierto que no existe una línea divisoria entre la llamada normalidad y un genio. El nivel normal de inteligencia de una sociedad avanzada puede gradualmente llegar a lo que fue una vez la inteligencia de un genio.

¿En qué consiste la educación? A través de los siglos, desde la era clásica hasta los tiempos de nuestros modernos educadores, filósofos y psicólogos, esa pregunta no ha recibido una respuesta que sea aceptada universalmente. Más abajo citamos dos ejemplos típicos de opiniones diversas

sobre el tema: “La función de la educación es moldear a la criatura, no dejarla dependiente de sus propias fuerzas”. El punto de vista opuesto es: “Las restricciones incomodan, distorsionan la naturaleza humana que no está entrenada ni corrompida, que es franca, directa y honesta. Los padres, las enfermeras, los tutores, infligen inhibiciones indeseables, miedos, ideas distorsionadas y evitan que uno pueda darse cuenta de la artificialidad”.

Desde un punto de vista filosófico y amplio, la educación es para impartir al individuo las cosas aprendidas en el pasado. Se supone que la educación es aquello que se ha descubierto que es real y demostrable. En consecuencia, su propósito pareciera ser el eliminar la ignorancia y los conocimientos falsos, tales como la superstición, que puede inhibir los pensamientos y crear miedos innecesarios. La intención es, sin embargo, que la educación sea algo más que un idealismo—es decir, la estimulación de la inteligencia, impulsándola a buscar conocimiento—también se trata de darle un valor pragmático. Su intención es entrenar a la persona en las habilidades y las profesiones que proveen un medio de vida económicamente mejor. Su contribución social, en teoría, se supone que le da capacidad al individuo para ser un ciudadano más útil para el bienestar de la sociedad en general.

Alfred Whitehead, filósofo, dijo: “El entrenamiento profesional es sólo una fase de la educación. Su objetivo es la percepción inmediata. Sí existe, no obstante, una dife-

encia entre el total de los valores especializados del hombre más práctico y los escasos valores especializados de un simple erudito." El ser humano, continúa Whitehead, "puede aprender todo acerca del sol, la atmósfera y la rotación de la tierra y aún así perderse el resplandor de una puesta de sol".

Es notable que muchas personas con una educación excelente en un campo especializado, demuestran una inteligencia elemental al abordar temas abstractos que están fuera de su entrenamiento específico. La *creatividad* y la *imaginación* son los fundamentos de la inteligencia y no deben ser reemplazados por una acumulación de ideas específicas. La inteligencia nata con frecuencia se ha podido adaptar a una experiencia nueva, con una comprensión más rápida que alguien con un grado académico en un conocimiento especializado. Un gran conocimiento puede ser, muchas veces, el resultado de una repetición mecánica de la memoria y no un ejemplo de una profunda inteligencia. Hoy día, afortunadamente, los educadores están conscientes de la necesidad de cultivar el sentido estético, la intuición y la facultad mental de la abstracción, y no sólo llenar de datos la memoria.

La Edad Nuclear y del Espacio ha inundado al ser humano con una nueva y vasta tecnología; su potencialidad para el futuro desafía la imaginación. Muchas personas que tienen un grado académico en Humanidades, los llamados clásicos, están descubriendo que es difícil conseguir empleo. ¿De

qué manera afectará al ser humano los viajes espaciales y los descubrimientos conectados con ellos? Para muchas personas, la búsqueda de la posibilidad de otras formas de vida en otros planetas es poco menos que una aventura fantástica. Su posible valor pragmático no es aparente para esas personas. Tal parece que desde un punto de vista muy limitado y personal, para la gente de la Tierra el encontrar evidencia de vida inteligente en otras partes del universo no sería muy provechoso.

Sin embargo, el descubrimiento de la existencia de seres inteligentes en cualquier otra parte del universo pondría punto final a otro mito que la gente ha mantenido por mucho tiempo. En otras palabras, todo parece indicar que la Tierra no fue seleccionada, entre la miríada de otros mundos cósmicos, para ser la morada exclusiva del hombre. Ello también revelaría que el ser humano no ha sido escogido como la forma suprema de vida en el cosmos, como ha sido enseñado en la mayoría de las sagradas hagiografías de la antigüedad.

Pero aparte de un triunfo biológico, o sea, que el hombre en su calidad de organismo altamente desarrollado no está solo en el universo, hay otros beneficios más directos que pueden resultar de tal descubrimiento. Una vida inteligente de ese tipo podría haber avanzado a su estado actual durante un período mucho más largo que el *Homo Sapiens* (hombre pensante). Tales seres pueden haberse desarrollado en un ambiente muy diferente, en muchos aspectos, de los que

imperan en la tierra. Entonces, ¿cuándo dominaron ellos su ambiente? ¿Qué lecciones aprendieron que contribuyeron a un estado que posiblemente exceda en mucho a nuestra propia cultura?

¿Han encontrado esos seres inteligentes la forma de controlar las enfermedades? ¿Han descubierto el modo de prolongar la vida sin experimentar el desgaste de la edad avanzada? Si ese conocimiento ha sido logrado por otros seres en mundos lejanos, ¡qué grandioso beneficio para la humanidad! Ello le quitaría un gran peso de los hombros a la gente.

Además, ¿qué avance tienen en los asuntos sociológicos? ¿Qué tipo de gobierno existe en lo que se supone es una cultura progresista? ¿Pueden los ciudadanos compensar o hacer un ajuste por las emociones básicas que resultan en una agresividad excesiva, o una ambición desmedida? ¿Tienen ellos problemas raciales? Si es así, ¿cómo los enfrentan con su vasta y mayor experiencia, en su calidad de civilización más avanzada?

También nos sentimos inclinados a preguntar: ¿Cómo resolvieron esos seres el problema del agotamiento de sus recursos básicos, un problema que la humanidad enfrenta ahora? Además, ¿tienen ellos el engorroso problema de la explosión demográfica, o sea, una población excesiva? ¿Distribuyen ellos la riqueza entre sus habitantes?, o no hay limitación en las ganancias materiales para el individuo, si la adquisición de las mismas no violan ciertas leyes del

estado? ¿De qué manera abordan ellos el problema de la vejez? ¿Asegura la sociedad el bienestar y la seguridad de aquellos que no pueden mantenerse a sí mismos? y cuando consiguen empleo, ¿tienen ellos que contribuir a un fondo para resolver aquella eventualidad final?

Supongamos que nunca se haga contacto con una inteligencia superior de alguna parte del universo. Entonces, ¿qué ventajas existen para los habitantes del mundo en la serie de investigaciones espaciales y las naves que han sido lanzadas al espacio y las que puedan lanzar en el futuro? Ciertamente, las ciencias tendrían un gran avance, como la astronomía, la geología y la cosmología, por ejemplo. Con los futuros satélites estacionarios, o “islas en el espacio”, que estarán equipadas con instrumentos avanzados, nos será posible conseguir una penetración más profunda del universo mayor. Sin duda aprenderemos en mayor escala cuántos mundos han nacido y cómo surgieron sus universos y planetas. Probablemente de esa información llegaremos a una conclusión final que determine si el cosmos está expandiéndose continuamente, o si originalmente hubo sólo una gran explosión; si con el tiempo se producirá una contracción y cesará la expansión—por un intervalo por lo menos.

Quizás ese conocimiento no sea de beneficio inmediato para “el hombre común de la calle”, pero todo conocimiento es útil en nuestra expansión mental y crecimiento interno, aunque la ganancia no sea en riqueza material. La

ignorancia y los conceptos errados nos llevan a la superstición, y la superstición eventualmente resulta en temores que, a su vez, restringen el progreso intelectual.

Sólo tenemos que referirnos a la Edad Media de nuestro planeta para ver cómo la ignorancia de ciertos fundamentos de la naturaleza, cuya verdad se ha ido conociendo poco a poco, produjo como consecuencias creencias y costumbres que resultaron en la intolerancia religiosa y en el caos social.

¿Cómo fue que nuestro pequeño mundo—hablando relativamente—vino a existir? Hay muchas teorías que postulan respuestas a esa pregunta. Las investigaciones espaciales, que nos proveen de un vistazo más cercano a otros cuerpos en el espacio, pueden darnos la contestación definitiva e indudable. Esas investigaciones también pueden revelar lo que se puede esperar de nuestro mundo en los miles de años venideros y cómo aquellos seres que puedan estar viviendo entonces podrán enfrentarse a una catástrofe semejante.

Aún en años recientes, las investigaciones de la era del espacio han contribuido a nuestra *vida diaria*. Muchos de nuestros equipos electrónicos, para el hogar y los negocios, utilizan partes y substancias que se han desarrollado a causa de las necesidades de la investigación para lanzar los cohetes y naves del espacio. Ello ha resultado en el descubrimiento de nuevas substancias resistentes al calor, y compuestos químicos que consiguen mucho más que los que existían antes, en la manufactura de productos muy necesarios. La

ciencia médica también ha aprendido a superar ciertas limitaciones que con frecuencia son impuestas al organismo humano. Nuevos medicamentos han surgido como resultado de la “medicina espacial”, que juegan un papel importante en la cura de antiguos males.

En siglos pasados, los hombres buscaban nuevas áreas sobre la superficie terrestre para abastecer los recursos agotados. Su búsqueda de nuevas tierras en siglos pasados, y lo que esas áreas pudieran ofrecer, fue lo que aumentó la riqueza natural del ser humano. Pero la extravagancia desplegada y su avaricia—sumada a guerra destructoras—están agotando los recursos de los cuales depende nuestra cultura moderna. Nuestra crisis de *energía* es un ejemplo común que es objeto de atención por casi todas las naciones del mundo. Y sin embargo, existen otros problemas igualmente críticos, como la creciente escasez de *agua*, que más adelante será motivo de atención por parte de la humanidad.

Los análisis hechos a los hallazgos en la espectroscopia del espacio revelan la existencia de importantes minerales que estamos necesitando y que están en otros planetas. Aún hoy día se está considerando seriamente cómo se podrían explotar esos minerales y recursos en el espacio y ser luego transportados a la Tierra. Por ahora pudiera parecer que a pesar de la abundancia de tales minerales, el costo de extraerlos y transportarlos a distancias tan grandes sería prohibitivo. No obstante, la idea no es más fantástica

que el pensamiento del hombre caminando sobre la luna hubiera sido hace un siglo.

Las investigaciones espaciales en un futuro relativamente cercano sin duda contribuirán grandemente a solucionar el problema energético de la Tierra. La producción nuclear de energía por medio de la fusión atómica probablemente lo precederá. Sin embargo, el aprovechamiento de la energía solar en estaciones o islas suspendidas en el espacio que luego es transmitida a la Tierra, será un factor que dejará de ser teoría y será puesto en práctica.

Esas aventuras exploratorias que se llevarán a cabo en futuros proyectos espaciales, sin duda serán extremadamente costosas. En adición, mucho dinero será desperdiciado en experimentos iniciales y, desafortunadamente, por *abusos*. No obstante, ningún avance técnico que ha beneficiado a la humanidad ha dejado de atravesar esas pruebas, pero la ganancia neta en su perpetuidad lo ha justificado.

CAPITULO 15

“ ¿Qué es la Iluminación Mística?”

La palabra *iluminación* se refiere comúnmente a una meta simbólica del avance intelectual. La asociación de la palabra *luz* con el conocimiento y la comprensión, data de las primeras observaciones hechas por el ser humano. Nuestra experiencia visual común depende de la luz. Nuestro sentido de la visión es el más grandioso de todos nuestros sentidos receptores; él nos revela mucho más del mundo exterior. Por lo tanto, la luz es el factor principal de la visión.

Los conocimientos los adquirimos primordialmente de lo que percibimos. La luz, por lo tanto, dibuja simbólicamente aquello que puede ser percibido y conocido. La obscuridad, el opuesto de la luz, también difiere de él simbólicamente. Esta diferencia es igualmente asociada con las primeras experiencias del ser humano. Donde existe la obscuridad, hay tinieblas y encubrimiento. Lo que no se podía ver era, por lo tanto, lo *desconocido*.

Lo desconocido siempre ha tenido un efecto dual sobre el ser humano. Por un lado, es un desafío para penetrar su velo de misterio. El individuo buscaba descubrir lo que yacía escondido allí. Por otra parte, lo desconocido y la obscuridad mental que ello produce, engendra el *miedo*.

Quando conocemos algo, entonces tenemos la oportunidad de enfrentarnos a eso. Lo desconocido también puede sugerir un peligro, la amenaza de lo incontrolable; puede convertirse en la substancia con la cual la imaginación construye distorsiones atemorizantes.

La verdadera iluminación involucra mucho más que una simple percepción. En otras palabras, significa mucho más que saber lo que algo es. Para que una cosa nos resulte conocida, debemos saber *lo que es y por qué es*. Sencillamente, para conocer algo realmente, debemos relacionarlo con nosotros; debe tener un significado, debe ajustarse en el plan comprensible de nuestra vida o lo que llamamos naturaleza. Iluminación, entonces, significa *comprensión*.

La comprensión, que se alcanza por medio del empiricismo u objetividad, es limitada. Mucho de la vida se escapa de nuestra atención. Además, no todo lo que experimentamos es comprendido por nosotros. Puede ser que no tengamos ni el tiempo ni la capacidad mental para analizar cada cosa que experimentamos para determinar su naturaleza o funcionamiento. En consecuencia, la vida para todos los seres consiste de una serie de lagunas o brechas de lo desconocido. Es como caminar por un sendero que alternadamente está iluminado o en la más impenetrable oscuridad. Por esta razón, es difícil establecer una filosofía de vida que nos de seguridad en nosotros mismos. A menudo nos sentimos aislados, perdidos en un mundo de inseguridades. Este es el motivo de que tantas personas recurran a la profecía; ellos

quieren conocer lo que puede revelar lo desconocido. Desean alterar sus vidas de acuerdo a lo que les sea revelado. Y sin embargo, lo que sea vaticinado de tales profecías con frecuencia deja una duda persistente sobre su veracidad.

Para tener paz mental en la vida, debe haber cierta continuidad. Nada debiera parecer completamente separado del ser humano y vice-versa. Las cosas tan diversas como la vida, la muerte, el cosmos, el pasado, presente y futuro debieran tener un orden armonioso para nuestra comprensión personal; no debieran permanecer como misterios distantes. No obstante, la inteligencia por sí sola no puede proveer una unión de tales misterios y comprensión. ¿Cómo, entonces, se puede obtener la comprensión perfecta, la iluminación?

Es el místico quien puede experimentar esta iluminación verdadera. Esto lo hace trascendiendo lo finito y abarcando el infinito. Debe comprenderse que no existe en realidad un mundo finito que podamos distinguir por sí mismo. El llamado mundo finito constituye los límites de los sentidos objetivos del hombre, es aquella parte del infinito alrededor del cual el ser humano, con sus sentidos y sus limitaciones, ha construido una muralla mental. Pero la conciencia que puede ser alcanzada por los místicos tiene la capacidad de atravesar esa muralla. Es entonces que el ser experimenta el infinito como *una unidad*. Un filósofo-místico dijo una vez: "La verdadera experiencia mística es como un vasto depósito incorpóreo de substancia vivificante".

La revelación que el ser humano tiene del infinito, la iluminación especial que experimenta, es llamada *iluminación*. Con esa iluminación se le revela al individuo el misterio del ser; ve interiormente la existencia de lo divino en todas las cosas. No sólo ve detalles u objetos separados, sino más bien experimenta la *esencia* de la cual consiste el Todo. Esta *iluminación* consta de tres etapas: la primera es el *despertar* del ser a lo divino. Esto quiere decir que el ser humano comprende que no está solamente sujeto a un cuerpo; en otras palabras, que el ser puede experimentar placer, estados de percepción que van mucho más allá que aquellos derivados de los apetitos y las pasiones. Como un ejemplo, si el ser humano se contemplara continuamente en un espejo, le parecería que ése era su único ser. Y, sin embargo, cuando se aleja del espejo y cierra sus ojos, despierta a la realidad de su otro ser; es el que se siente en nuestro interior.

La segunda etapa de la iluminación es la realización de la naturaleza *del ser*. En realidad, lo que llamamos *ser* consiste de estados de conciencia no separados. Estos son el físico, el mental y el éxtasis. El éxtasis es el placer sublime que parece tener una causa o naturaleza incorpórea. En esta segunda etapa, el místico comprende cómo previamente estaba restringiendo, sin saberlo, su crecimiento potencial en la realización de sí mismo.

La etapa final de la iluminación va más allá de la realización de que existe una realidad absoluta. Ahora el místico

siente que está realmente *sumergido en esta Unidad*. Experimenta una unidad mística; esto se percibe por una sensación de que uno está en todas las cosas y todas las cosas están en uno. El místico aprende que no es necesario oscilar o alternar la conciencia a través de varias etapas; él puede alcanzar la más alta iluminación, o Conciencia Cósmica. No obstante, esto es sólo posible cuando el místico ha perfeccionado la técnica de las tres etapas, que hemos descrito brevemente aquí. La iluminación es una transición de un conocimiento físico—estrictamente intelectual—al conocimiento *psíquico*. El místico transforma gradualmente lo que antes era desconocido, en una comprensión personal. Sin embargo, el aspirante debe aprender que la purificación y la iluminación están relacionadas. En otras palabras, el místico debe desechar de sí mismo aquellas cosas que su conciencia le dice que son indignas de él.

Hemos dicho que la conciencia de los místicos pueden penetrar la muralla de lo finito. Esto implica que la conciencia puede ir más allá de los límites conocidos. ¿Es esto una fantasía? Consideremos este tema, penetremos más profundamente en los fenómenos de la conciencia.

¿Está la conciencia atada al cuerpo? ¿Está acaso confinada por completo dentro del organismo físico, o puede extenderse infinitamente, más allá del ser? Además, ¿es la conciencia una cosa, una substancia y atributo, o una función?

La conciencia tiene una realidad indirecta para nosotros. No la conocemos objetivamente; no tiene forma como las cosas que percibimos con nuestros sentidos receptores. En otras palabras, la conciencia no tiene espacio, dimensión, peso, color, aroma o sonido. Podemos considerar la conciencia como una sensación, pero no podemos identificar ninguna sensación como representativa única de la conciencia.

La búsqueda de la naturaleza de la conciencia ha sido infructuosa a través de los siglos. Pero el fenómeno que se buscaba no siempre era conocido por ese nombre.

Epicuro, filósofo griego (341—270 a. de J.C.), dijo: “Donde nosotros estamos, la muerte aún no está; y donde llega la muerte, allí no estamos nosotros”. Substituyan la palabra “nosotros” por *conciencia del ser*, y tienen la realización del ser humano de que la realidad de sí mismo y la del mundo exterior depende de una cualidad innata intangible.

El ser humano le ha adjudicado una relación común a varios fenómenos intangibles, como el alma, la mente, y el ser. Si todas no eran aceptadas como una, entonces se creía que una de ellas era la causa fundamental de las otras.

Descartes, filósofo francés (1576—1650) dijo que el alma, el cuerpo y la mente eran entidades separadas pero que existía una interacción entre ellas. El punto de interacción era la *glándula pineal*. El alma entra e influencia la acción

mecánica del cuerpo. Descartes dijo que el alma, entonces, “mueve el cuerpo y la conciencia como resultado de ello”.

Descartes manifestó además que aunque la conciencia está en el cuerpo, de todas formas no ocupa ningún espacio dentro de él. Llamó a la conciencia, una substancia no extendida; en otras palabras, la conciencia no se podía medir—no tenía naturaleza física; como fenómeno estaba siendo percibido, pero no podía ser identificado separadamente.

Hoy día, encontramos un gran número de psicólogos que insisten que la conciencia y los procesos inconscientes pueden interpretarse en términos de la operación de los sistemas nerviosos.¹ Una definición general es que la corteza del cerebro controla la conciencia y que el tálamo (una masa de materia gris en la base del cerebro) mediaba en los procesos inconscientes. Por proceso inconsciente se quiere decir los procesos que no se aprendieron o heredaron.¹

Así, la psicología generalmente considera la conciencia un atributo de un proceso técnico-mecánico complejo. No hay un acuerdo, sin embargo, sobre los detalles del proceso; pero existe el *inconsciente* al cual se refieren como “el proceso no aprendido y heredado”.

¿Es la conciencia, entonces, una función que se deriva totalmente de la actividad orgánica de la materia viviente?

¹ “Unconsciousness” (*Inconsciencia*) — James A. Miller

Los organismos simples unicelulares exhiben una conciencia de su actividad fundamental de vida. Esta percepción de la célula simple de lo que es necesario para la continuación de su existencia aparentemente *no es aprendida*. Esa conciencia es evidente en la célula desde el inicio de su vida activa, y *no* algo que se adquirió después.

Si esto es así, pareciera atribuírle a la conciencia una *inteligencia*, una *unidad*; es decir, que tiene una sola naturaleza. En otras palabras, la inteligencia de la célula simple tiene una percepción, una conciencia de sí misma; o de que la conciencia tiene su propia inteligencia innata, la cual no hay que estimularla para despertarla. *Se conoce a sí misma*; o sea, la inteligencia y la conciencia son *una*.

Esta racionalización abstracta implica que la conciencia no es únicamente un efecto mecánico del proceso viviente de la materia. Más bien, pareciera que la conciencia es una *parte integral* de aquella *energía* que infunde a la materia inanimada y le da vida.

¿Podemos deducir de esto que todos los fenómenos del Cosmos tienen una conciencia de su naturaleza propia? Hasta donde se ha determinado por observaciones y especulación, el *cambio* es el fundamento de todas las manifestaciones del Cosmos. “Todo es un devenir, nada es”. Existe un cadena de causas y efectos. Y sin embargo, esta cadena también atraviesa por cambios, cada efecto a su vez convirtiéndose en una causa en relación a otros efectos. ¿Es esta función cósmica de cambio una *conciencia* de su propia

necesidad? Puesto que el Cosmos, o el Ser, tiene que *existir*, y no habiendo otra alternativa, ¿es esta persistencia de su naturaleza, una *conciencia*?

Pensar esto es concebir que existe una *Conciencia Universal* que infunde todas las cosas—lo animado y lo *inanimado*. Debemos pensar, entonces, que esta Conciencia Universal es *binaria*, o sea, dual en su función básica; una fase de su naturaleza actuando una sobre otra. En un organismo viviente de naturaleza compleja, la Conciencia Universal establece centros que tienen una conciencia más baja como en el caso de los sistemas nerviosos y del cerebro. En esta forma, la materia animada, las formas vivientes, se convierten en *microcosmos*—un pequeño Cosmos en sí mismos. Ellos también tienen el impulso consciente de *ser*, igual que el Cosmos en general.

Existe un *punte psíquico*, una unión entre todas las cosas vivientes y el Cosmos. Sin embargo, aunque hemos dicho que la Conciencia Universal es binaria—dual en su actividad en los organismos vivientes en todo el Cosmos—no obstante, puede tener funciones que están en niveles más extensivos de su naturaleza.

Usemos un ejemplo sencillo para aclarar este punto. Imaginémonos que la Conciencia Universal del Cosmos es como los peldaños de una escalera, cada escalón ascendente de ella con una mayor percepción de sí misma. Uno de estos escalones o niveles de la Conciencia Universal corresponde, como dijimos, a los sistemas nerviosos y a las células

de la materia viviente. Pero millares de otros niveles de conciencia yacen más allá y por encima de todo, que habitan en todas las formas de vida.

El ser humano, entonces, tiene dentro de sí el potencial de ascender estos escalones, llegando hasta esos otros niveles de conciencia más extensos. Si lo hace, mayor será su visión interna de la Realidad Cósmica.

Esta Realidad Mayor que se experimenta es amorfa y no tiene ninguna de las cualidades de nuestras percepciones objetivas. El experimentar un estado de conciencia de esa índole directamente, es completamente diferente a las otras fases de la conciencia que percibimos normalmente. Las sensaciones de esos niveles más amplios de conciencia, no obstante, tienen una relación armoniosa con nuestras percepciones de los sentidos objetivos. En consecuencia, uno comúnmente interpretará estos estados exaltados de la Conciencia Universal en términos de dimensiones, colores, substancia, sonidos y sensaciones táctiles.

Tales contactos psíquicos del Cosmos, sin embargo, no son realistas en lo que concierne a las imágenes mentales que se les atribuye. Su único *realismo* es la *experiencia* en sí. El aspecto objetivo es sólo *simbólico*. Esos símbolos sí tienen valor, sin embargo, como ayuda en los períodos de meditación y visualización para alcanzar de nuevo los mismos niveles de conciencia exaltada, mediante la concentración preliminar sobre ellos.

El símbolo que forma parte de la experiencia puede servir también como un estímulo intelectual. Por medio de la sugestión puede resultar en una oleada de inspiración, un influjo de nuevas ideas prácticas y una mayor claridad de pensamiento.

La mente humana no sólo tiene el potencial de escudriñar las profundidades de otros niveles de la Conciencia Universal que inunda su ser, sino que también puede, por medio de ese lazo de unión, tener acceso a todas las otras mentes que tienen igual sensibilidad.

La técnica de proyectar nuestra conciencia más allá de los límites de los sentidos receptores y de nuestra propia conciencia, es muy fácil de explicar en teoría. En la práctica es mucho más compleja. Como dijimos, el ser humano tiene dos estados generales de conciencia. Primero, la Conciencia Universal con sus miles de niveles, muchos de ellos desconocidos; y segundo, nuestro estado de conciencia objetivo y subjetivo, comúnmente experimentados.

Obviamente, es muy necesario que nuestra realización, nuestra percepción trascienda la etapa relativamente baja de conciencia para alcanzar niveles más amplios. El *primer paso* es intentar la supresión de todo estímulo externo. Para ello es necesario distraer la atención de la conciencia de las impresiones de los sentidos. Esto se denomina en misticismo, "*entrar en el silencio*". No ver, ni oír, gustar ni oler—esto no es una tarea fácil.

Para ayudar a liberar la conciencia del estado objetivo, se recomienda dirigir la atención hacia el ser interno, hacia las funciones subjetivas de la mente. Pero esto es sólo una transferencia de la conciencia a imágenes mentales o impresiones de la memoria y los procesos de la imaginación, visualización y el razonamiento.

El *segundo* paso en este procedimiento es el visualizar una sola idea, que puede ser un *lugar* o una *persona*. Usted debe actualizar su conciencia, es decir, desea que la experiencia sea tan realista como sea posible, sentir su ser en ese lugar o con la persona que está visualizando. *Actualizar* significa que ninguna otra impresión está en la conciencia excepto aquella que se ha proyectado. El ambiente que lo rodea, el lugar donde usted se encuentra, debe desvanecerse. Es igual que si usted físicamente no estuviera donde se encuentra, sino en el lugar donde se ha proyectado.

El *tercer* paso es hacer que se disuelva en un punto oscuro la imagen que está visualizando, ya sea una persona o un lugar. Entonces enfoque toda su atención sobre ese punto hasta que él también desaparezca. Si uno tiene éxito, empezará a sentir el fenómeno de alcanzar otro nivel de la jerarquía de la Conciencia Universal. Aquellos que lo han experimentado dicen que se produce una transición en la naturaleza del ser. El "Yo" continúa existiendo pero sin substancia alguna ni características particulares. Es un estado de conciencia casi inexplicable. Sencillamente, no hay visualización de su propio ser.

El próximo paso en el fenómeno de la proyección de la conciencia es la comprensión de que ahora usted sólo está consciente de aquella persona o lugar que deseaba visualizar. Cualquier analogía que ofrezcamos para explicar esto, no sería adecuada, por supuesto. Sin embargo, sugerimos una versión como una ayuda y es la siguiente: cuando usted ve una película o un programa de televisión, usted ve lo que está ocurriendo en la pantalla, oye y ve lo que sucede. No obstante, hay una diferencia: usted *no está separado* de lo que experimenta cuando proyecta su conciencia—*usted está realmente dentro de la experiencia*. (A usted no se le puede ver como una forma física, pero usted tiene la sensación de *estar presente*, como si fuera invisible en la escena que está observando). Es como si fuera una conciencia separada.

Cuando cerramos los ojos y nos aislamos de todas las impresiones físicas del ser externo, no perdemos la conciencia de lo que *somos*. No perdemos la conciencia del ser. Es esa clase de conciencia la que tenemos cuando nos proyectamos.

Durante una experiencia de esa clase, no nos damos cuenta del tiempo o del espacio. Cuando se hace una transferencia de la conciencia en esa forma, ella carece del factor tiempo. Cuando uno regresa al estado objetivo, a la normalidad, puede parecer que ha pasado mucho tiempo, pero no es así. Es igual que un sueño; la experiencia puede

parecer que duró muchos minutos u horas, pero quizás sólo fueron segundos.

En estos niveles más elevados, la conciencia puede llegar a un estado donde todo intento de definirlo por medio de imágenes mentales sería imposible. No encontraríamos elementos para poder hacer una comparación objetiva. Como han dicho los místicos, es un “inefable éxtasis”, es decir, un estado sublime de euforia, de bienestar, de Paz Profunda.

Muchos de los llamados milagros descritos en diferentes libros sagrados fueron en realidad un viaje de la conciencia del ser hacia afuera.

Debemos decir que cada uno de los pasos explicados aquí es mucho más complejo. Se requiere un cuidadoso estudio de una presentación racional del asunto. La proyección de la conciencia es uno de los temas tratados extensamente en las enseñanzas Rosacruces, tanto psicológicamente como de acuerdo con los preceptos místicos auténticos.

CAPITULO 16

“La Aplicación Práctica del Misticismo”

Las experiencias que tenemos, que son engendradas por nuestra mente subconsciente o ser interno cuando nos entonamos con el cósmico, asumirán las sensaciones de nuestros sentidos físicos. Pero ellos no usarán ese medio de los sentidos periféricos. Por ejemplo, podemos tener una experiencia visual al meditar, una escena, por ejemplo, una imagen o una mezcla armoniosa de colores. Estas imágenes, sin embargo, no serán percibidas por nuestras ojos físicos. De hecho, los ojos están cerrados, o deben estarlo, cuando meditamos para prevenir interferencias de impresiones objetivas de a fuera.

Todas las experiencias en la meditación deben ser traducidas en cualidades de nuestros sentidos, en nuestra conciencia objetiva. Ellas deben tener la esencia o cualidades de lo que percibimos objetivamente, o no podríamos comprender la experiencia que hemos tenido. Toda nuestra vida gira alrededor de las sensaciones que hemos adquirido a través de nuestros sentidos objetivos. Por lo tanto, si durante la meditación tuviésemos una experiencia carente de sonido, sensaciones, olores, gusto o visión, ella no tendría identidad para nosotros.

Las impresiones cósmicas, o aquellas en nuestro subconsciente, son simbólicas, quizás pudiéramos decir que son amorfas, impresiones sin forma de un rato vibratorio cuya frecuencia particular aún no hemos descubierto. Son luego transformadas, es decir, reducidas a octavas de energía que estimulan áreas del cerebro relacionadas con nuestras impresiones sensorias. Entonces vemos o sentimos, olemos o gustamos el resultado, *internamente*.

¿Ha conocido usted alguna vez a alguien que haya tenido una experiencia psíquica durante la meditación, que no sintió durante ella alguno de sus sentidos receptores? Si no existiese esa relación con los sentidos receptores, uno no podría describir su experiencia psíquica ni a usted ni a sí mismo.

Estas son experiencias que ocurren durante la meditación, que casi trascienden nuestra descripción de ellas, pero, por supuesto, no absolutamente. Usted habrá oído a personas relatar que sintieron un estado de éxtasis, una "sensación" casi inexplicable de paz, de tranquilidad. No obstante, esas personas tuvieron que relatar la experiencia en términos de un sentimiento exaltado. Otras personas han dicho que "vieron" la más maravillosa armonía de colores exquisitos, sin paralelo, muy *distinto* a cualquier cosa que han visto objetivamente. Y, sin embargo, su experiencia *fue* percibida como algo *visual*.

Podemos usar como analogía el radio. Las ondas hertzianas, de alta frecuencia, actúan como conductoras de impulsos eléctricos que son producidos por la voz en una estación

transmisora. Al pasar a través del aire, no son otra cosa que ondas eléctricas. En su radio receptor, ellas son detectadas cuando está debidamente sintonizado. Entonces los transformadores las hacen *descender*, para producir impulsos mediante su receptor que, actuando sobre el aire, se convierten en sonido nuevamente.

Por lo tanto, el impulso original durante la meditación, por ejemplo, puede no haber sido de naturaleza visual o auditiva. Pueden haber sido sólo aquellas vibraciones de una octava psíquica más alta que tienen una correspondencia armónica en una escala menor, con uno de nuestros sentidos, a través del cual lo experimentamos. Si no fuera por esta relación armoniosa del subconsciente y las octavas psíquicas y cósmicas como un todo, nunca tendríamos experiencias que no fuesen nuestras sensaciones objetivas. En otras palabras, sólo conoceríamos o percibiríamos el mundo material.

Durante la meditación es importante que se haga todo esfuerzo posible para suprimir impulsos que vienen a través de los sentidos objetivos. Es decir, tratar de bloquear los estímulos externos recibidos por medio de los órganos sensorios. Sencillamente, trate de no ver, oír, sentir, gustar u oler objetivamente. Comprendemos que esto es muy difícil de conseguir y sólo aquél que ha obtenido completo control, por su voluntad, de sus estados de conciencia, puede hacerlo. Para perder conciencia del mundo externo se requiere una técnica que es adquirida lentamente. Pero

todo estudiante que practica la meditación puede reducir parcialmente el impacto del mundo exterior sobre él, lo que le ayudará a percibir las experiencias internas producidas por la meditación.

Un método simple para subordinar la atención de los estímulos externos durante la meditación es el concentrarse sobre el centro de la cabeza. Visualícese a usted mismo entrando en su cabeza a través de la frente. Esto es una forma de introspección, o sea, dirigir su conciencia hacia *dentro*. Mientras que tal idea domina su mente, cualquier sonido externo le perturbará menos. Después que uno siente que, aunque sea parcialmente, ha alcanzado ese "silencio místico", entonces debe alejar su concentración de su cabeza, pues es objetiva y evita que seamos receptivos a los impulsos psíquicos. Por lo tanto, esa concentración particular como método es sólo una *ayuda preliminar* por las razones que dimos.

Uno, por supuesto, puede arreglar un ambiente ideal para meditar. El adepto que ha alcanzado cierta maestría, puede inducir un silencio místico en cualquier lugar, sin importar el ambiente que lo rodea. Pero el neófito, el estudiante que está aprendiendo y desarrollándose, necesita escoger un ambiente propicio para lo que desea hacer. Debe ser un lugar y a una hora cuando haya una quietud razonable. No debe haber conversaciones cerca que se puedan oír o que nos puedan distraer. También es de igual importancia la iluminación en el sanctum o habitación. Durante la medi-

tación en sí, la luz debe ser *muy baja* o usar sólo las velas. ¿Por qué? Porque la luz brillante no sólo actúa sobre los ojos, sino que aún cerrados, por medio de los párpados; y en ciertas personas, los terminales de los nervios sensorios parecen tener una sensibilidad que los hace reaccionar a una luz fuerte. En consecuencia, una reacción tal perturba la meditación.

No es necesario decir que uno debe evitar cualquier interrupción por miembros de la familia o amigos durante un período de meditación. Si se va a efectuar un contacto y alguien entra y le habla en ese momento justo, no sólo se pierde el contacto, sino que le puede ser imposible volver a establecerlo por un tiempo considerable.

El estudiante debe hacer lo posible y tener la cooperación de su familia para efectuar sus estudios y para meditar. Si esto no es posible, entonces por lo menos debe encontrar algún otro lugar para hacer sus ejercicios y la meditación. Uno a veces puede tener resultados excelentes en la meditación, en la banca de un parque, bajo un árbol, rodeado por la naturaleza y donde no hay distracciones.

Muchas personas piensan que el misticismo es sólo abstracto e idealístico, con muy poca aplicación para los asuntos mundanos de cada día. Esta opinión no es cierta; el misticismo definitivamente que sí contribuye en forma útil a la parte práctica de la vida. No obstante, debe ser comprendido y *debidamente aplicado*.

Antes de considerar la aplicación práctica del misticismo, es aconsejable hacer un breve repaso de su historia y significado. Los elementos del misticismo se iniciaron con el hombre primitivo. Entre la gente primitiva la palabra *maná* se refiere a un espíritu que invade a algunos hombres. Se relata que el maná le da al ser humano la capacidad de percibir momentáneamente el gran espíritu—el gran poder universal y sobrenatural.

Las *prácticas místicas* existieron antiguamente en el antiguo Egipto. En otras palabras, el hombre intentó experimentar y comunicarse con los dioses. Más adelante, esas enseñanzas fueron desarrolladas aun mas por la *escuela Dionísica* de Greccia.

Entre el siglo V a. de J.C. y el siglo XIX d. de J.C., tres grandes olas de misticismo se activaron a intervalos, correspondiendo a los períodos clásicos, medieval y al Renacimiento. El punto más elevado del misticismo fue alcanzado en el siglo XIV. Entre los grandes místicos de la antigüedad estuvieron Plotino, el filósofo neoplatónico, y Filón y Clemente, de Alejandría, en Egipto. Aún Platón ha sido considerado como un místico. De hecho, toda persona que despierta a una percepción de la realidad que trasciende los sentidos objetivos, es un místico de corazón, la perfección relativa de su concepto de la realidad es de importancia secundaria.

¿Cómo definimos el misticismo? ¿Cuál es su significado? El misticismo es el despertar del ser a una conciencia de la

divina realidad. Por primera vez el ser se hace consciente de la belleza cósmica, en contraste a su propia imperfección finita. El ser entonces intenta emular la divina belleza que experimenta. El misticismo es una experiencia final y personal.

Plotino, el filósofo neoplatónico, dijo que el misticismo es “el matrimonio entre el alma y Dios”; en otras palabras, la realización personal de la unidad con el Absoluto, el *Uno*. La experiencia mística consiste de cuatro elementos. Primero está lo *inefable*. Esto quiere decir que la experiencia es difícil de explicar—es más bien un sentimiento, tan difícil de explicar como la música fina. El segundo elemento del misticismo es la *cualidad noética*. Esto quiere decir que el individuo experimenta un nuevo conocimiento único que consiste de una *iluminación* de mayor profundidad que lo que el intelecto puede proveer. El tercer elemento es la *trascendencia*. Esto es la inhabilidad del individuo de mantener la experiencia mística por mucho tiempo. La memoria de la experiencia se desvanece con el tiempo. El cuarto elemento es la *pasividad*. Uno encuentra que el ser está completamente pasivo durante la experiencia, no hay ninguna turbulencia emocional o mental en ese período.

El misticismo es una *experiencia*, no sólo una teoría. Pero es una experiencia interna. Al aplicar el misticismo, uno debe primero trabajar sobre uno mismo y luego objetivizar la experiencia. El misticismo provee la substancia, el material con el cual podemos tomar acción. El misticismo niega que

el conocimiento está limitado sólo a las impresiones o sentidos periféricos. El principio místico del conocimiento afirma que el ser humano es esencialmente divino y, por lo tanto, está capacitado para entablar comunicación inmediata con la realidad, con el Uno.

Es importante no confundir la técnica mística con la *aplicación*. Existen varias técnicas, entre ellas la oriental y la occidental. Cualquiera que sea la técnica, ella es solamente un mecanismo, no es el objetivo final del misticismo. Como un ejemplo, hay una diferencia muy obvia entre el aprender a usar las herramientas y la construcción de un edificio. Uno debe relacionar el principio místico con una comprensión u uso de la vida.

La *meditación* es una de las técnicas principales del misticismo, pero también tiene su aplicación práctica, que consideraremos después. La importancia particular de la meditación es su papel en el descubrimiento de desarrollo del ser. En otras palabras, hay más cosas en nuestro ser consciente que lo que ordinariamente percibimos, como explicamos en un capítulo anterior. Por ejemplo, la electricidad no es un fenómeno que consta de un solo voltaje. Las recompensas del contacto con otros niveles de conciencia son, la inspiración, la visión interna y una nueva visión de la realidad. Algunos conciben la meditación como un escape de la realidad. La meditación no es sólo el cierre de una puerta para aislarse de una clase de percepción. Significa, más bien, entrar en diferentes cámaras de la psiquis.

Uno de los primeros beneficios grandes derivados del misticismo es una vista más amplia de la *ontología*, que concierne a la naturaleza del ser. "El Ser" se refiere a la realidad absoluta, al Uno, el *Cosmos*. La ontología es un estudio de la metafísica, pero ésta aborda la ontología desde los puntos de vista especulativos e intelectuales solamente. El misticismo, sin embargo, hace de la ontología una experiencia personal.

En la ontología, el misticismo lo hace a uno sentirse en *unión* con toda la realidad. Uno ya no se siente confundido por la diferentes divisiones teológicas del *Cosmos*. Simplemente, ya no existen tales subdivisiones de la realidad, como el cielo, el infierno, lo natural, lo sobrenatural o el Absoluto, o el tiempo y el espacio. Tampoco encuentra el místico la llamada materia completamente separada y aparte de lo que conocemos como el mundo inmaterial.

El verdadero místico también es panteísta. Para él lo Divino, la esencia espiritual, inunda todas las cosas. Además, las leyes por las cuales funciona lo Divino, es decir, por las cuales se manifiesta, también son divinas. No puede haber distinción entre la *esencia* y sus leyes de manifestación, igual que los pensamientos del hombre y sus actos están relacionados. Por lo tanto, el panteísta busca una manifestación divina en todo los fenómenos de la naturaleza, pero se da cuenta que nada en sí, sea lo que sea, es completamente representativo del Cósmico, de lo Divino. Como dijo Espinoza, el filósofo holandés, ni es la totalidad de la

naturaleza el todo de lo Divino. Esto es cierto porque lo Divino es o tiene el *potencial* de ser más de lo que ya existe.

Por esta razón, el místico panteísta experimenta su concepto de Dios en todos los fenómenos naturales. El trata de comprender a la naturaleza; busca una intimidad personal con ella, resultando en una armonía con su ser. El místico panteísta no acepta la antigua idea teológica de que solo el hombre tiene una esencia espiritual. Si el alma del hombre es una emanación de la conciencia Divina, entonces todos los seres vivientes tienen alma, pero con un grado menor de manifestación. La conciencia de la vida está unida, sin importar la forma que el organismo asume.

¿Tiene algún valor práctico un tema tan abstracto como el panteísmo místico? Si, porque se opone a muchas formas de superstición e ignorancia del pasado. Hace al hombre comprender la hermandad universal, es decir la hermandad de la Fuerza Cósmica que invade todas las cosas.

Otro aspecto físico del misticismo es el concepto de la *igualdad* que expone. Filosóficamente, la palabra igualdad puede parecer como una paradoja lógica, aparentemente contradiciéndose a sí misma. Por ejemplo, una cosa que es igual en todo aspecto a otra cosa, pierde su calidad, de separado. Por lo tanto, no debiera haber una pluralidad, porque existe una singularidad de condiciones.

Desde este punto de vista no existe una igualdad absoluta. Existe sólo una igualdad relativa, es decir, una similaridad.

El misticismo demuestra que no hay una absoluta igualdad en la humanidad, excepto en esencia y que esta esencia es la Fuerza Vital que invade todas las cosas. Los hombres varían en intelecto, emociones y en conciencia de si mismos la única igualdad por la que debemos luchar es el derecho de conocernos a nosotros mismos. Sin embargo, ese derecho conlleva una obligación que todos los *seres humanos* sean capaces de pensar y expresar sus propios pensamientos. Sólo en este sentido acepta la idea de la igualdad.

Otra aplicación práctica del misticismo es su comprensión del valor. El místico conoce que el valor es principalmente un término relativo. Lo que una persona acepta como valioso, otro quizás no piensa así. ¿No existen, entonces, valores absolutos a los cuales todos los seres deben aspirar? El único valor absoluto es la *vida* pues todo lo demás depende de ella. Y si embargo, aún este valor debe estar calificado. El vivir únicamente por vivir no es el logro más grande del ser humano. La vida puede ser tanto usada como abusada por el ser humano. La fuerza de Vida es su estado puro es *creativa*, no degenerativa. El valor personal de la vida para el ser humano debe asumir entonces el mismo orden. Cada uno de nosotros tiene talentos, algunos yacen dormidos, esperando ser despertados. Pueden ser mecánicos, artísticos o intelectuales, cada uno varía en el grado de su desarrollo. Es nuestro deber el dar valor a nuestra vida, creando algo valioso o ayudando a otros que tratan de hacerlo. El des-

cuidar nuestra habilidad creativa, o influenciar a otros a hacerlo, es darle un valor errado a la vida.

El Misticismo provee técnicas para aprender el valor personal de uno el la vida. La intuición, o visión interna, es una de estas técnicas. La antigua frase mística, “la economía de la Vida” instruye que el ser humano no debe desperdiciar su vida; debe usarla eficientemente. Debe idealizar una creatividad personal constructiva de alguna forma.

El hombre no necesita ser un genio para añadir valor a su vida. Una sugerencia que puede ser de ayuda, un pensamiento confortante, la prevención de un error de ética, todos son valores útiles. Si recibimos inspiración por medio del estudio místico, estos valores son entonces ejemplos de la aplicación práctica del misticismo.

CAPITULO 17

“Las Raíces del Karma”

Quizás uno de los conceptos místicos y filosóficos más antiguos y menos comprendidos es el del *karma*. Como fue originalmente presentado por las religiones hindúes y budistas, el tema del karma era muy oscuro y complejo. A medida que pasaron los siglos y se desvaneció el eclecticismo de otros sistemas de pensamiento que incorporaron el tópico del karma en sus enseñanzas, la confusión con relación a su naturaleza aumentó. Hoy día, numerosas sectas recurren al karma para explicar muchas acciones humanas y tienen la tendencia de convertirlo en una influencia fundamental en el curso de la vida personal del ser humano.

La palabra *karma* es del idioma sánscrito y si se traduce literalmente, quiere decir *hacer* o una *acción*. En general, la doctrina del karma declara que el curso de la existencia humana depende de varios actos o acciones de una existencia anterior de la persona. En otras palabras, que esas acciones y sus consecuencias han sido transferidas de vidas pasadas, a la presente. La explicación excesivamente simple de esta interpretación específica es lo que da origen a los conceptos equivocados.

¿Cómo surgió el concepto del karma en tiempos remotos? Psicológicamente, la gente de las culturas primitivas se preguntan por qué unas personas nacen con deformidades, enfermedades mentales, o una mala salud. La causa genética de tales condiciones no les es conocida ni aparente. El intelecto humano, que es curioso por naturaleza, empieza a hacer suposiciones; se *imagina* la causa del infortunio del individuo. En vista de que según parece en esta vida no existe un factor que sea motivo de la aflicción de la persona, se presume que debe ser un castigo por pecados cometidos en una vida anterior.

La influencia del karma en las doctrinas del hinduismo y el budismo es considerable. La religión-filosofía del hinduismo fomentó el primer desarrollo de la doctrina del karma desde su forma original primitiva. El budismo, que siguió al hinduismo después de muchos siglos, fue afectado profundamente por su predecesor, y sin embargo, se desvió considerablemente en algunos aspectos. Como consecuencia, al relatar algunos de estos primeros conceptos sobre el karma, no hemos trazado ninguna línea divisoria entre el planteamiento del tema por los dos sistemas.

En el budismo, no hay una aceptación de la existencia de un alma o ego, como lo encontramos en el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Se ha afirmado que el budismo no plantea la transmigración del alma, o sea, el paso del alma a otro cuerpo al morir. En vez de ello, se expone que

un *nuevo ser* nace y que éste *hereda* su karma. Por lo tanto, lo que transmigra es el karma de la persona anterior.

En esto encontramos un conflicto en el concepto común del karma, de que “ningún ser hereda la busca o mala acción de otro”. Para el budista el alma no existe, sólo “una serie de pensamientos, sensaciones, deseos y elementos materiales”. Se postula además que esta “existencia” nunca ha tenido comienzo y que esta clase de existencia humana “tiene que comer del fruto de cierto número de acciones”. Esto quiere decir, sencillamente, que la existencia continúa como en una serie, pero en cada existencia, esto “fruto” se debe comer—una expresión alegórica de la retribución por las acciones buenas o malas. La *experiencia* de las acciones de esta vida constituyen otra existencia al morir; sin embargo, en la hora de la muerte todavía habrá algún fruto para comer: acciones por compensar, tanto antiguas como nuevas. Después de la muerte, la serie pasa a una nueva existencia y vive una nueva vida bajo condiciones diferentes.

¿Cuáles son los actos proclamados en las primeras doctrinas del karma que son un factor tan importante en la existencia del ser humano y por los cuales se puede esperar una retribución? De acuerdo con una *explicación* arcaica, existen dos clases *generales*: una es interpretada como *mental* y *espiritual*. Toda acción es determinativa, es decir, *voluntaria*. Es aquello “que la persona hace después de *desearlo*”. Los actos mentales son de gran excelencia, puesto

que no hay acción que no sea precedida por una acción mental. “Somos lo que pensamos, somos lo que deseamos”.

Nuestra existencia es determinada por dos cualidades específicas de las acciones, las puras y las impuras. Los actos puros son los que están libres de pasión, deseo e ignorancia. Los actos puros no tienen retribución, no producen premio al mérito porque ellos no contribuyen a la continuación de la existencia humana. Más bien, los actos puros preparan el camino para llegar al *Nirvana*. Este es un estado en el cual no se requiere ni *existencia* ni *renacimiento*; es una condición de perfección espiritual y de absorción dentro del Absoluto.

Todos los demás actos son *impuros*; no obstante, son diferenciados como buenos o malos. Su diferencia está basada en la retribución o compensación. En otras palabras, los actos puros resultan en la liberación de *cualquier* experiencia emotiva que pudiera ser denominada buena o mala. Por lo tanto, los impuros son los actos menores que pueden resultar en una retribución, tales como los buenos, los placenteros, o por el contrario, los desagradables o malos. En este sentido, la retribución, ya sea un mérito o una falta, es un efecto derivado de la causa de nuestras acciones.

Se dice que las buenas acciones tienen tres raíces por las cuales son conocidas, que son, la ausencia de la lujuria, del odio, o del error. Por lo tanto, todos los actos *malos* son contradicciones de los buenos. “Los buenos actos del cuerpo, de la voz y del pensamiento son purificaciones, detienen, temporal o definitivamente, las pasiones que des-

piertan los malos actos". Una existencia *infern*al es aquella en la cual la persona ha cometido un crimen, robo, adulterio, etc. Se nos dice que hay una vida corta en otra existencia mortal, o sufrimiento por escasez de comida o propiedades, o una esposa infiel, los que son retribuciones por tales actos.

Se inició un período de especulación filosófica sobre estos conceptos arcaicos. Se decía que el ser humano necesitaría continuar existiendo, teniendo conciencia de sí mismo, mientras sus acciones fueran de una índole tal que requirieran un renacimiento. Nuestra interpretación de esto es que el hombre no podía dejar de estar ligado a la tierra mientras sus acciones fuesen de naturaleza sensual e inmoral. La auto-conciencia, el renacimiento, eran considerados como indicación de nuestras malas acciones del pasado. El cuerpo, el alma, podrían liberarse del sufrimiento de la existencia física y del tormento mental sólo cuando sus acciones finalmente no requirieran que volviera a nacer. Se proclamó que el propósito ulterior de la religión o de la filosofía era liberar al hombre del renacimiento y de la continuación de la auto-conciencia.

¿Cómo podemos condensar y abreviar estas doctrinas del karma que nos han sido transmitidas? ¿Cuál es el raciocinio para el principio del karma? Filosóficamente el *karma*, como concepto, se basa primeramente sobre el principio de *causa y efecto*. Toda causa, cualquiera que sea su naturaleza, es seguida por un efecto. Todo acto que el ser

humano precipita como una causa resultará en un efecto relacionado. Aún Isaac Newton (1642—1727), en su tercera ley de las leyes del movimiento, implica una relación tal: “Por todo acto (o fuerza) existe una reacción igual y opuesta”. Al karma también se le llama la “ley de compensación”, o sea, que cada acción resulta en una compensación de acuerdo con su naturaleza. Actos nefastos traerán sufrimiento al que los ocasiona. Actos benéficos, dice la ley, traerán resultados de la misma índole.

Otra parte importante de esta doctrina más simplificada del karma es su aplicación *impersonal*. El karma no es la imposición de una retribución, de un castigo, por un ser o poder divino o sobrenatural. Además, ninguna compensación o castigo es impuesto al ser humano con un fin determinado. El karma, en su sentido impersonal, es la invocación de las leyes cósmicas y naturales por medio de nuestras propias acciones. Si uno lanza un objeto al aire, se invoca la ley de gravedad, dondequiera que caiga el objeto; es una ley natural impersonal.

Es el hombre mismo el que produce un karma impersonal por la manera en que usa las leyes y principios físicos, morales y éticos. La *ignorancia* es una de los motivos principales de los efectos negativos que le trae al karma al ser humano. La ignorancia es una ceguera mental e intelectual. Usamos las leyes equivocadamente y los efectos que se producen no son esperados ni deseados.

La doctrina del karma comenta sobre el karma del *pasado*, el karma *presente* y el karma *futuro*. La explicación del karma del pasado puede ser considerada racionalmente o con cierto grado de fantasía. El abuso del cuerpo con drogas, excesivo alcohol y otros hábitos que nos debilitan, son violaciones de las leyes naturales de la salud. Sus efectos, entonces, son la destrucción de los órganos, la contaminación de la sangre y del proceso reproductivo. Los padres quizás vivan para ver sufrir a sus hijos a consecuencia de lo que les han transmitido.

Se puede ser tan indiferente al bienestar de otros, a las necesarias reglas de la sociedad, que más tarde en su vida uno se convierte en la víctima de las mismas circunstancias o condiciones que uno infligió a otros. Estos son ejemplos del karma *pasado*. Pero, por el contrario, el vivir, pensar, actuar y hablar apropiadamente puede traernos un karma futuro benéfico. Sus resultados pueden ser amigos fieles, oportunidades para posiciones responsables en la vida, y más que nada, una Paz Profunda personal.

También existe la doctrina que dice que los actos equivocados están "registrados cósmicamente". Esto implica que el alma del que actúa mal debe compensar por sus malas acciones en otra vida. De hecho, la compensación puede ocurrir a través del curso de varias vidas, dependiendo de las acciones de la personalidad del alma en cada encarnación. Se dice además, que *no es necesario* que uno conozca que tiene una deuda kármica del pasado que pagar. Uno debe,

por su propia voluntad y deseo, vivir una vida presente de bondad y circunspección que mitigará o anulará completamente cualquier deuda kármica del pasado.

No siempre explican en forma lógica y comprensible de qué manera estas deudas o recompensas kármicas están grabadas en el Cósmico; cómo retiene el Alma-Personalidad estas violaciones o buenos actos—una substancia incorpórea—después de la muerte. Como ellos *no* son impuestos por un ser sobrenatural, entonces deben ser impresos en la *conciencia del alma*, que se dice sobrevive a la muerte.

La doctrina relata que la conciencia superior del alma, su inteligencia cósmica innata, está consciente de los actos cometidos por el ser humano durante su existencia mortal y sus efectos futuros de mérito o culpa. Más brevemente, se dice que esta inteligencia exaltada pertenece al *alma-personalidad*, la cual retiene ese conocimiento y lo lleva a otra reencarnación o renacimiento. El individuo puede ser que no esté objetivamente consciente de este conocimiento innato de las deudas o recompensas kármicas, pero puede prepararse para ellas mediante sus actos en su vida presente.

Hemos considerado los conceptos del karma *pasado* y *futuro*. En un sentido pragmático, todos estamos muy conscientes de la mayor parte de nuestro karma *presente*. Cada día cometemos actos que quizás lamentamos, y nos damos cuenta de que son una causa cuyos resultados serán contraproducentes si no tomamos acción para compensar

la falta. Asimismo sabemos que algunas de nuestras acciones nos han traído felicidad.

Existe un peligro común en las creencias equivocadas sobre el karma y es el igualar el karma con el *destino*. La noción del destino declara que existe un curso predeterminado en la vida para cada individuo y que ello es inescapable. Desde ese punto de vista, una persona está a merced de una serie de condiciones y causas que dirigen su vida. Si esto fuese así en realidad, sería inútil para nosotros tratar de obtener un dominio de la vida, esforzarnos en alcanzar cualquier objetivo deseado. Ello significaría que los humanos son como títeres. No sabríamos qué futuro nos esperaba, ni qué tratar de evitar. Este concepto de relacionar el destino con el karma es contrario al misticismo. Los Rosacruces, místicos y filósofos, en su iluminación, no se someten a ese razonamiento tan primitivo y errado.

El karma no es inmutable. *Puede ser cambiado*. Las leyes del Cósmico son inmutables, pero hay leyes cuyos efectos sobre nosotros, como humanos, pueden ser neutralizadas. Si comprendemos el uso de estas leyes que están en armonía con el ser y con la naturaleza, podemos, por lo tanto, contrarrestar aquello que, de otra forma, pudiera sernos adverso. Debemos comprender que ninguna ley cósmica o natural es inherentemente mala o buena. Todas esas leyes, en su operación, tienen su lugar en el cosmos. Sólo nosotros, los humanos, al reaccionar a ellas cuando nos afectan personalmente, las calificamos de buenas o malas.

Como ejemplo, nosotros evitamos el contacto físico con el fuego para no sufrir quemaduras. Sin embargo, sí sabemos que podemos usar el fuego para darnos calor y para hacer muchas otras cosas para bienestar nuestro. Por consiguiente, mientras más conocimientos obtengamos sobre el ser, sobre el mundo en que vivimos y nuestra relación cósmica, podremos invocar mejor la clase de karma (su causa y efecto) que deseamos.

CAPITULO 18

“ ¿Sobrevive a la Muerte la Personalidad?”

¿Es la inmortalidad de la personalidad humana una vaga esperanza, un elemento de la fe ciega? ¿Cuáles son las bases de esta antigua creencia que aún persiste tenazmente, en una era tan avanzada de la ciencia y la tecnología? ¿Cómo se debe definir el concepto de la inmortalidad del alma? Emmanuel Kant lo explicó como sigue: “La inmortalidad del alma significa la existencia infinitamente prolongada de uno y del mismo ser racional”. Esto puede interpretarse como la realización del ser después de la muerte, de la misma manera racional en que la percibimos en nuestra existencia mortal. Además, que el ser humano habrá unido en una sola unidad racional consciente, los años de su vida sobre la tierra, a una vida continúa en el futuro.

La visión dinámica de la realidad declara que el conocer algo verdaderamente es *saber lo que ese algo hace*. No basta conocer la existencia de una cosa, sino además concebirla con un propósito. Por lo tanto, desde este punto de vista, la inmortalidad implicaría no sólo un estado de perpetuidad, sino un crecimiento futuro también. En consecuencia, si la vida aquí es una satisfacción de exigencias y un desarrollo, entonces la inmortalidad, además de consistir en una

existencia durante un tiempo infinito, también incluiría un crecimiento futuro de la personalidad. No existe una explicación universal coherente de la naturaleza de la inmortalidad, de parte de sus diversos adherentes. Uno de los conceptos metafísicos declara que “la verdadera inmortalidad consiste en compartir nuestros momentos en la tierra con la infinidad del tiempo”. En otras palabras, a nosotros nos corresponde comprender nuestra relación con el infinito, con el cosmos. Si nos sentimos muy cerca de esa *Unidad*—ese infinito—mientras somos mortales, entonces estamos participando de su naturaleza inmortal porque en ese estado, el ser es inmortal. Sin esa realización, nos dicen, no somos inmortales. Desde este punto de vista, la inmortalidad del hombre comienza aquí en la tierra.

Otro concepto es que la fe inherente en la inmortalidad surge del sentido limitado del tiempo terrenal. Sencillamente, esta percepción de la brevedad de la existencia mortal sugiere una supervivencia futura de toda la personalidad. La personalidad es considerada inmutable, por lo tanto debe sobrevivir. Puesto que la personalidad deja su envoltura inmortal en el momento de la muerte, se piensa que no es destruida, sino que continúa en una existencia futura.

El filósofo Leibniz (1646–1716) manifestó que la realidad consiste de centros de fuerza, a los que llamó *mónadas*. El mundo y todos los seres están constituidos por estas *mónadas*. Ellas forman una jerarquía, o sea, una escala de manifestaciones y hay una serie continua de *mónadas*,

desde lo más bajo, hasta lo más alto, que son llamadas *almas* o *espíritus*. Todas las mónadas, en su *esencia*, son las mismas, dijo Leibniz, pero con distintos grados de desarrollo. Las mónadas del alma siguen sus propias leyes y el cuerpo obedece las suyas, pero son compatibles, pues existe una *armonía cósmica preconcebida* entre todas las mónadas. En consecuencia, de acuerdo a Leibniz, nuestra alma, como mónada independiente, es capaz de un desarrollo infinito, para el cual la muerte no es más que una transición.

También existe el concepto de que el alma nunca hubiera podido ser creada porque existe desde un pasado infinito y, por lo tanto, debe continuar en un futuro infinito. Esta idea sugiere que somos una partícula infinita durante nuestra existencia mortal y que la llamada *vida después de la muerte* solamente es una continuación de ese estado inmortal, con una transición de una existencia física a otra incorpórea. Este concepto sugiere que la transición es como pasar de una cámara a otra, y en el proceso, cambiar de vestuario después de cruzar el umbral. No obstante, es la *misma* persona en ambos lugares, pues no hay diferencia en la esencia verdadera—el alma—ya sea en esta vida o después de la muerte.

La ciencia ortodoxa se ha opuesto a esta creencia y fe en la inmortalidad de la personalidad, arguyendo que no existe una evidencia aceptable que la apoye. Estas objeciones surgieron de varios científicos que declararon que no hay “evidencia del poder de la personalidad humana para sobre-

vivir la muerte del cuerpo”. Pero se puede arguir que tampoco hay evidencia alguna concluyente sobre la filosofía de que cualquier cosa que el ser humano experimenta existe en realidad como él lo percibe. No conocemos directamente los objetos de nuestra percepción. Todo lo que tenemos es el aspecto extraordinario de la realidad, o sea, las sensaciones que experimentamos de las vibraciones externas que percibimos. ¿Qué es el mundo nóumeno, o las cosas en sí? Los órganos sensorios no nos proveen la verdadera naturaleza de la realidad; en consecuencia, el argumento de que “no existe evidencia” para sustentar que existe la vida después de la muerte, no es muy convincente.

Con frecuencia se ha dicho que cada tipo de creencia en la supervivencia de la personalidad humana después de la muerte “no es válida porque tal creencia se originó entre los seres primitivos por interpretaciones erradas de sueños y fenómenos físicos similares”. La religión más antigua, el animismo, sin duda contribuyó mucho al concepto de la dualidad y a las ideas con relación al ser y a la vida después de la muerte. El fenómeno de dormir, los sueños y de la respiración sugirieron la existencia de una parte *psíquica* en el ser humano. Durante la noche, ese “algo interno” salía en jornadas, mientras el cuerpo físico seguía durmiendo. Esta era la interpretación de la gente primitiva de los sueños. Desde el principio, la respiración también fue asociada con la vida y cierta cualidad etérea interna, intangible. Para los antiguos griegos, ese vino a ser el *espíritu* o *neuma*.

La vida penetraba en el cuerpo con la primera respiración y salía con la última—la aspiración y el aire eran como uno solo. El aire es invisible, por lo tanto, para la mente primitiva era eterno y ubicuo. Al razonamiento primitivo le parecía bien pensar que la respiración era el espíritu, el atributo inmortal de la naturaleza dual del hombre.

No obstante, no sería correcto decir que este razonamiento antiguo y equivocado es el único respaldo a la creencia de la inmortalidad, como tampoco es correcto afirmar que no existe otra cosa fuera del estado físico y mental del hombre. También existen otros fenómenos que el ser humano ha descubierto por sí mismo y que no los puede explicar completamente, ni decir que son sólo reacciones entre el cuerpo, el cerebro y los sistemas nerviosos. Esos fenómenos también hacen surgir la creencia en la llamada *alma*. Sin embargo, el fenómeno que se acepta como *alma* no puede estar completamente separado de aquello que también se declara que es el ser.

La ciencia ortodoxa asume la posición de que el aspecto *mecánico* de la vida es la existencia fundamental. Esta suposición se cataloga en dos clases: *Primero*, los elementos de la materia son cambiables pero indestructibles. Esto, entonces, es el principio de la “indestructibilidad de la materia”. *Segundo*, está la “conservación de energía”. Este concepto implica que la cantidad de energía en el universo es constante y puede ser aumentada, pero no disminuída permanentemente. Estos dos principios tratan de explicar

la inmortalidad como una existencia solamente material, mecánica. Sin embargo, la teoría no toma en consideración la conciencia en el sentido inmortal. La conciencia es simplemente considerada como el resultado de efectos generados por el organismo físico.

La conciencia puede ser concebida como una función generada por la *fuera vital* que anima la materia. No existen indicaciones de que la conciencia sea una substancia separada. Una vez que se ha manifestado como el *efecto* de la unidad de otros fenómenos, entonces se supone que su causa sólo dura hasta la muerte. ¿Significa eso que la conciencia también desaparece? Se puede argüir que la conciencia es igual que el sonido que proviene de un instrumento musical cuando alguien lo toca. Cuando no se toca el instrumento, la música—su función—cesa de ser.

Por otra parte, una vez que ha sido tocada y *escuchada*, ¿se pierde la música si ésta permanece como una memoria en la conciencia de aquellos que la escucharon? ¿Tienen las cosas que retener necesariamente la misma forma para ser inmortales?

El misticismo y la metafísica ofrecen diferentes refutaciones a los conceptos contrarios de la ciencia sobre el tema de la inmortalidad. Ellos declaran que la conciencia humana tiene un *fin determinado*, a diferencia de la ley mecánica. La mente puede cambiar sus objetivos—alterar completamente sus metas. La conciencia humana no está confinada o restringida a operar sólo a través de ciertos

canales. Si todos los fenómenos fuesen mecánicos, los defensores de la inmortalidad arguyen, entonces todo sería *repetido* constantemente. La historia sería idéntica al presente. El concepto mecánico se basa en la constancia de la ley. Desde este punto de vista, entonces, el pasado se repetirá a sí mismo sin variación alguna. Por otra parte, la mente puede oponerse a su anterior curso de actividad y recurrir a diversas formas de pensar. Esto es interpretado como prueba de que la inmortalidad—la supervivencia de la personalidad—*no* está atada a la ley mecánica.

¿Por qué insisten los humanos en la creencia de la supervivencia de la personalidad? Debe existir algún valor pragmático que ellos desean asociar con una vida futura—una razón o motivo. Estos generalmente son: que el afecto personal puede continuar—las cosas que amamos; que la bondad personal puede aumentar—el sentido de lo correcto y los valores morales pueden aumentar; y que nuestras facultades podrán ser apreciadas y ejercitadas hasta la capacidad máxima.

Esta vida aparentemente es incompleta y es sólo una preparación. Puesto que el ser humano es *causativo* y tiene un *fin determinado*, tiende a pensar que una deidad o un ser infinito—un dios—es igualmente causativo. En esto, por supuesto, el ser humano está atribuyendo sus cualidades humanas a lo que concibe como una mente sobrenatural. Por consiguiente, esa mente sobrenatural, se piensa, debe igualmente tener un *propósito* para el hombre ya que éste

no llena los requisitos, en su propia estimación, de lo que las tradiciones religiosas describen como el ideal humano. El individuo piensa que debe haber un tiempo, un lugar, donde se pueda vivir la vida a plenitud. Los errores, la conducta mortal, son considerados como ajustes o pruebas en preparación para la vida perfecta después de la muerte.

También es difícil para el ser humano concebir que la personalidad sea pasajera. La personalidad es *dinámica*, es el aspecto dominante del ser. Todo lo demás parece estar subordinado a lo que *somos*, es decir, a la expresión de nuestro ser personal. Por lo tanto, con frecuencia se hace la pregunta, ¿puede ser la personalidad algo más que una substancia, algo que no se consumirá, como pasa con las cosas materiales? La personalidad ha persistido a través de las vicisitudes, las pruebas y las tribulaciones de la existencia mortal. ¿Por qué, entonces, no ha de poder sobrevivir a la muerte?

¿Existe acaso un registro cósmico que se refiere específicamente a tales fenómenos como la personalidad sobreviviendo a la muerte? ¿Son estas ideas, todas de origen humano, confinadas a los escritos en los llamados Libros Sagrados? ¿Qué son los Archivos Akásicos? ¿Existen realmente y contienen eventos futuros todavía no revelados? Existen muchas palabras y términos usados desde hace tiempo en la filosofía y misticismo oriental que se han infiltrado en varias enseñanzas esotéricas del occidente. Algunos de estos términos conciernen a temas bastante

abstractos. En su adaptación a métodos occidentales, los cuales tratan de exponer doctrinas del oriente, se han hecho abstrusos. Esta acumulación de varias interpretaciones, con frecuencia han hecho esos temas más difíciles de comprender.

Uno de esos términos es el de *Archivos Akásicos*. El significado que es generalmente aceptado, con algunas variaciones, es que los Archivos Akásicos son “los registros indelebles y eternos de todos los eventos y conocimientos que son parte integral de la Conciencia Cósmica, la Mente Divina. Ellos contienen todas las cosas, del pasado, del presente y del futuro. No son relatos escritos en forma material, sino más bien la Conciencia Divina de los eventos del pasado y del futuro. El consultar los Archivos Akásicos significa entonarse con la Conciencia Cósmica.”

El origen de la palabra Akásico es del lenguaje sánscrito. El vocablo *akasa*, de donde se tomó akásico, es uno de los cinco elementos de la filosofía Sankya, identificado como espacio, éter, firmamento. El Sankya es uno de los temas más profundos de la filosofía hindú. Espacio, éter, firmamento, pueden ser interpretados metafísicamente, no sólo en el término material o astronómico. En la antigua filosofía oriental, ellos muchas veces representan el *cosmos* debido a su infinitud aparente. Por lo tanto, ellos con frecuencia simbolizan la realidad total, o sea, todas las manifestaciones animadas e inanimadas, así como lo infinito del tiempo y el espacio.

En este último sentido, se pensaba que cualquier evento o incidente era eterno en la infinidad del cosmos. Se consideraba que nada era destruído jamás; podía pasar por una transición, pero de una manera inexplicable, dejaba de todas formas una impresión de lo que era o había sido eternamente en los Archivos Akásicos.

Para usar una analogía bastante simple, sería igual que un sello de caucho que tiene ciertas palabras grabadas. La estructura física del sello podría ser destruido, pero la impresión hecha permanecería indefinidamente. Debemos reiterar, por supuesto que el término Archivos Akásicos *no* se refiere a registros o informes materiales.

El aspecto metafísico es que todo lo que existe es consecuencia del gran espectro de las leyes cósmicas y naturales. Estas leyes tienen el potencial de todas las cosas que llegarán a existir algún día; ellas son la creación de lo que la conciencia humana percibe en existencia *ahora*, en el presente.

Sin embargo, esas leyes solamente son las causas de las cosas. Ellas no constituyen el fenómeno en sí, es decir, las cosas o eventos que son percibidas por la humanidad. En consecuencia, parece surgir la pregunta, ¿cómo son retenidas esas cosas en el cosmos en forma indeleble y eterna? Esta interrogante nos lleva a considerar la relación del *Tiempo* con los Archivos Akásicos. En el cosmos, el *Tiempo*, como límite a la duración de la conciencia, no existe. En este sentido abstracto no existe un comienzo, como el

pasado, por ejemplo, ni un presente fijo, o cualquier división que pudiera llamarse futuro.

Para tratar de comprender esto mejor, usaremos otra analogía. Pensemos en una esfera grande. ¿Cuál es su principio o fin? No tiene ninguno. Supongamos ahora, sin embargo, que hay una hilera de diferentes símbolos rodeando el globo. Cualquier símbolo que usted mire en determinado momento y del cual está consciente, sería para usted *el presente*. Cualquier cosa que esté escrita en otra parte de la esfera y que aún usted no ha visto, pudiera ser llamada especulativamente, el futuro; o cualquier otra cosa que estuviese escrita o grabada en la esfera, usted podría llamarla arbitrariamente el pasado. De hecho, a medida que usted hace girar el globo para observar los otros símbolos, aquellos que usted vió previamente, constituirían el *pasado*.

Ahora tratemos de aplicar ésto a los Archivos Akásicos. La explicación metafísica dice que nosotros, con nuestra conciencia, somos los que formamos el pasado, el presente y el futuro. Si podemos abarcar con la conciencia humana ciertos ciclos del cosmos, podemos experimentar lo que ocurrió en ellos. Las impresiones existen y las percibimos nuevamente. En adición, si podemos proyectar nuestra conciencia a otros ciclos de esa eternidad, podremos observar el constante funcionamiento de las leyes manifestando lo que se denomina el *futuro*.

Esto, en verdad, es un concepto que no es fácil de comprender en un sentido estrictamente empírico, objetivo;

pareciera oponerse a nuestra experiencia diaria. En otras palabras, se hace difícil comprender cómo una expresión particular, en la realidad, puede tener una existencia antes del momento en que lo percibimos. En otras palabras, ¿cómo podemos experimentar algo *antes* de que suceda? Para responder a ésto, el metafísico puede decir que nuestra dificultad principal está en tratar de hacer del Tiempo una realidad actual, o sea, pensar en el futuro y en el pasado como cosas que tienen existencia.

Esta clase de razonamiento pareciera ir en contra del proceso evolucionario por el cual una cosa parece sufrir un cambio, yendo de la simplicidad a la complejidad. Para nuestra percepción humana parece existir un lapso de tiempo entre un estado de simplicidad y aquello que aceptamos el final de un proceso evolucionario. Pero nuevamente el argumento es que en el cosmos sólo existe *Un* cuando completo, el comienzo aparente y el final relativo, ambos existiendo como *Uno*, en el instantáneo momento de nuestra Conciencia Cósmica. Esto, por supuesto, es un tema abstracto de gran controversia, que puede racionalizarse a favor y en contra.

En lo que concierne a la *lectura* de los Archivos Akásicos, esto hace referencia al contacto cósmico que experimenta el individuo en ciertos niveles de entonamiento, por medio del cual percibe el pasado y futuro relativos, en el momento *presente* de su percepción.

Hay mucha charlatanería en conexión con los que se autoproclaman “lectores psíquicos profesionales”, quienes por una *cuota* prometen *leer* los Archivos Akásicos al interesado. Si uno ha de adquirir un conocimiento semejante, es mejor que sea adquirido *individualmente* para poder confiar en su legitimidad. Hay personas, por supuesto, que son más sensitivas psíquicamente que otros y sus predicciones pueden quizás llamarse, en un sentido general, una lectura de los *Archivos Akásicos*.

CAPITULO 19

“El Misterio del Por Qué”

La mayor diferencia de pensamiento entre la metafísica, la filosofía, la religión y la ciencia, yace en cuatro palabras sencillas, que son: *cuándo*, *cómo*, y *por qué*. Las dos primeras son la motivación principal de la ciencia; las dos últimas, *por qué*, constituyen el enigma que ha desafiado a la religión, a la metafísica y a ciertas escuelas tradicionales de filosofía.

Cómo ocurre un fenómeno requiere un enfoque empírico, o sea, una investigación racional, objetiva, de sus causas físicas. Con la adquisición de ese conocimiento, es decir, de cómo ciertos eventos *naturales* ocurren, también es posible predecir, a menudo con certeza, cuándo van a ocurrir de nuevo. En otras palabras, el cuándo se hace *conocido*. La determinación de las leyes naturales fundamentales que son responsables del *cómo*, contribuyen al conocimiento del *cuándo*, es decir, la frecuencia con que ocurren. Por ejemplo: por medio de la ciencia de la sismología nos estamos acercando al día en que se podrá predecir los terremotos. El conocimiento de qué los *causa*, hará posible la predicción de sus efectos catastróficos.

La ciencia, como la conocemos, tuvo sus inicios en la antigua Grecia. Sus primeros grandes contribuyentes fueron los pensadores, los filósofos, como: Tales, Heráclito, Demócrito y el renombrado Aristóteles. Sin embargo, en esa misma época existieron también filósofos que exponían un *por qué* de los fenómenos que percibía el ser humano. Sus explicaciones estaban conectadas al politeísmo que predominaba en esos tiempos, o sea, la creencia en muchos dioses. Se consideraban como deidades el trueno, la lluvia, la fertilidad, las estaciones del año, etc. En otras palabras, el tema del *por qué*, se pensaba era resultado del acto determinativo de la mente de un poder sobrenatural. Se creía que esos dioses le daban un *propósito racional* a los eventos de la naturaleza.

¿Deben los pensadores modernos que investigan los misterios de los fenómenos físicos del cosmos, recurrir también a la meditación y a las teorías sobre el por qué de todo? En el enfoque objetivo de la ciencia, existe la posibilidad de que el ser humano pueda explicar y analizar los fenómenos físicos y descubrir sus causas, pero está más allá de la comprensión humana el encontrar una base abstracta sobre el *por qué*. Cuando la ciencia descubre el cómo de un fenómeno, también aprende sobre el por qué del mismo; pero ello no es un *por qué* teleológico, o sea, un acto deliberado.

Como analogía, cuando algo cae a la tierra, sabemos que eso sucede debido a la atracción que la fuerza de gravedad

ejerce sobre su masa. No existe en ello un acto determinante—una *elección* de que eso sucedería en vez de otra cosa. El suponer que todos los fenómenos naturales son consecuencia de una serie de actos programados, de un orden predeterminado, implica la creencia de que existe un poder manipulador en el cosmos. Ello también implica que todos los fenómenos no son sólo concebidos individualmente para su función particular, sino que también existe una coordinación entre ellos para el logro de algún objetivo *ulterior*.

La mente humana puede investigar un fenómeno determinado y descubrir lo que denominamos sus causas, y suponer que el propósito era que tales causas fueran como son percibidas. Sin embargo, pensar además que *colectivamente* tales causas están en el universo físico para la realización de un objetivo concebido, es algo que está fuera de los poderes finitos del ser humano. Tales conceptos entran en el campo de la ontología metafísica pura y las distintas especulaciones de la teología.

Esos conceptos especulativos implican la existencia de una mente infinita como causa primaria de todo. Con esa noción, el individuo se interesa en una omnisciencia que supera en mucho la posibilidad de la comprensión humana. En sus especulaciones teológicas o metafísicas, el ser humano puede encontrar una satisfacción personal en la creencia de una causa teleológica, un plan cósmico específico; pero un conocimiento personal verificable de ello no es posible.

Sencillamente, una causa divina fundamental que constituya el *por qué* de toda manifestación cósmica no está dentro de la capacidad intelectual y de la comprensión humanas.

Con el avance de la ciencia, los seres aprenderán más sobre *cómo* funciona el universo mayor, pero en lo que concierne al *por qué* debe existir un universo, no lo pueden saber aún. Esta interrogante sigue siendo un misterio; es una continuación de las antiguas preguntas filosóficas: “¿Cómo puede existir un universo sin que haya tenido un comienzo?” y, “¿Si algo no puede venir de la nada, de dónde y por qué ocurre ese algo?” Además, “¿Si detrás del universo físico, o antes de él, hubo una *causa mental*, entonces, por qué una dualidad tal?” O sea, ¿cómo podía esta mente necesitar una substancia física como lo es un universo, en contraste a su propia esencia? Estos son misterios que no han podido ser descifrados.

Estas preguntas también tienen relación con el problema metafísico y filosófico de la *causalidad*. ¿Existen realmente causas en la naturaleza, o se trata sólo de una sucesión de cambios, de un eslabonamiento o combinación de fenómenos? Lo que el individuo relaciona como causas, ¿son sólo sus percepciones de cómo estas variaciones de energía cósmica resultan en las aparentemente distintas manifestaciones? ¿Es posible que esa causa, a la que el individuo se refiere, sea sólo un atributo de la función de la mente?, es decir, que él le atribuye al cosmos una función similar a la que percibe en la naturaleza?

No es la responsabilidad o el propósito de la ciencia académica el de encontrar una causa mental inicial detrás del universo físico. No existe instrumento alguno que pueda verificar esto. Un científico puede suponer como muchos lo hacen, que hay una causa teleológica subyacente en el cosmos o funcionando en él. Esto le puede resultar más agradable a la persona que preocupar su mente con un misterio indescifrable.

De la misma forma, es más placentero y provee una mayor tranquilidad al enfrentarse con las vicisitudes de la vida, el pensar que la existencia humana no es solamente una producción mecanizada. Al pensar de esta manera se le provee al ego humano un sentido de propósito personal, la sensación de ser un elemento en un vasto plan infinito, sin importar lo limitado que sea. No obstante, el individuo debe comprender que su concepto de lo que este plan básico es, o de cuál es su propósito final—como puede existir en una de las tantas doctrinas religiosas—nunca puede ser aceptado universalmente, pues la inteligencia variable del ser humano por lo general concebirá esta mente trascendente del cosmos en términos de un objetivo y un propósito para la humanidad.

Este tema sirve de ejemplo adicional sobre la naturaleza de las *creencias*. Comúnmente se acepta una creencia como *absoluta* cuando no es posible el conocimiento sensorio empírico, tema que discutimos en un capítulo anterior. No se puede derivar un conocimiento absoluto, por supuesto,

de la razón y de la creencia solamente. Como mortales, generalmente nos vemos obligados a aceptar y a confiar más en nuestras experiencias objetivas siempre que éstas no sean refutadas, pues nuestra existencia física depende de ellas. En la ausencia de tal conocimiento perceptivo, las creencias pueden apaciguar la mente. Sin embargo, ellas siempre deben ceder el paso a las pruebas objetivas, pues estas tienen una aceptación universal mayor que las creencias no confirmadas.

UNA EXPLICACION NECESARIA

LA ORDEN ROSACRUZ

Los editores, anticipándonos a las preguntas de los lectores de este libro, queremos hacer constar que en el mundo de hoy, no existe sino una sola y universal ORDEN ROSACRUZ, con ramificaciones en diversas jurisdicciones, unidas y dependientes todas de un Consejo Supremo establecido de acuerdo con las disposiciones originales de los antiguos manifiestos Rosacruces. La ORDEN ROSACRUZ no es una secta ni institución religiosa.

Esta organización internacional conserva las tradiciones, enseñanzas, principios y prácticas humanitarias características de la antigua y primitiva Hermandad que inició sus actividades en tiempos ya muy remotos. Se reconoce como la Antigua y Mística Orden Rosae Crucis y la abreviatura corriente de dicho nombre es AMORC. Las oficinas centrales de la Jurisdicción Internacional están situadas en San José, California, E.U.A. Los que deseen más informes sobre la historia y las enseñanzas de los Rosacruces pueden solicitar un ejemplar del libro titulado "EL DOMINIO DE LA VIDA". Dicho libro se reparte gratis y puede pedirse al Escriba A.A.T. Templo de AMORC, Parque Rosacruz, San José, California, 95191, E.U.A.

